José M. Faraldo

Alianza editorial

La Revolución rusa: Historia y memoria





José M. Faraldo

Alianza editorial

La Revolución rusa: Historia y memoria

José M. Faraldo

La Revolución rusa: Historia y memoria

Alianza editorial

Índice

A Carolina

Los futuros historiadores de la Gran Revolución Rusa, si quieren escribir una historia real y no una mera recopilación de hechos, deberán basarse en las impresiones y reacciones de aquellos que han vivido la Revolución Rusa, que han compartido la miseria y el trabajo del pueblo, y de aquellos que realmente participaron o presenciaron el panorama trágico en su desarrollo diario.

Emma Goldmann (1921)

Prefacio

Este libro es en parte síntesis, en parte interpretación y aúna también fragmentos de investigación propia. He intentado en él usar fuentes y testimonios que no sean muy conocidos para evitar la banalidad de lo trillado y, también, porque creo que la importancia de la experiencia de la Revolución va mucho más allá de las vidas de los dirigentes victoriosos de Octubre. Es un libro breve, pero parte del material es muy novedoso: las interpretaciones se basan a menudo en los trabajos de investigación más recientes, utilizando con preferencia fuentes rusas, entre otras. Por el tipo de obra, pensada para bolsillo, he renunciado a citar consecuentemente e incluso a multiplicar las referencias a la abundante bibliografía que he utilizado. Cito también pocos –aunque escogidos– documentos de archivo.

Comencé a ocuparme de Rusia –y de la Unión Soviética– en 1986, apenas comenzada la época de la *perestroika,* cuando yo era un estudiante de primer año en la Universidad Complutense de Madrid. Por entonces, la URSS no era para mí más que el país de los campos de concentración, del terror estalinista, de la ocupación de Afganistán y de la prohibición de viajar al extranjero. La televisión nos había acostumbrado a contemplar a aquellos ancianos arrugados e impenetrables, los secretarios generales del PCUS, con sus uniformes militares llenos de insignias indescifrables, que saludaban torpemente desde un balcón los desfiles de misiles y tanques por la Plaza Roja. Era un país muy poco interesante para los hijos de la Transición y la Movida madrileña.

Aquella imagen –aunque por breve tiempo– la cambió Mijaíl Gorbachov con su política de «transparencia» y de «reconstrucción». Quienes nos considerábamos de izquierdas, pero no comunistas, pensamos que aquel dignatario simpático y sonriente tenía alguna posibilidad de conseguir el cambio sosegado, pero revolucionario en el fondo, de un sistema que había demostrado su incapacidad para mejorar la vida humana. Fue la épica

serena de aquella época la que me impulsó a dedicarme a explorar el porqué del fracaso del sistema soviético, de dónde provenía su acumulación de violencia y su autoritarismo cerrado y hosco. Comencé de inmediato a aprender ruso, viajé a Rusia y escribí mi tesis doctoral sobre algunos aspectos de la historia del sistema y su génesis. Luego, otras circunstancias me llevaron a vivir y trabajar durante quince años en Alemania y a aprender a hablar o a leer algunos idiomas que me permitieron trabajar sobre la Polonia comunista, la Checoslovaquia estalinista o la República Democrática de Erich Honecker.

Aunque este libro se ha compuesto a partir de materiales e investigaciones nuevos, algunas páginas remiten a otras publicaciones mías anteriores, en especial, a mi ya antigua tesis doctoral, dirigida por Elena Hernández Sandoica. El ambiente de ebullición intelectual en el que fueron escritas algunas de estas páginas les aporta seguramente un estilo apretado, entrecortado y abierto que creo que se ha contagiado al resto del manuscrito. Entre 1995 y 2000 tuve la suerte de participar en la vida académica de la Cátedra de Europa Oriental de Karl Schlögel en la Universidad Europea Viadrina, de Frankfurt/Oder, al principio como simple *Gaststudent* (estudiante visitante), luego, brevemente, como docente. Pasé también algunos años ligado a la cátedra de Historia Económica y Social de la misma universidad, dirigida por la llorada Helga Schultz, una de las pocas historiadoras de la RDA que dio el salto al nuevo sistema tras la *Wende*, la caída del Muro. Eran tiempos, antes de la era Putin, en que los archivos rusos estaban abiertos casi por completo. La historiografía alemana, que gozaba de una sólida tradición de estudios sobre Europa Oriental, aprovechó bien el momento y extrajo de aquella irrepetible circunstancia una serie de excelentes trabajos sobre la URSS de Lenin y Stalin.

Schlögel, uno de los responsables del cambio de lindes en la ciencia histórica alemana de entonces, supo atraerse a quienes en aquel momento estaban abriendo puertas a métodos, fuentes y aproximaciones teóricas apasionantes. A los coloquios de la Cátedra acudían los mejores especialistas del mundo, los doctorandos más brillantes, los investigadores que estaban revisando con atrevimiento y frescura las ideas preconcebidas

sobre una revolución que parecía definitivamente dispuesta para ser sometida al análisis histórico. La proliferación de nuevas fuentes coincidió con la explosión de los nuevos métodos. Aprendimos mucho acerca de las concretas formas de vida de los seres humanos que poblaron el país del estalinismo. Nuevos objetos de estudio se abrieron paso, más allá de la mera política, aun cuando también el Politburó desveló parte de sus secretos. La «década memorable» –como la llamaron algunos historiadores– produjo una avalancha de estudios sobre la instauración del sistema soviético y sus consecuencias. Ahora sabemos mucho más también acerca de su fracaso. De aquel ambiente, tan irrepetible, se benefician las páginas que aquí presentamos.

En los últimos años trabajé –entre otros– con los documentos del Sovnarkom (el primer gobierno leninista) cuyos microfilms, procedentes de los archivos de la Federación Rusa, se conservan en la Hoover Institution, en la Universidad de Stanford, California. A las archiveras de allí mi más sincero agradecimiento.

Agradezco a Cristina Castrillo y a Javier Setó, de Alianza Editorial, su iniciativa a la hora de escribir este libro; a Javier, además, le agradezco su paciencia infinita con mis retrasos. Quiero mencionar también aquí a mis amigos y colegas Karl Schlögel, Olga Ilyukha, Gábor Támas Rittersporn, Amir Weiner, Stephen Kotkin, Thomas Lindenberger y Krzysztof Persak por su ejemplo, por sus consejos o por sus comentarios. En especial, mi buen amigo Xosé M. Núñez Seixas tuvo la paciencia de revisar el manuscrito página a página, señalándome inconsecuencias y errores, lo que le agradezco de todo corazón. No hay que decirlo, cualquier fallo es sólo responsabilidad mía.

Este libro en parte ha sido impulsado por el proyecto del MINECO «Collapsed empires, post-colonial nations and the construction of historical consciousness. Memory infrastructures since 1917» (Ref: HAR2015-64155-P), a quien agradecemos la financiación del grupo de investigación.

Las transcripciones del cirílico han sido realizadas siguiendo métodos académicos, pero algunos nombres comúnmente aceptados se han dejado en su forma habitual en España. Las fechas de los acontecimientos están, por

lo general, puestas en el calendario juliano, utilizado en Rusia en la época y que va trece días por detrás del gregoriano, que utilizamos hoy día.

1. El estallido

A Alexander Fedorovich Kerenski le despertaron el 27 de febrero de 1917 a las ocho de la mañana para decirle que la Duma, el parlamento ruso del que él formaba parte, había decidido, contraviniendo al zar, prorrogar sus sesiones. La Duma estaba asumiendo a la vez la legitimidad del Estado, desplazando al monarca y abriendo un proceso de transformación política. Kerenski se enteró también del levantamiento de un destacamento de soldados en Volinski y del asesinato de dos oficiales, pasos iniciales de una violencia que devendría revolucionaria. Kerenski se vistió y se echó a la calle. No volvería a su casa en los cinco días siguientes[1].

Lejos de allí, Vladimir Ilich Ulianov, un exiliado ruso que vivía por entonces en Zúrich, antiguo conocido de Kerenski, se sintió de inmediato nervioso ante las noticias que llegaban de Petrogrado[2]. Aquello no cuadraba con sus cuentas. Unas semanas antes había estado hablando ante unos obreros socialdemócratas suizos y había afirmado durante el mitin que «nosotros, los viejos, no viviremos para ver las batallas decisivas de la próxima revolución». Sin embargo, el exiliado, que se hacía llamar «Lenin» y que no era tan viejo pues solo tenía 47 años, al enterarse de los acontecimientos –que el zar había abdicado, que un Gobierno provisional de representantes de la Duma había tomado el poder y que los obreros y soldados habían formado consejos como en 1905– se lanzó a buscar desesperadamente la forma de regresar a Rusia. De repente, la principal preocupación de todos los exiliados revolucionarios era el retorno a su país[3]. Se formó un comité especial en el que participaron no sólo los bolcheviques –el partido de Lenin– sino también otros partidos y grupos, como los mencheviques internacionalistas (socialdemócratas que estaban contra la guerra mundial) y los anarquistas. Al final, con la ayuda de los socialdemócratas suizos, Lenin, y otro buen número de revolucionarios

exiliados, aceptaron la oferta del gobierno alemán de viajar en un tren sellado. Alcanzaron Petrogrado el 3 de abril.

A Néstor Majno, un anarquista ucraniano que por entonces tenía 28 años y que pronto adquiriría un papel decisivo en los hechos, la Revolución le llegó cuando se encontraba cumpliendo condena a cadena perpetua en la Butírkaia, la prisión central de Moscú. De allí, «convencido de la futura victoria del trabajo libre y de la igualdad y de la solidaridad sobre la esclavitud creada por el Estado y el Capital», salió el 2 de marzo, cuando el nuevo Gobierno concedió una amnistía general[4]. Enseguida contactó con compañeros anarquistas, reanudó su actividad política y acabó por regresar a Ucrania, donde se convertiría en el líder del movimiento campesino y organizaría la revolución antibolchevique.

En febrero del 17, Josif Dzhugashvili, que usaba para su trabajo político el pseudónimo de «Stalin», estaba desterrado en Achinsk, una pequeña ciudad siberiana. Allí, como a todo el Imperio, llegó la noticia de la Revolución a través del telégrafo. Tras la toma del poder en la región por un sóviet local, Stalin se sintió libre para volver a la capital. Acompañado por otros dos bolcheviques desterrados, Lev Kamenev y Vera Schweitzer, el revolucionario georgiano y futuro dictador se encaminó a Petrogrado en el Transiberiano. No llegaría hasta el 12 de marzo, vestido con unas botas de fieltro siberianas y portando una máquina de escribir como casi único equipaje[5].

También Nikita Jrushev supo de la noticia por telégrafo, y años después recordaría «con cuánta alegría había leído aquel telegrama»[6]. Jrushev trabajaba por entonces en la siderurgia de Rutchénkovo, en la región ucraniana del Donbas, y soñaba con llegar a ser mánager o ingeniero en la empresa. Al cabo de los años Nikita Jrushev, como secretario general del Partido Comunista soviético, se convertiría en uno de los hombres más poderosos del mundo, dueño y señor del botón nuclear.

Un telegrama fue igualmente el modo en que el Gobierno provisional demandó a Lavr Kornilov, general que sería clave en los hechos del año, para que volviera a Petrogrado. Fue nombrado comandante de la guarnición de Petrogrado y sus ideas «correctas» –en opinión de Kerenski– sirvieron para evitar un baño de sangre durante la Revolución. Meses más tarde,

Kornilov se convertiría en el cabecilla del *putsch* fallido que daría paso al triunfo bolchevique[7].

El telégrafo, finalmente, informó de la noticia al mundo exterior. Leon Davidovich Bronstein, apodado «Trotsky», era uno de los principales líderes socialistas rusos, y por entonces estaba exiliado en Nueva York. Trotsky contaba que

> después de un silencio misterioso del telégrafo, que duró unos dos o tres días, empezaron a llegar las primeras noticias de los sucesos de Petrogrado, noticias confusas y caóticas. Una emoción vivísima se adueñó del pueblo obrero de Nueva York, formado por tantas razas. La gente quería, y a la vez temía, esperar[8].

Trotsky llegaría a Petrogrado en mayo, después de una larga peripecia y una detención en Inglaterra.

Son personajes que llegaron a ser clave, y que más tarde, en el desarrollo de los hechos, fueron tomando posición, marcando su camino. Pero también la noticia afectó de inmediato a personajes menos conocidos, menos decisivos. A gente normal. Como, por ejemplo, a Boris Shebeko, un joven cadete a punto de graduarse. La Revolución había comenzado de forma relativamente poco violenta, al menos en la capital, donde Shebeko había sentido que, en efecto, la Revolución «había sido bastante suave al principio». Todavía después de los hechos de Febrero, Shebeko fue capaz de entrar en la escuela militar de Pavlovskoe, en Petrogrado[9]. Pero en general, a los cadetes y oficiales en ciernes, como decía otro de ellos, del corpus siberiano, S. V. Markov, «el telegrama de abdicación del zar los golpeó como un rayo. Los cadetes, como un solo hombre, no aceptaron la Revolución»[10].

Otro aspirante a cadete, Sergei Mamontov, había entrado en la escuela militar el 21 de febrero de 1917 y tenía otras preocupaciones en mente:

> El 28 de febrero yo estaba sentado en el alféizar de la ventana en una habitación blanca, y memorizaba, lleno de desesperación, los nombres de toda la casa de los Romanov. Iba a ser el primer examen, y tenía miedo de que me pusieran una mala nota.

Eran las 5 de la tarde. De repente por la calle pasó un camión extraño

> ... y luego otro, completamente repleto de unos soldados desaliñados. Muy extraño. La gente en las aceras también los miró. Se acercó un *junker* y dijo en voz baja que había disturbios en la

ciudad. Después de un tiempo, otro dijo que los cosacos, en lugar de dispersar a los manifestantes, fraternizaban con ellos. Luego apareció gente en la calle con unas banderas rojas. En algunos lugares de la ciudad se escucharon disparos. La primera sensación fue la ansiedad. ¿Es posible una revolución? Sobre ella se había hablado durante mucho tiempo, pero nadie esperaba que sucediera. No podía seguir mascullando la lista de los reyes. Un pensamiento ridículo: si había estallado la revolución, entonces no habría examen. Sólo por esto empecé a desear una revolución. ¡Cuán superficial y egoístas son las motivaciones humanas![11].

También con la primera amnistía general salió a la calle Jacob Marschak, un joven de 19 años, hijo de un rico judío de Kiev, al que habían detenido en diciembre por editar un panfleto contra la guerra. «Un día, en febrero de 1917, un hombre abrió la pequeña puerta a través de la que nos servían la comida y dijo: ¡Marschak! ¡Recoge tus cosas!». Él pensaba que le iban a trasladar a otra cárcel, pero le liberaron. Y es que en la cárcel Jacob no se había enterado del asesinato de Rasputín, ni del cambio de gobierno, ni de la abdicación del zar[12].

Olga Morgan era una adolescente, hija de una aristocrática familia ruso-americana. Tras la muerte del segundo marido de su madre, un conde ruso, la familia se había retirado a un palacete en el campo. Allí la noticia de la Revolución les cogió de improviso. Su madre era, según ella, un poco ingenua y no se había dado cuenta de nada. Lo único que habían notado era que «los sirvientes se habían vuelto un poco desagradables». Luego, una noche, vino un grupo de soldados, les registraron y les robaron una colección de armas antiguas. Así fue como cayeron por fin en la cuenta de que algo estaba pasando[13].

Era cierto. El gigantesco país se dirigía hacia una convulsión mortal, hacia un salto en el vacío. Para muchos habitantes del vasto Imperio ruso, en especial en las ciudades, aquellos días eran a la vez motivo de incertidumbre y ocasión de esperanza. Ninguno podía imaginarse que estuviera a punto de comenzar un cataclismo que les afectaría a todos y cada uno de ellos. Y a todo un mundo.

---

1. Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism. Untold Stories of the February 1917 Revolution.* Oxford, Oxford University Press, 2013, p. 225.

2. Lenin supo de la Revolución el 2 de marzo (el 15 según el calendario europeo). Vladimir Ulianov, Lenin, *Obras completas*. Madrid, Akal, 1977, tomo XXIV, p. 325.

3. Anatoli Lunacharski, *Vospominaniia i vpechatlieniia.* Moscú, Sóvietskaia Rossia, 1968, p. 144.

4. Néstor Makhno, *Vospominaniia*, vol. 1. Kiev, Ukraina, 1991 [1929], p. 8.

5. Stephen Kotkin, *Stalin. Volume 1: Paradoxes of Power, 1878-1928*. Nueva York, Penguin Press, 2014, p. 173

6. William Taubman, *Khrushchev. The Man. His Era*. Londres, Free Press, 2005, pp. 42-43.

7. A. F. Kerenski, *The Prelude to Bolshevism. The Kornilov Rising*. Nueva York, Dodd, Mead and Company 1919.

8. León Trotsky, *Mi vida* (https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/mivida/23.htm)

9. Boris Shebeko, *Russian Civil War, 1918-1922, and emigration*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce; Berkeley, University of California, Bancroft Library/Berkeley, 1961, p. 10.

10. S. V. Markov, «Piervuy Sibirskii Imperatora Aleksandra I kadetskii korpus», en Volkov, S. V. (ed.): *Kadety I iunkera v Beloii Borbe i na chuzhbinie*. Moscú, Tsentrpoligraf, 2003, p. 316.

11. Sergii Ivanovich Mamontov, *Pojodi I koni. Vooruzhionnye sily na iugie Rosii. Ianvar-Iul 1919 goda*. Moscú, Tsentrpoligraf, 2003.

12. Jacob Marschak, *Recollections of Kiev and the Northern Caucasus, 1917-18*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce; Berkeley, University of California, Bancroft Library/Berkeley, 1971, p. 20.

13. Olga C. Morgan, «Recollections of Russia and Life in Emigration»; an oral history conducted in 1983 by Richard A. Pierce, en *Russian Émigré. Recollections; Life in Russia and California*, Regional Oral History Office, The Bancroft Library, University of California, Berkeley, 1986, p. 14.

2. ¿Qué fue la Revolución rusa?

Estrictamente hablando, la «Revolución rusa» fue la de Febrero de 1917. «Octubre» fue un golpe de Estado, un alzamiento, un pronunciamiento, no una revolución. La potente imagen, originada en la propaganda bolchevique, de una Revolución que comienza con la toma del Palacio de Invierno es casi por completo falsa: se trató de una acción limitada, coordinada y quirúrgica que permitió a un grupo minoritario –aunque con apoyo social– hacerse con el poder ejecutivo de un gobierno establecido por la Revolución propiamente dicha, deshacerlo por la fuerza de las armas y, finalmente, construir un modelo nuevo.

Pero resulta evidente que tampoco podemos reducir la Revolución rusa a los meses que van de febrero a octubre. Porque una «revolución», en su acepción más corriente, no es otra cosa que la «acción y efecto de revolver o revolverse» (RAE). Es un «cambio profundo, generalmente violento, en las estructuras políticas y socioeconómicas de una comunidad nacional»; se trata de un «levantamiento o sublevación popular», un «cambio rápido y profundo en cualquier cosa». Si examinamos el espacio ruso entre 1917 y 1929, todas estas definiciones se encarnaron de un modo u otro, dominando –siempre– la idea de algo violento. Podríamos añadir a esta cronología unos diez años más, hasta 1939, que supuso la consolidación definitiva del estalinismo tras el pacto con la Alemania nazi. Fue entonces cuando la Revolución rusa se puede dar por terminada, y lo que emerge tras ella es un régimen estable, con sus propias características.

En realidad, en la historia contemporánea, verdaderas revoluciones ha habido pocas. Si bien han estallado conflictos, a menudo tremendamente violentos, el «cambio rápido y profundo» que una revolución en su sentido más técnico supone se ha realizado en muy escasas ocasiones. En general, las revueltas no han servido nunca para transformar en poco tiempo y radicalmente los sistemas económicos y sociales existentes. Que una

revuelta contra la guerra, por el pan y la democratización del poder acabara en una transformación total del sistema es, precisamente, una de las características más específicas del diecisiete ruso. Si bien la Revolución de Febrero y el golpe bolchevique no produjeron lo que los marxistas creían que iban a conseguir –el advenimiento del paraíso socialista en la tierra–, lo cierto es que el sistema social y el sistema económico de la Rusia prerrevolucionaria fueron destruidos casi por completo y sustituidos por otros. Kerenski, uno de los principales protagonistas de Febrero, hablando de esto mismo, admitía que

> a veces me parece que la palabra «revolución» es completamente inaplicable a lo que sucedió en Rusia entre los días 12 y 16 de marzo. Un mundo entero de relaciones nacionales y políticas simplemente se hundió hasta el fondo, y de inmediato todos los programas y planes políticos y tácticos existentes, por audaces y bien concebidos que fueran, aparecieron colgando sin rumbo e inútilmente en el espacio[14].

El origen primero de la Revolución rusa del 17 se halla en una crisis de confianza en el poder, en la pérdida total de legitimidad de quien, se suponía, había de tomar las decisiones y dirigir los destinos del país. Por supuesto que la causa inmediata fue la guerra y sus desastres, que impidieron que un funcionamiento «normal» –esto es, previsible y positivo– del país contradijera la acción y el discurso de deslegitimación de la autoridad del monarca emprendida por las diversas oposiciones. La deslegitimación se reforzó porque había toda una serie de problemas económicos y sociales para los que el sistema zarista no parecía ofrecer solución: la miseria campesina y el ansia de reparto de la tierra, la superpoblación en el campo debida al incipiente desarrollo económico, la creciente conciencia de una clase obrera cada vez más numerosa o la falta de poder político de unas clases medias y de una nobleza cada vez más pujantes y modernizadas, que sabían cómo funcionaban otros países y pensaban que también ellos podrían, deberían, tener algo que decir en el gobierno.

Pero fue la cultura política de la autocracia, con su rígida jerarquización y el depósito de la absoluta legitimidad del Estado en la figura unipersonal del zar, lo que supuso la imposibilidad de un cambio medianamente paulatino o consensuado hacia un régimen de mayor participación

democrática y, por tanto, mayor posibilidad de sobrevivir a la turbulencia de la guerra. La deslegitimación de la cabeza del Estado había impregnado a la sociedad de dos maneras. Una fue la recurrente práctica del asesinato de los zares, continua desde el comienzo de la Edad Moderna, pero consagrada por el terrorismo nihilista y anarquista de finales del siglo XIX. Con ella se había destruido ante el pueblo el carácter sobrenatural de la figura monárquica, esa transcendencia más allá del mundo que justificaba la existencia de la autocracia y su relación directa con el pueblo, sin el intermedio de un parlamento.

El otro factor de deslegitimación hundía sus raíces en las transformaciones culturales de la época. Una de las historias más conocidas del final del régimen zarista y señalada a menudo como muestra esencial de su decadencia es el asunto de Rasputín. Grigory Efimovich Rasputín fue un predicador nacido en Siberia, en una familia campesina, que cobró gran importancia en los momentos finales del régimen, como guía espiritual y amigo cercano del emperador Nicolás II y, en especial, de su esposa, la zarina Alejandra. Rasputín era, en esencia, uno más de los muchos místicos y santones populares rusos que tras unas largas peregrinaciones –en las que al parecer viajó por Siberia, Rusia, Grecia y, presuntamente, Tierra Santa– se estableció en San Petersburgo. Allí trabó amistad con los emperadores y se convirtió en su consejero espiritual, sobre todo porque parece que era el único capaz de aliviar los sufrimientos del heredero, quien estaba enfermo de nacimiento. Su influencia sobre el autócrata en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial creció hasta tal punto que despertó la susceptibilidad y el odio en la corte. La constante necesidad de la zarina de consultarle todo, unido a los rumores acerca de las perversiones y desvaríos alcohólicos de Rasputín, produjeron un enorme daño en la imagen de los monarcas. Ríos de maledicencia y propaganda, de pornografía popular acerca de las presuntas relaciones íntimas entre la zarina y el monje –casi seguro por completo falsas–, perjudicaron y contribuyeron a deslegitimar la autoridad del régimen[15]. En la noche del 17 de diciembre de 1916 Rasputín fue asesinado por un grupo de conspiradores, miembros de la alta nobleza, en un atentado que se convirtió en un mito por la dificultad aparente de acabar con la vida del monje[16].

El caso de Rasputín no era más que una simple manifestación de un fenómeno más complejo y amplio. Las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX supusieron la plasmación social y cultural de un cambio en la espiritualidad europea, producido, por un lado, por la pérdida de significado de las religiones establecidas (que reaccionaron incrementando sus aspectos místicos y sensoriales), lo que conllevaba el crecimiento del espiritismo, los orientalismos y otras formas alternativas de religión. Y por otro lado, por la súbita toma de conciencia de que el pensamiento racional y científico poseía un lado oscuro que –como estaba mostrando la brutalidad futurista de las nuevas técnicas de guerra– había llevado a muchos hacia un misticismo y un milenarismo exacerbados. La modernidad era romántica, exaltada y mortífera, y San Petersburgo era, como afirma Karl Schlögel, el laboratorio de esa modernidad.

Pero Rusia no se hundió por la fuerza de los revolucionarios ni por la acción de las vanguardias. Ningún régimen puede ser derrotado hasta que sus poderes administrativo y militar no se quiebran[17], y esto no fue posible sin la guerra, que devastó buena parte del Imperio. Tampoco habrían sido tan terribles las consecuencias de la caída del zarismo sin la sucesiva acción de demolición por parte de muy variados grupos –los bolcheviques fueron los que mejor supieron cabalgar la ola–, tanto del edificio dejado por la monarquía como también de los intentos del Gobierno provisional por estabilizar los cambios.

Porque no podemos olvidar que «la Revolución rusa» supuso en realidad toda una serie de mutaciones rápidas concurrentes y superpuestas que incluían: por un lado, la revolución *política* que derribó al zarismo y la sustituyó por un gobierno democrático; luego, un *golpe de Estado* que acabó por la fuerza con el ensayo de democracia; a continuación, una transformación de índole *social*, comenzada con la autoemancipación de las clases bajas y que finiquitó al cabo los restos del feudalismo, pero que fue más allá, mucho más allá, hasta iniciar unos cambios que constituyeron verdaderos experimentos de *ingeniería social* controlados por una élite dictatorial; esto se unió a una revolución *económica* sin precedentes en la que, por primera vez en la historia europea, se destruyó por completo el régimen de propiedad existente hasta entonces y se cambió por un tipo de

propiedad y de economía estatalizada y dirigida, un tipo completamente nuevo; a ello hay que añadirle una *transformación cultural* que intentaba llevar a cabo el programa máximo de la vanguardia filosófica y artística del final del siglo XIX de reconstrucción por completo de la vida y del propio ser humano; y, por último, un intento de aportar *soluciones federales* a las reivindicaciones de las minorías nacionales que buscaban libertades y autogobierno[18]. Esto último, con ser importante, tampoco fue decisivo. El Imperio ruso no se vino abajo por los problemas de las nacionalidades, y no es posible saber qué habría pasado sin la Gran Guerra, pero no da la sensación de que, a la altura de 1914, los movimientos nacionalistas en el Báltico, el Cáucaso o Ucrania fueran lo suficientemente potentes como para desintegrarlo.

Quizá más que dilucidar qué fue la Revolución, sería mejor intentar comprender qué entendían por «revolución» sus propios protagonistas. Existía en Rusia una división fundamental en la concepción del mundo entre las élites urbanas y buena parte de la población, sobre todo rural y provincial. Las clases urbanas de la Rusia europea –ya fueran propietarios, miembros de la *intelligentsia* o, incluso, esa parte de los obreros que estaba mejor educada y había tenido perspectivas de ascenso social en el neocapitalismo ruso anterior a la guerra– dieron, en general, la bienvenida a una revolución política limitada que permitiera un constitucionalismo democrático y una extensión de las libertades económicas. Pero los estratos sociales más desprotegidos querían una transformación fundamental y radical de las relaciones sociales y de la economía. En especial, para el campesinado la Revolución significaba el reparto de tierras de la nobleza y el clero, y su división igualitaria (o al menos según viejas costumbres populares) entre todos los vecinos.

Para sus contemporáneos, la Revolución de 1917 era considerada «la segunda Revolución rusa». En efecto, la primera Revolución, la de 1905, había cambiado por completo la situación del país. Dentro de una serie de revueltas desencadenadas por una inesperada derrota militar ante Japón, la masacre de más de 130 personas frente al Palacio de Invierno el 22 de enero de ese año impulsó un movimiento muy amplio contra la autocracia. Presionado a derecha e izquierda, Nicolás II introdujo unas reformas que

instauraban una monarquía parlamentaria, aunque muy limitada en su alcance. Nicolás estableció una Duma, un parlamento, que podía ser disuelto por el emperador, lo que dejaba a su albur hasta dónde iban a llegar las reformas. Desde 1906 hasta 1917 se sucedieron cuatro Dumas, que funcionaron con grandes problemas, pero que mostraron –cuando se permitió un voto medianamente libre– la fuerza que los socialdemócratas y los liberales tenían en Rusia[19]. El amago del zar de disolver la cuarta Duma en diciembre de 1916 fue precisamente lo que dio el aldabonazo final para la Revolución de Febrero. Y el comienzo de la violencia.

---

14. https://www.marxists.org/reference/archive/Kerenski/1927/catastrophe/ch03.htm#n1

15. Boris Kolonitskii, «Russian Historiography of the 1917 Revolution: New Challenges to Old Paradigms?», en *History & Memory*, vol. 21, N 2, 2009, pp. 34-59.

16. Félix F. Yusúpov, *Memorias de antes del exilio (1887-1919*). Barcelona, Alba, 2011.

17. Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China.* Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 285.

18. Rex A. Wade, *The Bolshevik Revolution and Russian Civil War,* Westport. Connecticut, Greenwood Press, 2001, p. 3.

19. S. V. Tiutiukin, «Politicheskoie probuzhdeniie Rossii na rubeye XIX-XX vv.», en Zeveleva, A. I. (ed.) *Istoriia politicheskij partii*. Moscú, Byshaia shkola, 1994, pp. 39-60,

3. Un cataclismo interminable

A principios de junio de 1917 llegó a Petrogrado Bessie Beatty, una periodista californiana que, entusiasmada por las noticias de la Revolución, había dejado su trabajo en un periódico de Los Ángeles y se había dirigido a la capital rusa cruzando el Pacífico y atravesando Siberia[20]. Allí se unió a un grupo formado por otros americanos, entre los que se encontraba el luego famoso John Reed. La capacidad de Bessie para apreciar los pequeños detalles y su mirada crítica sobre los acontecimientos la llevaron a escribir un libro certero y agudo sobre la catástrofe, publicado exactamente en el primer aniversario de la Revolución de Octubre. En el libro cuenta cómo, casi al principio de su estancia en Rusia, Bessie contempló en una tranquila tarde veraniega a unos jóvenes que jugaban con unas mariposas en un parque. Los rusos, escribió,

> no podían saber aquella tarde, más que yo misma, lo que los meses iban a hacerles a aquel tesoro de sus mariposas. No podían saber que ellos mismos pondrían violentas manos sobre ellas y que vendría el día en que las alas rotas yacerían aplastadas como una hoja de hierba bajo una pesada bota[21].

La violencia acompañaría a la sociedad rusa al menos durante treinta años más. A principios de 1912 las tropas habían disparado contra una multitud de unos 5.000 huelguistas en las minas de oro de Lena, en el este de Siberia, matando a unos 200 e hiriendo a muchos más. Esta reacción del gobierno enfureció a muchos diputados de la Duma y a la sociedad en general.

La masacre de Lena se considera una de las semillas de la Revolución posterior. El zarismo sólo parecía responder con violencia o represión a las demandas. Una infame frase del ministro de Asuntos Internos, A. A. Makarov, acerca de que los soldados no podían hacer otra cosa que disparar contra una multitud que marchaba hacia ellos porque «esa es la forma en que ha sido y así será en el futuro», desencantó a muchos que pensaban que

las reformas podían haber sido pactadas. La masacre desencadenó una radicalización en el movimiento obrero, manifestada, por ejemplo, en las victorias de los bolcheviques sobre los mencheviques, más moderados, en varias elecciones sindicales importantes.

Dos años después, el comienzo de la que luego se llamaría Primera Guerra Mundial sumió a Rusia en un verdadero *continuum* de crisis a partir de agosto de 1914[22]. Durante la guerra comenzó una Revolución –comparativamente poco cruenta– que fue seguida por un golpe de Estado iniciado por una fuerza radicalizada y militarizada. Casi de inmediato estallaron, a lo largo de todo el espacio del antiguo Imperio ruso, una compleja serie de guerras civiles y de ocupaciones que, a su vez, impulsaron una ola de destrucciones masivas y de matanzas sin cuartel. Todo ello culminó con la instauración de una dictadura de nuevo cuño –la del Partido Comunista– que conduciría al país a una violencia continua y sistemática al menos hasta 1953. Se trató de un gigantesco cataclismo que, enmarcado y enraizado en lo que algunos han llegado a denominar acertadamente como «la guerra civil europea», modeló y conformó la suerte corrida a lo largo de todo el siglo XX por el continente entero. Desde sus inicios como un mero intento local de modernizar un país, tanto la Revolución rusa de Febrero como luego el régimen surgido del golpe de Octubre se convirtieron en algo que superaba, simbólica y físicamente, al propio Estado ruso y a sus sucesores.

El cataclismo implicó una constante presencia de la muerte. Se estima que durante la Primera Guerra Mundial murieron alrededor de 2.000.000 de rusos, sobre todo soldados. Aunque la Revolución en sí produjo (relativamente) pocas bajas, lo cierto es que la posterior guerra civil y el hambre en el Volga causaron entre 3 y 5.000.000 de muertos hasta 1923[23]. Tras la derrota de los Ejércitos Blancos, emigraron 2.000.000 de personas. A lo largo de toda la era de Stalin, entre los más de 700.000 asesinados en 1937, las distintas «operaciones» de represión de las minorías, los muertos del Holodomor –la hambruna en Ucrania–, en Kazajistán y en el sur de Rusia, los fallecidos en los campos de trabajo del Gulag y los represaliados de todo tipo hasta 1953 arrojan una cantidad por encima de los 10.000.000 de muertos, aunque hay historiadores que dan cifras –quizás exageradas–

que llegan a los 20.000.000. A ellos habría que añadir los muertos durante la Segunda Guerra Mundial que, entre civiles, soldados y nuevos democidios, alcanza los 20.000.000, aunque algunos, en parte, se solapan con los crímenes de la era de Stalin ya citados[24].

Son cifras que escapan a nuestro entendimiento. El ojo no lo ve, la mente no lo acepta. Para hacer presente tanta muerte debiéramos describir uno tras otro el aspecto, el habla, la vida de cada individuo, repentizarlos, darles un nombre y un rostro. Hacer que dejen de ser bajas en un proceso histórico y convertirlos en víctimas. Pero esa no es tarea de este libro. Lo que aquí se quiere hacer es contemplar los hechos dolorosos de esos tiempos de violencia sin olvidar las esperanzas de quienes creyeron ver en la Revolución una luz nueva. Y al mismo tiempo, mostrar que todas las opciones estaban abiertas, que nada estaba fijado de antemano, que ni la Revolución tuvo por qué haber tenido lugar, ni que, después de haber estallado, tenía por qué haber acabado en una guerra brutal y una dictadura interminable.

Rusia era en 1917 un imperio construido como lo habían sido los imperios de los siglos XVI y XVII: basado en anexiones territoriales por matrimonios y pactos dinásticos, en conquistas armadas de territorios adyacentes y revisiones de fronteras, en tratados entre monarcas sobre territorios cuyos habitantes no tenían voz ni voto. La extensión de Rusia no dependía de una política ultramarina moderna, de un Estado que anhelara territorios a los que exportar sus producciones industriales y de los que obtener materias primas, sino de un deseo, ya arcaico por entonces, de engrandecimiento espacial y de dominio político. Y las relaciones de sus pueblos diversos y multicolores no respondían a las jerarquías de metrópoli y colonia de los imperios británico o francés, sino a estratificaciones y estatus desiguales, entrecruzados y difusos, propios de los Estados de aglomeración, como el Imperio austrohúngaro o la España «madre de pueblos».

A esa forma le correspondía un concepto patrimonial del Estado que, aunque transformado y debilitado por los intentos de construcción de una burocracia a la europea de algunos zares posteriores a Pedro I, seguía estando plenamente vigente a la altura de 1914. Los zares eran padres,

propietarios, dioses en la tierra. De hecho, el gran error de Nicolás II fue precisamente el de no saber poner al día la institución imperial, conseguir una legitimidad moderna por medio de una cierta democratización de su poder. Pero Nicolás era un soñador, envuelto en la nostalgia de una época de boyardos heroicos, de campesinos ciegamente fieles a su señor, de boato imperial y eclesiástico, de protección divina y espiritualidad primaria y directa. Su actuación política durante todo su reinado no fue otra que la del gran propietario que organiza y dirige su hacienda, confiado en que sus empleados –sus siervos, aunque ya no lo fueran– le amarían por su magnanimidad, justicia y severidad. Por ello, en febrero de 1917, cuando las tensiones subieron de grado y fue evidente que su pueblo no le respetaba, Nicolás se sintió despechado y fue capaz de abdicar sin apenas ofrecer defensa.

Se puede decir, pues, que el liderazgo de Nicolás Romanov fue, por muchas razones, un liderazgo débil. Pese a la propaganda en su contra de sus enemigos políticos, pese a la leyenda negra creada sobre él y su esposa, Nicolás no carecía de cualidades. Lo que sucede es que no eran las virtudes necesarias para un emperador autócrata, creyente y practicante, encargado de la sujeción de todos los asuntos de Estado bajo su poder. No sin ironía, Orlando Figes afirma que Nicolás habría sido un buen rey de Gran Bretaña. Y es cierto: no teniendo la fortaleza suficiente para llevar sobre sus hombros el peso del gobierno de un imperio, habría sabido sin embargo cumplir una función representativa como la de las monarquías constitucionales. Que su padre hubiera sido Alejandro III, un zar brutal, poderoso e inteligente, pero que convivió siempre con la memoria del asesinato de su propio padre tras haber llevado a cabo reformas, no le ayudó. Viéndolo desde el punto de vista de la psicología, la actuación de Nicolás II parece bastante simple: intentó ser digno de su progenitor, careciendo de voluntad para ello.

Una situación muy similar a la de su esposa, la zarina Alejandra, quien, aunque era de origen alemán, se había criado bajo la falda de la poderosa y famosa reina Victoria de Inglaterra. La zarina se sentía impulsada a encajar en el papel que, creía, había cumplido su pariente y modelo. Y aunque se conservan recomendaciones de su mentora en la que le pide mano izquierda

y consenso para atajar los problemas del Imperio, Alejandra rechazó siempre la liberalización del país porque había asumido por completo la que ella creía esencia autocrática del carácter del pueblo ruso. La importancia que la influencia de la zarina tuvo sobre el zar fue creciendo a medida que éste se iba aislando de la realidad, haciendo oídos sordos a quienes le avisaban de lo que estaba sucediendo.

Pese a los problemas del Imperio, el primer intento constitucionalista ruso en 1905 impulsó un despertar de la acción política y contribuyó a crear un sistema de partidos, más allá de la miríada de sectas y grupos que habían existido hasta entonces. Contra todo lo que el mito haya podido hacer creer, el partido más importante anterior a la Revolución de 1917, y el único que se podría considerar como un partido de masas con vocación moderna, era un partido derechista: la Unión del Pueblo Ruso. Se trataba de una formación chauvinista, nacionalista y radicalmente monárquica que desde su fundación en 1905 se había extendido a lo largo de todo el Imperio, con más de 300.000 miembros y numerosas sedes en las provincias. Era un partido que, de alguna manera, se puede considerar protofascista, al igual que otros grupúsculos ultraderechistas de la época.

Por su parte, los demócratas constitucionales (los kadetes, de la abreviatura de *Konstitutsionnaya Demokratiia Partiia*, Partido Constitucional Democrático), que eran liberales clásicos, llegaron a tener unos 120.000 miembros. También en el campo de los constitucionalistas –es decir, de aquellos que creían en la democracia parlamentaria– se podrían incluir a otros 25.000 octubristas, liberales de derechas.

A la izquierda estaban los diversos grupos socialistas, cuyo objetivo –milenarista y absoluto– era la revolución, pero que no acababan de decidir si este objetivo estaría mejor servido por el parlamentarismo como medio. El grupo más importante era el de los socialistas revolucionarios (SR), que decían representar al proletariado agrícola, pero habían alcanzado mucha influencia entre los trabajadores urbanos. Contaban con unos 50.000 miembros oficiales. Los socialistas revolucionarios eran los descendientes de los *narodniki*, los populistas rusos que habían intentado encontrar una vía hacia el socialismo desde la propia tradición rusa. Su forma de enfocar el socialismo era poco ortodoxa, basada en la continuidad de la comuna

campesina propia de la Rusia profunda. A lo largo de los años habían usado a menudo la violencia y el terrorismo, pero a la altura de 1917 parecían haber renunciado a ello. No eran marxistas, lo que los diferenciaba de buena parte del socialismo europeo.

Marxistas eran los socialdemócratas, que si combinamos las distintas facciones, probablemente no superaran los 150.000 miembros. Su principal problema era el fraccionamiento entre mencheviques y bolcheviques, denominaciones que provenían de la división de la socialdemocracia en el II Congreso del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso, que había tenido lugar en el exilio, en Londres, en 1903. En este Congreso se discutió, entre otras muchas cosas, la actuación que el partido debía llevar a cabo en Rusia: si se debía dedicar a una lucha clandestina y antisistema (tesis de Vladimir Ulianov, Lenin, bolchevique) o utilizar los resquicios del sistema para actuar (tesis sobre todo de Yuli Ossipovich Martov, menchevique). Aunque los mencheviques eran mayoritarios en el interior del Imperio, en el Congreso quedaron en minoría (de la palabra *menshoi,* «menor», en ruso). El bolchevismo (de *bolshoi,* «grande»), como una corriente concreta y distintiva de la socialdemocracia rusa, surgió en los años 1904-1914 con el fin de dar «una respuesta rusa a los problemas de Rusia»[25]. Se trataba de una distorsión del marxismo, una adaptación peculiar a un contexto propio. Más tarde, la palabra adquirió otro sentido, relacionada con el movimiento comunista internacional, hasta que dejó de usarse al ser sustituida por el término «comunismo».

En realidad, ambas posturas no eran más que meramente académicas; los dos dirigentes no eran más que los líderes de grupúsculos de exiliados radicales, perdidos en una diáspora política, periodistas de oscuras publicaciones clandestinas, que sobrevivían merced a dinero prestado, robado o donado por algún mecenas. Algo de su discurso político había impregnado a quienes, en el interior, intentaban combatir la represión y mejorar la situación vital por medios clandestinos o legales. Pero sólo su capacidad de reacción ante una Revolución que les pilló desprevenidos explica su éxito final.

Además, los socialdemócratas estaban divididos no sólo por sus opciones políticas, sino también territorialmente: polacos y lituanos tenían

su propio partido, los georgianos eran mencheviques e independentistas y los judíos formaban el Bund, un partido socialista específico.

Quedaban los anarquistas, que habían conseguido tener una importante implantación en determinadas regiones, pero que fueron muy castigados por las represalias habidas durante la guerra civil. Todavía habrían de jugar un papel importante al insuflar su discurso ideológico a los levantamientos campesinos que surgieron contra los bolcheviques, pero su número real era muy escaso.

---

20. Sobre Bessie Beatty, véase Robert Service, *Spies and Commisars. The Early Years of the Russian Revolution,* Londres, Public Affairs 2011.

21. Bessie Beatty, *The Red Heart of Russia,* Nueva York, The Century co 1918, p. 18.

22. Peter Holquist, Making War, *Forging Revolution. Russia's continuum of crisis 1914-1921*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

23. Bruce Lincoln, *Red Victory: A History of the Russian Civil War 1918-1921,* Boston, Da Capo Press, 1999.

24. Pese a sus reconocidos fallos, se pueden asumir las estadísticas de Stéphane Courtois (ed.), *El libro negro del comunismo,* Barcelona, Ediciones B, 2010. También en Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

25. Lars T. Lih, *Lenin,* epub, paragraph 20271, Londres, Reaction Books 2011.

4. Desarrollo y atraso

La guerra había comenzado a arrasar el espacio del Imperio ruso por su flanco occidental. George Lomonosov, subdirector de los ferrocarriles rusos, contaba al regresar del frente rumano a San Petersburgo en el mes de enero de 1917 que

> en el frente había suficiente munición, pero poca comida. La media de comida que se recibía en Rumanía era alrededor del 60% de la ración, pero había lugares donde la cantidad era a veces menor del 20%. Había que comerse los caballos muertos. Los ferrocarriles, a causa de las terribles condiciones de las locomotoras, estaban empezando a paralizarse. No sé dónde estaban peor, si en el frente rumano o en nuestros propios ferrocarriles del suroeste[26].

A la altura de 1916 ya estaba claro que Polonia iba a ser independiente y que, pasara lo que pasara, el Imperio ruso iba a perder al menos una parte importante de su territorio europeo. El conflicto había empezado con alguna victoria para el Imperio, que en 1915 había ocupado toda Galitzia, pero pronto se demostró que su anticuada estructura política y militar no permitía consolidar las ganancias ni enfrentarse con éxito a las potencias centrales. Las alianzas militares de la *Belle Epoque* habían conducido al Imperio ruso a entrar de lleno en un conflicto que llegaba en el peor de los momentos. Después de las revueltas de 1905 y de su violenta represión, la introducción de escasas y tímidas reformas había demostrado a todo el país que la autocracia de Nicolás II no era capaz, ni lo sería nunca, de cambiar definitivamente el rumbo. Pero no debemos creer que el Imperio estaba condenado al fracaso. Los imperios, como afirma Charles Tilly, «son bestias duras»:

> variantes del Imperio chino perduraron durante dos mil años o más, el Imperio bizantino continuó por más de un milenio, el Imperio romano duró seis siglos, el Imperio otomano sobrevivió por más de medio milenio[27].

Una mejor dirección, una gobernanza más realista, y la dinastía Romanov habría podido resistir hasta el final de la guerra. Si hubiera aguantado hasta la entrada de los norteamericanos en el conflicto, puede que el régimen, como el soviético en 1941, hubiera sobrevivido.

Rusia no era, en contra de lo que se ha solido entender, un país con un atraso casi medieval. En 1914, pese a las enormes desigualdades sociales y territoriales dentro del gigantesco Estado, se había producido una intensa modernización económica y una industrialización de cierto empaque. Los análisis más modernos hablan de un continuo crecimiento económico, que para el periodo de 1885 a 1913 alcanzaba incluso el 3,3%. Es cierto que la industrialización estaba localizada en unas pocas regiones, pero no olvidemos que la Revolución Industrial se produjo en forma regional en todas partes, incluyendo el caso primordial de Gran Bretaña. Otra derrota anterior, la de la Guerra de Crimea (1853-1856), había impulsado al zar Alejandro II a iniciar reformas que permitieran consolidar una economía capaz de competir con el cada vez más poderoso mundo capitalista internacional.

La emancipación de los siervos en 1861 –al tiempo que estallaba la Guerra Civil americana– había puesto fin al régimen feudalizante al menos en sus aspectos legales. Pero la situación real era mucho más complicada, ya que los campesinos habían recibido la libertad y los derechos sobre la tierra a cambio de pagos de rescate. Incluso la tierra entregada no lo fue a título individual, sino otorgada como propiedad comunal de los pueblos (la llamada *obschina*), lo que ataba a los campesinos a la aldea e impedía su libre movimiento. Era la comunidad rural la que repartía las tierras, en una suerte de comunismo primitivo que tendría luego su repercusión en la fundación de los koljoses, las granjas colectivas soviéticas. Pese a ciertos intentos por parte del Estado tras la Revolución de 1905 para lograr una clase de campesinos libres y prósperos –otorgando facilidades para salir de la *obschina*–, lo cierto es que a la altura de 1914 sólo el 10% de los hogares de la Rusia europea vivía en granjas independientes[28]. Esto no significaba que la agricultura no hubiera incrementado su producción, sobre todo en la parte que era privada, pero también en las explotaciones pertenecientes al

Estado. La pauta de crecimiento no era muy rápida, pero resultaba constante[29].

Entre 1880 y el censo de 1897 la población del Imperio había aumentado de 100 a 130 millones, y para febrero de 1917 alcanzaba ya los 182. También la estructura de la población había cambiado. En 1913 la población urbana había crecido hasta el 18 % del total, y se ocupaba sobre todo en el sector secundario y terciario –industria, construcción y comercio–. Pese a ello, un 70% de la población continuaba ligada a la agricultura[30]. Incluso una parte muy importante de quienes vivían en las ciudades estaban muy ligados al campo y navegaban entre un medio y el otro, dependiendo de la época del año, de la actividad económica o de las fiestas del calendario.

Por otro lado, la situación social de los campesinos se había visto muy deteriorada durante los primeros años del siglo. El rápido crecimiento de la población desde la emancipación de los siervos –pese a una tasa de mortalidad que era el doble de la de los países más avanzados de Europa– había traído consigo una creciente presión sobre la tierra. Dado que buena parte de la tierra disponible –hasta cuatro quintos– era repartida continuamente a través de las comunas campesinas, el tamaño de los lotes se había ido reduciendo y las condiciones de vida empeoraban. La productividad era además bajísima y el sistema comunal no impulsaba la aplicación de reformas, ni tampoco una modernización o mecanización de la agricultura.

Las investigaciones económicas más recientes parecen reconocer que, aunque la industrialización fue un importante motor del desarrollo económico, no fue el único. Las provincias más ricas poseían una industria más floreciente, pero contar con un sector servicios importante o con una agricultura muy productiva resultaban, en diversas regiones del país, mecanismos igualmente eficientes para el desarrollo y el bienestar económico. La agricultura estaba particularmente avanzada en el sur y el oeste de Siberia, donde, además, la productividad laboral resultaba mayor que en la industria[31].

En cualquier caso, la inmensidad del territorio ruso hace muy difíciles las generalizaciones: mientras que la emancipación de los siervos había

llevado a los habitantes de la zona europea –en especial de las zonas de las llamadas «tierras negras» (en el centro-sur de Rusia, cuyos terrenos eran muy fértiles)– a una situación difícil por su conversión en jornaleros y el reforzamiento del poder económico de los propietarios, en Siberia había una gran cantidad de campesinos libres.

Durante la sucesiva acción de gobierno llevada a cabo por Sergei Witte entre 1892 y 1906 –primero como ministro de Transportes y luego de Finanzas–, Rusia se había embarcado en una campaña de modernización e industrialización acelerada. La red de ferrocarriles se extendió hasta alcanzar los 30.000 km a la vuelta del siglo; en 1903 se completó el ferrocarril Transiberiano, el símbolo del crecimiento económico y del desarrollo de la industrialización; constituía también la medida del esfuerzo del Imperio por llegar a todos los rincones del territorio.

Así fue como se consolidaron varias regiones industriales, sobre todo alrededor de las ciudades de Varsovia, Lodz, San Petersburgo y Moscú, además de la región del Donbas, en Ucrania. Las provincias europeas del país producían mucho más que el resto, alrededor de tres cuartas partes de la renta nacional total. Tras la región de la capital, la segunda zona más productiva era Polonia (8% de la producción), seguida de cerca por el Cáucaso, Siberia y el Lejano Oriente, Asia Central y algunas otras provincias. No nos sorprende que la producción fuera más alta en las regiones de San Petersburgo –que podía incluir a las provincias bálticas–, Moscú y la provincia de Jerson –donde se encontraba Odessa, la cuarta ciudad del Imperio–, así como en las provincias polacas alrededor de Varsovia –la tercera ciudad del Imperio en términos de población–, pero las últimas investigaciones arrojan sorprendentes resultados de crecimiento en zonas que antes se creían más atrasadas, como la provincia de Tomsk, en Siberia occidental, y el sur del Imperio.

Una de las características más importantes del capitalismo ruso era su mezcla entre la intensidad de la inversión extranjera y la poderosa participación del Estado en la economía. Hacia principios del siglo, el Estado era el comprador de casi dos tercios de toda la producción metalúrgica rusa, controlaba el 70% de los ferrocarriles y poseía minas, campos de petróleo, bosques y tierras de cultivo.

En Rusia, el Estado sirvió de sustituto para los prerrequisitos que han sido considerados necesarios habitualmente por los economistas para establecer una pauta de crecimiento de tipo occidental. La importación de tecnología y capitales, así como el establecimiento de aranceles para promover la producción propia, impulsaron de alguna manera el crecimiento. Se compraron fábricas enteras –lo mismo harían luego los comunistas– y se trajeron ingenieros y técnicos del extranjero. Pero a Rusia le faltó una habilidad para asumir las aportaciones exteriores similar a la que tuvo el Imperio japonés. Tampoco fue capaz de desarrollar una sociedad civil amplia y libre que emprendiera negocios y aprendiera a innovar a partir de la imitación de técnicas transnacionalizadas.

La transformación económica de Rusia hacia una economía moderna, evidente desde finales del XIX, así como su inserción cada vez mayor en los flujos transnacionales, contrastaban con la evidente rigidez del sistema político. La indecisión del poder imperial a la hora de embarcarse en una democratización y una descentralización –siquiera administrativa– que eran inevitables a la hora de liberar y canalizar las fuerzas económicas y sociales del país, llevó claramente a una situación difícil. Durante los primeros años del siglo XX y hasta el estallido de la Revolución, crecieron de forma imparable el número de huelgas y disturbios obreros, así como el malestar y la violencia en el campo –al menos, en la Rusia europea y en los asentamientos siberianos más importantes–. Kerenski afirma en sus memorias que «los meses inmediatamente anteriores al estallido de la Gran Guerra encontraron a Rusia hirviendo de sentimiento revolucionario». Él mismo pasó

> la primavera y el verano de 1914 viajando de un extremo a otro de Rusia, organizando y ordenando en todas partes las fuerzas políticas y sociales del país para la próxima ofensiva conjunta de todos los partidos burgueses liberales, proletarios y campesinos y organizaciones contra el zarismo, y a favor del establecimiento de un régimen parlamentario democrático».

El *zeitgeist* de la época era, según la opinión de quien luego sería primer ministro del Gobierno provisional, el de

> enormes reuniones de masas, a las que asistieron muchos miles de personas, reuniones conspiratorias en las ciudades provinciales. La actitud pasiva de las autoridades zaristas hacia la expresión franca de la voluntad popular en mis reuniones de masas evidenció una profunda crisis

psicológica, del tipo que siempre precede al acto final de un movimiento revolucionario que avanza, y un cambio radical en la autoridad política suprema de una nación[32].

El escenario de la violencia estaba preparado, pero no existía nada que una gobernanza inteligente y de amplias miras no pudiera haber evitado.

---

26. George v. Lomonosoff, *Memories of the Russian Revolution*. Nueva York, Rand School of Social Sciences 1918, p. 7.

27. Charles Tilly, «How empires end», en Karen Barkey y Mark Von Hagen (eds.), *After Empire. Multiethnic Societies and Nation-Building. The Soviet Union and the Russian, Ottoman, and Habsburg Empires*. Boulder, Col, Westview Press 1998, pp. 1-11; aquí citada p. 2.

28. Robert C. Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Sóviet Industrial Revolution*. Princeton, PUP, 2003.

29. Anton Cheremukhin, Mikhail Golosov, Sergei Guriev, Aleh Tsyvinski, «The Industrialization and Economic Development of Russia through the Lens of a Neo-classical Growth Model». (https://ipl.econ.duke.edu/seminars/system/files/seminars/1314.pdf)

30. Allen, *Farm to Factory*, p. 25.

31. http://www.econ.yale.edu/~egcenter/Markevich_Yale_conference.pdf

32. Aleksandr F. Kerenski, *The catastrophe: Kerenski's own story of the Russian revolution*. Nueva York/Londres, D. Appleton and Co., 1927. (https://www.marxists.org/reference/archive/Kerenski/1927/catastrophe/ch02.htm)

5. El comienzo de Febrero

El funcionario de la embajada norteamericana James Hougteling Jr. llegó a Petrogrado a mediados de enero de 1917. En su diario apuntó la impresión que le producía la ciudad; el paseo por el Palacio de Invierno, el Hermitage, los muelles, el Campo de Marte y el jardín de verano y la avenida Liteiny le habían causado una gran impresión.

> Pero qué ciudad más sucia –decía–. Los edificios son de un color tan descorazonador; quizá tengan mejor aspecto a la luz del día, pero hoy el día está nublado. Los carteles de préstamos de guerra, escasamente atractivos, están pegados sobre casi todo, sean edificios del gobierno o palacios; en el Petrogrado en guerra la madera para calentarse está apilada a la vista por toda la ciudad. El Campo de Marte parece una leñera[33].

Era el invierno más frio de los últimos años, y eso en mitad de una guerra. Petrogrado estaba a –15º C, faltaba el carbón para calentar, faltaban suministros y repuestos, faltaban alimentos. A los desajustes y a las exigencias de la guerra se les unió la virtual paralización de los transportes a causa del mal tiempo. Largas filas de mujeres hacían cola junto a las panaderías, heladas de frío bajo vientos árticos, esperando un pan que nunca alcanzaba para todas. Trabajadores de las muchas fábricas de Petrogrado deambulaban por las calles, mano sobre mano porque no había combustible ni materiales para seguir trabajando. No era tanto un problema de producción como de distribución. Situada tan al norte, alejada de todas las zonas productoras de alimentos, la capital dependía del ferrocarril para sus suministros, y estos no llegaban. La nieve obstruía las vías férreas, los carros de los campesinos no podían llevar sus mercancías a la ciudad. A lo largo de la primera semana de febrero hubo huelgas en diversas fábricas para protestar por la falta de pan, así como *lockouts* de los patronos en respuesta. El anuncio de que el primero de marzo comenzaría el racionamiento produjo un pánico que llevó al acaparamiento, al saqueo de algunas tiendas y a algunos disturbios.

Lo cierto es que las actitudes de violencia habían ido en aumento durante el transcurso de la guerra; los modelos de conducta se habían debilitado, la cotidianidad de la muerte había eliminado los escrúpulos, y desertores y soldados respondían dejándose llevar por sus más primarios impulsos. Al finalizar 1916, la atmósfera de violencia iba haciéndose más y más general, y esto impulsaba la autodefensa, así como la percepción de que el Estado no era capaz de eliminar el problema. El Estado fracasó a la hora de proporcionar seguridad a sus ciudadanos, lo que también es crucial para entender cuál fue el origen de la Revolución.

Como escribe Joshua Sanborn,

> la ira hacia el régimen zarista y la frustración con respecto a la escasez de bienes eran condiciones necesarias, pero no suficientes, para originar la convulsión social enorme y violenta que destruiría tanto la autocracia como el Imperio. Las angustias del miedo y el sentido visceral del caos, así como el inminente castigo de los ciudadanos de todo el país, proporcionaron la radicalidad necesaria para transformar el disgusto y la protesta en violentos actos de motín y rebelión[34].

Se suele datar el comienzo de la Revolución en la gran manifestación que recorrió las calles de la capital el Día Internacional de la Mujer, el 23 de febrero (hasta el 1 de febrero de 1918 Rusia mantuvo el calendario juliano, que iba trece días por detrás del gregoriano, común a casi toda Europa. Por ello, el 8 de marzo se celebró entonces en febrero). Aquella tarde, miles de mujeres se manifestaron por las calles con eslóganes que unían la reivindicación feminista y la social. La temperatura había mejorado –y se mantendría así durante todo el mes– y la protesta creció de forma más rápida de lo que había sido habitual. Aunque rodeada por fuerzas cosacas, la manifestación discurrió pacíficamente y no hubo enfrentamientos de importancia. Por la noche, todo estaba en calma.

En la ciudad, sin embargo, había un vacío de poder manifiesto. El zar –aun sabiendo de la agitación– había decidido viajar el día antes al Estado Mayor, la Stavka, situado en Mogilev, en Bielorrusia. Los encargados del orden público y de la seguridad en Petrogrado (bajo el mando del comandante en jefe Jabalov o del ministro de la Guerra, Beliaev) eran, en su mayoría, gente incompetente y poco decidida. Ninguno supo cómo

enfrentarse a una conmoción ciudadana que alcanzaba a todas las clases sociales.

Las manifestaciones fueron creciendo al día siguiente, el 24 de febrero. A las trabajadoras se les fueron uniendo huelguistas de otras partes de la ciudad, hasta alcanzar al menos los 200.000. Los manifestantes partían de los barrios obreros y terminaban en las zonas burguesas de la ciudad, especialmente en la elegante avenida Nevski. Allí hubo disturbios, alguna rotura de escaparates y enfrentamientos con la policía. Nada nuevo para una ciudad acostumbrada a las protestas de masas en un régimen que no permitía otras formas de mostrar el descontento.

Ante la evidente falta de respuesta por parte del Estado, la actitud de los grupos de manifestantes se fue haciendo poco a poco más agresiva. El 25 de febrero llegaron los primeros muertos. La ciudad se llenó de una sorda violencia, desplegada por todos lados, pero sin un claro foco central, y las manifestaciones fueron adoptando decididamente un color político. La revolución había comenzado de forma espontánea, lo cual no quiere decir que no hubiera una organización: la manifestación de las mujeres había sido convocada por los socialistas. Por su parte, los social-revolucionarios, los mencheviques y los bolcheviques no planificaron las protestas, pero desde luego contribuyeron a que se estructuraran. Los sindicatos obreros ejercieron un papel de inspiradores: nadie se manifiesta si no hay un acuerdo al menos tácito para hacerlo.

Ese día, el 25, el zar había enviado una orden para que el Ejército disolviera las protestas, pero la orden tuvo efectos desastrosos. El 26 de febrero, domingo, el centro de la ciudad amaneció lleno de soldados y policías, pero esto no detuvo a los huelguistas. A mediodía convergieron sobre la avenida Nevski cientos de obreros de las fábricas, que venían marchando desde la periferia. Comenzaron los disparos. Cerca de la plaza Znamenskaya cayeron más de 50 personas, aunque parte de los soldados que tenían que disparar –en especial los más jóvenes– se negaron a hacerlo, e incluso algunos se pasaron al lado del pueblo.

Como hemos dicho, el 22 de febrero el zar Nicolás II había partido de Petrogrado en dirección a la Stavka. Allí estaba en su elemento. Su personalidad más bien severa y sencilla le hacía sentirse bien estando

rodeado de militares. Las fotografías conservadas del lugar muestran unos aposentos muy frugales, con una simple cama a la que se unía otro catre cuando su hijo le visitaba. Nicolás fue sin duda un monarca autoritario, pero sólo por convicción política y sentido del deber, no por inclinación. Su intolerancia con respecto a las instituciones democráticas estaba relacionada con su percepción de la supuesta incapacidad de estas para el buen gobierno. Nicolás era un patriota, y fue precisamente su patriotismo la clave de su abdicación.

Para entonces Nicolás había ordenado suspender tanto la Duma como el Consejo de Estado y, haciendo caso a las noticias que le enviaba su mujer, menospreció los movimientos y revuelos de la capital. La zarina le escribía a su marido que los movimientos en la capital no eran más que obra de unos «*hooligans*, de unos mozalbetes y unas muchachas, de trabajadores que no querían trabajar, que por supuesto, no existirían si hiciera frío: entonces todos volverían a sus casas». Y cuando la zarina comparaba los «desórdenes» de febrero del 17 con la Revolución de 1905 le parecía que eran por completo distintos, y que en el 17 la gente amaba al zar y que sólo querían pan[35].

En la Stavka se iban recibiendo constantes noticias de lo que sucedía, muchas veces contradictorias. El general Mijaíl Alexeyev, jefe del Estado Mayor, que estaba enfermo, buscaba infatigablemente al zar y le explicaba lo que estaba sucediendo. Pero el zar no quería creerlo. El general Lukomski, uno de los miembros del Cuartel General, contó en sus memorias que

> le dije al general Alexeyev que la situación era demasiado seria y que era necesario que fuera [el propio zar], que en mi opinión allí no éramos capaces de entender qué estaba pasando en Petrogrado.

Nicolás ni siquiera quiso aceptar la alternativa que le ofrecían los miembros de la Duma: éstos exigían que se cambiara a los ministros para dar al pueblo la sensación de que se iba a dar respuesta a sus demandas. El mismo Lukomski narra cómo se cruzó con el zar, y que este le entregó un telegrama para Alexeyev, que estaba en la cama, con fiebre:

> En el telegrama se decía que su Majestad no permitía la posibilidad de realizar ningún cambio en el consejo de ministros, y que exigía que se tomaran medidas decididas para atajar el movimiento revolucionario y el motín entre algunos de los soldados de la guarnición de Petrogrado.

Esas medidas eran «otorgar, temporalmente, poderes dictatoriales al presidente del Consejo de Ministros» así como «al general adjunto Ivanov para sofocar la rebelión y recuperar el orden». Lukomski terminaba su relato con la frase: «¡Petrogrado recibió dos dictadores!»[36].

Mientras tanto, en la capital los revoltosos habían conseguido atraerse a los soldados. La falta de acciones positivas por parte del Gobierno –el reparto de víveres, por ejemplo– no ayudó a detener la agitación. En la mañana del 27 de febrero, la guarnición de Petrogrado comenzó a amotinarse y miles de soldados se unieron a los manifestantes. En una conversación telefónica, Mijaíl Rodzianko, el presidente de la Duma, explicaba cómo

> inesperadamente para todos nosotros, un motín de soldados ha estallado, como yo no había visto. Por supuesto, no eran soldados sino sencillamente campesinos arrancados de sus arados, que consideraban útil anunciar ahora sus demandas. Todo lo que se podía oír en la multitud era «Tierra y libertad», «Abajo con la dinastía», «Abajo con los Romanov», «Abajo con los oficiales», y en muchas unidades ha comenzado una masacre de oficiales. Los trabajadores se han unido a este movimiento y la anarquía ha alcanzado su clímax. Después de largas negociaciones con los diputados obreros conseguimos llegar a un acuerdo, cuya esencia era que se convocara una Asamblea Constituyente dentro de cierto tiempo para que el pueblo pudiera expresar sus opiniones sobre la forma de gobierno. Sólo entonces Petrogrado respiró libremente y la noche pasó con relativa tranquilidad[37].

Al mismo tiempo que una Comisión Temporal de la Duma solicitaba la abdicación del zar, el Gobierno dimitió en bloque, coincidiendo con la reorganización de un Sóviet de Diputados Obreros de Petrogrado, basado en el modelo del *sóviet* («consejo») que había surgido durante la Revolución de 1905. Tanto el Sóviet de Petrogrado como la Comisión Temporal de la Duma Estatal se reunieron en el Palacio de Táuride, aunque en distintas salas. Estos dos organismos acabarían por convertirse en los centros dirigentes de esta primera Revolución. Al día siguiente, el 28 de febrero, incluso el alto mando militar abandonó al zar.

Tras complicadas deliberaciones, Nicolás decidió regresar, pensando quizá que su sola presencia aplacaría los ánimos. Cuando el día primero de

marzo el zar dejó el cuartel en el tren imperial con dirección a Petrogrado, le había enviado a la zarina un mensaje en el que le decía que «esperaba estar con ella mañana por la mañana»[38]. A la altura de la ciudad de Vishera, el tren fue detenido y redirigido hacia Pskov. Ya no se podía o se quería hacer nada, y los telegramas del zar a sus ministros sólo recibieron réplicas evasivas. Mijail Rodzianko, que le había estado urgiendo a acometer reformas, le contestó que «era demasiado tarde»[39].

Aquella tarde el zar envió al general Ruzsky –cuyo cuartel general estaba en la ciudad de Pskov– un *ukase* que hacía al Consejo de Ministros responsable de la Duma. Durante toda la noche los comandantes en jefe del Ejército habían estado en comunicación telegráfica entre sí y con Rodzianko, y se acordó que el único camino posible era exigir la abdicación del zar. Al día siguiente el general Ruzsky informó al zar de la decisión. Éste la escuchó sin emoción visible, y a las tres envió a Ruzsky un documento de abdicación en el que cedía la corona en favor de su hijo. En una carta –que resultó ser la última que llegara a enviar a su mujer; después sólo hubo telegramas– Nicolás le contaba a la zarina cómo, después de conocer el telegrama en que se le pedía la abdicación, «había visto allí muchos rostros asustados». Era el 2 de marzo del calendario antiguo.

Sin embargo, poco después de firmar la abdicación, el zar cambió de parecer. Tras consultar al médico del niño, y consciente de que la enfermedad del zarévich era incurable, cambió la abdicación en favor de su propio hermano, el gran duque Mijaíl Alexandrovich, quien al día siguiente declararía no aceptar la corona, afirmando que sólo lo haría si se la ofreciese una Asamblea constitucionalmente elegida. Esa misma tarde, los delegados enviadas por la Duma –Shulgin y Guchkov– llegaron a Pskov y fueron conducidos al tren imperial. Allí el zar les entregó la abdicación. Shulgin, que era un monárquico ardiente, parece haber sido el único miembro del grupo que estaba profundamente conmovido. Se selló la firma del zar, y los delegados regresaron a Petrogrado con el documento en sus manos.

Al zar lo habían abandonado todos, hasta los beneficiarios directos de sus políticas conservadoras. Si la Revolución pudo triunfar de forma relativamente fácil en la ciudad de Petrogrado fue sobre todo porque no

sólo los más directamente damnificados por la guerra y la precariedad llegaron a alzarse. La convicción de las familias de clase media y alta, y de la propia aristocracia de la corte, de que el sistema se hundía y había que buscarle repuesto condujo al hundimiento del régimen. Las protestas masivas habían sido frecuentes en Rusia, por lo que el colapso global del zarismo a principios de marzo no puede atribuirse únicamente a los disturbios populares. El rechazo de la autocracia por parte de las élites y su grado de descontento significaban que pocos estaban dispuestos a actuar con decisión para defender el régimen. La autocracia desapareció «como si no hubiera existido nunca»[40].

Aunque hubo quien participó directamente en los acontecimientos, buena parte de las élites se convirtieron repentinamente en «revolucionarias» y aceptaron al nuevo Gobierno no porque fueran «arrastrados» por el nuevo régimen hacia el basurero de la historia, sino porque tenían sus propios objetivos y aspiraciones, y porque se habían dado cuenta, hacía tiempo, de que el zarismo no respondía a las necesidades de la sociedad. En una carta que su propio cuñado Alexander Mijailovich le había escrito al zar a principios de enero, aquel le explicaba lo que él creía que quería la población:

> ¿Qué quieren la gente y el público? Muy poco: una autoridad (no estoy usando palabras trilladas, sin sentido) que sea firme, una autoridad fuerte (porque una autoridad débil no es una autoridad), sabia, capaz de satisfacer las necesidades populares y de otorgar la oportunidad de vivir libremente y dejar que otros vivan libremente.

Alexander también le avisaba de tener cuidado con los nombramientos porque

> una autoridad sabia debe estar compuesta de personas que son, en primer lugar, limpias, liberales y dedicadas al principio monárquico, de ninguna manera las de la derecha o, peor aún, de la extrema derecha, porque para esta clase de personas «autoridad» significa gobernar con la ayuda de la policía, no dar al público ninguna oportunidad para el libre desarrollo[41].

---

33. Entrada del 20 de enero de 1917, en James Houghteling, Jr., *A Diary of the Russian Revolution*. Nueva York, Dodd, Mead And Company 1918, p. 3.

34. Joshua A. Sanborn, *Imperial Apocalypse. The Great War and the Destruction of the Russian Empire.* Oxford, OUP, 2014, p. 175.

35. P. E. Tshegolev, *Posliednii reis Nikolaia Vtorogo*. Moscú, Knig, 1991 [1928], pp. 5-6.

36. Gen. Lukomski, «Iz vospominanii», en *Archiv Russkoii Revolutsii*, N. 2, 1921, p. 17-18.

37. Ronald Kowalski, *The Russian Revolution, 1917-1921*. Londres, Routledge, 1997, p. 37.

38. Nicholas Alexandrovich Romanov (Tsar and Autocrat of All the Russias), «Correspondence of Nicholas and Alexandra» (September 9, 1916), en Jonathan Daly and Leonid Trofimov, *Russia in War and Revolution, 1914-1922: A Documentary History*. Indianapolis, Hackett, 2009, Doc. 9, pp. 22-23

39. Archivo Estatal de la Federación Rusa (en adelante, GARF), Fond 601, Op.1, Delo 2089, pp. 10-10b.

40. Nikolai Sujanov, *Zapiski o revolutsii*. Moscú, 1991, p. 126

41. Frank Golder (ed.) *Documents of Russian history, 1914-1917*. Gloucester, MA, Smith, 1927, pp. 249-250.

6. El nuevo poder político: el Gobierno provisional

Stepan Timoshenko, un profesor de física, escribía:

> Me parece que era el 3 de marzo, en una soleada mañana; yo estaba de pie entre la multitud a orillas del Neva, enfrente del Almirantazgo. Se decía que allí se habían acuartelado los contrarrevolucionarios con sus soldados fieles. Se acercaron los marinos con la intención de cruzar el Puente de Palacio y atacar el Almirantazgo. No eran héroes. Ante el sonido de un disparo de ametralladora del lado contrario, los marineros se echaron al suelo, mientras que el público que los rodeaba seguía de pie y se burlaba de los «héroes de la Revolución». Paseando por las calles de Peterburgo en los primeros días de la Revolución, yo siempre perdía el interés y la fe en las hermosas descripciones de la acción heroica del pueblo revolucionario. Nuestra revolución era bastante incruenta, nadie quería defender al régimen zarista y la gente después se preguntaba de dónde habían salido los héroes caídos en la lucha revolucionaria que se sepultaron en el Campo de Marte[42].

Ciertamente, la Revolución había sido bastante pacífica. Aparte de las personas asesinadas en las manifestaciones de los días anteriores al motín de los soldados, no hubo tantas escaramuzas. Tampoco estuvo organizada, aunque todo el mundo la esperaba desde hacía décadas. A lo largo de mucho tiempo los historiadores han discutido si la Revolución estalló de forma espontánea o si se trató de un movimiento organizado y liderado por algúna fuerza política concreta. Durante décadas, la ultraderecha rusa habló incluso de conspiraciones masónicas
o judías, lo que dio origen al mito posterior de la revolución «judeo-bolchevique». En los últimos tiempos se tiende a poner el acento en la interacción entre la furia de las masas –cansadas de privaciones y de guerra– y la acción política, tanto de sindicatos y partidos políticos como de la propia Duma y sus miembros. De hecho, buena parte de las últimas investigaciones en Rusia muestran que los liberales rusos tuvieron una participación tan importante o más que los socialistas en el origen de la Revolución[43].

En los meses inmediatamente anteriores a febrero, una parte importante de la Duma se había radicalizado. El liberal Pavel Miliukov se hizo famoso con un discurso el 1 de noviembre de 1916 en el que iba exponiendo poco a poco los desastres del Gobierno y preguntando, retóricamente, si aquello era estupidez o traición. La formación del Bloque Progresista, también liderado por Miliukov, había ido acercando a los nacional-conservadores a la idea de un cambio de régimen. Sin embargo, y aunque algunos socialistas presentes en la Duma –como Kerenski y Nikolai Chjeidze– intentaron convencer a los kadetes de encabezar la Revolución, lo cierto es que la cámara se negó a ello, al menos mientras continuara la guerra. Esto supuso un tremendo error, porque impidió una transición legítima desde el punto de vista legal e internacional –aunque el Gobierno provisional fuera reconocido por los aliados casi de inmediato–. La forma en que se llevó a cabo finalmente la abdicación del zar, bajo la presión de la Duma y del Gobierno, y con apoyo del Ejército, muestra que el sistema se hundió por dentro. Pero también que cabía la posibilidad de sustituirlo por otro, que surgiría de las raíces del anterior. Esto se llevó a cabo, durante los primeros meses, por una frágil unión de liberales y socialistas, enmarcados en el llamado Gobierno provisional.

Durante los hechos del 27 de febrero, en el Palacio de Táuride se había leído el *ukase* del zar para disolver la Duma. En silencio, los diputados habían escuchado, sabiendo que, fuera del palacio, los movimientos populares cobraban cada vez más fuerza. Animados por la propuesta de Pavel Miliukov, votaron en secreto acerca de la formación de una comisión de la Duma que detentara el poder hasta la organización de una Asamblea Constituyente. Se rechazaba así la orden del zar de disolver el parlamento, y cuando el soberano no había abdicado aún, los diputados decidían sustituir al Gobierno. Se trataba de un paso muy precavido e inseguro, por lo que se le denominó tan sólo como «Comité de Miembros de la Duma del Estado para restablecer el orden en la capital, y para las relaciones con las personas y las instituciones». Cuando, cuatro días más tarde, la Revolución parecía estar más asentada, se cambió el nombre por el de «Gobierno provisional».

Este primer Gobierno se pudo formar tras laboriosas negociaciones con el Sóviet de Petrogrado, donde los socialistas marxistas, que eran muy

fuertes, decidieron no participar, ya que consideraban que la revolución era «burguesa» y no «socialista». Enclaustrados, tanto los marxistas como los partidos liberales, en un pensamiento ideologizado, esperaban que la burguesía tomara las riendas y asumiera su papel, considerado históricamente necesario. Pensaban en analogías históricas, lo que los llevó a equivocaciones de hondo calado. Como expresó Kerenski,

> dados a pensar en la línea de precedentes históricos y duchos en conocer el arte de manejar las proposiciones teóricas en lugar de orientarse en la confusión de la vida real, los ideólogos de la «democracia burguesa» creían sinceramente que la caída del absolutismo se caracterizaría por la transferencia de todo el poder a manos de la burguesía liberal-conservadora representada por el Bloque Progresista en la cuarta Duma. Por otra parte, los líderes socialistas y los ideólogos del «proletariado revolucionario» aceptaron plenamente esta idea fantástica, pues coincidía con sus propias concepciones teóricas, basadas en los mejores modelos europeos del desarrollo de una revolución «real»[44].

En mayo del 1917, el mismo John Reed, en sus primeras apreciaciones de la Revolución, antes incluso de haber viajado a Rusia y de haber contribuido como pocos a la creación del mito bolchevique, escribió que

> el significado de la Revolución rusa parece ser imperfectamente entendido en este país. No es, como muchos estadounidenses creen, una repetición exitosa de la Revolución de 1905. No es un levantamiento campesino. No es una revuelta contra la guerra. Sus principales impulsores y figuras dominantes son los nobles provinciales de mentalidad liberal, hombres de negocios, profesores, editores y oficiales del Ejército. Su propósito primero es unir a Rusia contra Alemania. Esto significa en el fondo proporcionar a Rusia una Constitución como la de Francia e Inglaterra, y un Gobierno, como el suyo, responsable ante los representantes del pueblo reunidos en la Duma. En pocas palabras, poner al Gobierno de Rusia a la par con el de las naciones de Europa Occidental[45].

Esta apreciación, hecha desde la lejanía, mostraba la perspectiva de la Revolución como la entendían buena parte de las clases medias y bajas, parte de la aristocracia y muchos marxistas –no social-revolucionarios ni anarquistas–. La Revolución iba a poner a Rusia en el camino constitucional de otros países europeos.

El primer gabinete del Gobierno provisional lo componían sobre todo miembros del partido de los kadetes, aunque también contaron con gente de otros partidos, como el millonario Alexander Guchkov, del Partido Octubrista, más conservador, que fue nombrado ministro de la Guerra.

Tanto Kerenski como también el menchevique georgiano Chjeidze, que disfrutaba de gran prestigio, habían sido propuestos para participar en el Gobierno provisional, pero como eran miembros del Sóviet –Kerenski era su portavoz– pidieron permiso, que no les fue concedido. Mientras Chjeidze hizo caso al Sóviet y, aunque declaró su apoyo al Gobierno, no aceptó el nombramiento, Kerenski, «a título personal», se les unió como ministro de Justicia. La idea del Gobierno provisional de tender un puente con el Sóviet se cumplía, aunque con total falta de legitimidad.

El día 3 de marzo, el gabinete hizo público un programa liberal y democrático que estableció de inmediato las libertades más importantes, como la de prensa, de reunión y de asociación. Al mismo tiempo, aseguraba toda una serie de cambios futuros con la intención de abolir las restricciones sociales, religiosas y nacionales e iniciar una reforma agraria. Prometió también conceder una amnistía a los presos políticos –aunque las cárceles comenzaron a vaciarse de inmediato, sin esperar al decreto–. Pero la promesa más importante del Gobierno provisional fue, sin embargo, la de celebrar unas elecciones democráticas para una Asamblea Constituyente que decidiría la forma de un nuevo Gobierno, un paso inscrito en la tradición de las revoluciones burguesas del siglo precedente. Las elecciones estaban previstas para el 30 de septiembre y debían celebrarse con voto universal, secreto y directo.

Cabe constatar que ese mismo día, el 3 de marzo, la principal asociación de los empresarios industriales decidió dar su apoyo explícito al nuevo Gobierno, publicando un manifiesto en *Izvestia* que, entre otras cosas, decía:

> el Consejo de Congresos Industriales y Comerciales, que reúne a las organizaciones industriales y comerciales públicas de Rusia, se reunió por primera vez desde el derrocamiento del antiguo Gobierno, que había dejado al país y a la economía nacional en un estado de shock. El Consejo se inclina en admiración por los hechos heroicos de la Duma Estatal para el país. El Consejo cree firmemente que la proeza de la Duma Estatal –guiar al Ejército a la victoria sobre el viejo orden y liberar a Rusia– libera fuerzas nuevas en el país para repeler completamente la invasión enemiga. El Consejo declara que se pondrá a disposición del Comité Temporal de la Duma Estatal. En adelante considera que las órdenes y directrices del Comité Temporal son obligatorias hasta la creación de la nueva administración del Estado[46].

El Gobierno se puso de inmediato manos a la obra, y ya el 19 de marzo se dictó la amnistía inmediata para todos los delitos de índole política y religiosa, incluidos el asesinato político, los levantamientos militares y las revueltas agrarias. El 25 de marzo se declaró abolida la pena capital. El 2 de abril, el Gobierno provisional promulgó su reforma agraria, que debía dar toda la tierra a las manos de los que la trabajaban. Ese mismo día el Gobierno creó un Comité Central de Tierras que debía redactar una ley básica de tierras para su presentación a la Asamblea Constituyente.

También el Gobierno se lanzó con rapidez a legislar sobre el problema obrero. Konovalov, ministro de Comercio e Industria, creó un departamento que incorporó a representantes de los sindicatos y que comenzó a funcionar el 20 de mayo. Las leyes sindicales promulgadas se adelantaron a su tiempo. Ya en marzo se había aprobado la jornada de ocho horas en Petrogrado, y luego se reconocieron los comités de talleres de las empresas y se establecieron consejos conjuntos de representantes de propietarios y trabajadores para el arbitraje de conflictos laborales. También se promulgó una ley de cooperativas que era modélica en su tiempo. No hay que olvidar que, durante la guerra, y a consecuencia de las tremendas dificultades de la vida cotidiana, los consumidores se habían organizado mejor y el movimiento cooperativo –ya bien desarrollado antes– se extendió enormemente. En ese momento, Rusia tenía 35.000 sociedades cooperativas, con casi 10.000.000 de miembros.

Se instauraron también con efecto inmediato las libertades de expresión, de prensa, de reunión, de organización sindical y de huelga, así como la aplicación de las libertades políticas a los soldados, en la medida en que éstas fueran practicables bajo las limitaciones técnicas del servicio. Se introdujo el sistema general de juicio por jurado, aboliendo los tribunales especiales, se reformó el sistema penitenciario y se recuperó la elección de los magistrados. Se abolieron en abril todas las discriminaciones jurídicas basadas en distinciones de clase, credo y nacionalidad, se recuperó la independencia de la Iglesia ortodoxa (que había estado sujeta a los zares) y se hizo efectiva la separación entre la Iglesia y el Estado. Se inició de inmediato la sustitución de la antigua policía –que había sido disuelta a la fuerza– por una milicia popular subordinada a las autoridades del Gobierno

local. El 28 de mayo se promulgó la reforma básica del autogobierno local (*zemstvo*) sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto, y se reformó también todo el sistema administrativo.

En lo referente a la cuestión territorial, el Gobierno proclamó la independencia de Polonia, restauró la autonomía de Finlandia y creó comités para examinar la posibilidad de una autonomía local en Ucrania y Letonia.

En definitiva: en los primeros tres meses de su actuación, el Gobierno provisional había puesto en práctica la mayor parte de su programa inicial, algo que hasta el propio Lenin reconoció cuando hablaba de la Rusia de entonces como «el país más libre del mundo».

Durante los primeros cuatro meses que siguieron a la Revolución, el Gobierno provisional fue encabezado por el príncipe G. E. Lvov, un kadete bien considerado debido a su antiguo cargo como presidente de la Unión de Zemstvos de Rusia, la organización municipal. Lvov era un político bienintencionado, pero poco práctico, y se le acusó de ser una simple marioneta de Pavel Miliukov, el liberal conservador más poderoso. Miliukov fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, uno de los puestos claves del ejecutivo.

Para la opinión pública, el problema más grave del momento era si seguir o no con la guerra. La respuesta para Miliukov estaba clara: continuar. Esto le enfrentó rápidamente al Sóviet de Petrogrado, la otra instancia que reclamaba el poder. Un editorial de *Izvestia* –el órgano oficial del Sóviet– de abril de 1917 proclamaba sus miedos ante el poder del Gobierno provisional:

> La cuestión es que el Gobierno tiene en sus manos un tremendo poder financiero y administrativo, y puede, si así lo desea, ejercer gran influencia en las elecciones de la Asamblea Constituyente. Puede hacer aún más. Puede dar lugar a un estado de cosas que la Asamblea Constituyente, cuando se reúna, deba afrontar como hechos consumados, como, por ejemplo, la conclusión de la paz, la declaración de guerra, la cancelación de acuerdos comerciales, etc. Tanto poder en manos del Gobierno provisional plantea las preguntas (1) de dónde viene tanto poder, y (2) cómo prevenir su uso para malos propósitos.

En definitiva, la situación que se planteaba era la de que el Gobierno provisional debía estar supervisado por un Sóviet que se veía a sí mismo

como una cámara de «guardianes de las esencias de la Revolución».

Desde el punto de vista de los demócratas, la situación no era rara: habrían de ejercer una función similar a la del parlamento británico con respecto a la monarquía. Esto así podría haber sido si la situación no se hubiera radicalizado. Ninguna de las dos instituciones tenía plena legitimidad democrática: el Sóviet no era otra cosa que una asamblea autoproclamada, formada por algunos intelectuales radicales de izquierdas, soldados amotinados y algunos obreros en huelga; el Gobierno provisional, surgido de una Duma tan solo semidemocrática, había asumido el poder por decisión propia, aunque fuera sancionada por el moribundo parlamento.

Durante los meses que van de febrero a octubre, el Gobierno provisional sufrió varias crisis de las que salieron hasta tres coaliciones. El primer ejecutivo se mantuvo en el poder tan sólo durante dos meses, del 2 de marzo hasta el 5 de mayo. Se cerró el día 6 de ese mes una primera coalición con los socialistas (mencheviques, SRs y el *trudoviki* Kerenski) que finalizó en una primera crisis el 2 de julio, y que culminó en una nueva coalición en la que participaban los socialistas el 25 de julio. Tras una segunda crisis el 27 de agosto, se ultimó otra coalición de kadetes y socialistas el 24 de septiembre, que fue la última hasta el final del Gobierno provisional el 25 de octubre[47]. Los meses de julio y septiembre de 1917 pueden considerarse de crisis, debido al primer levantamiento bolchevique de julio y a los preparativos –que fueron llevados a cabo totalmente al descubierto– de la segunda insurrección, que tendría luego éxito.

El personaje esencial del Gobierno provisional, su eje, hilo conductor y, finalmente, su último protagonista, fue Kerenski. El único ministro socialista –a título personal– en el primer Gobierno provisional, enormemente popular al principio de la Revolución, utilizó las crisis de gobierno de forma muy eficaz para ir incrementando su poder y autoridad. De ministro de Justicia en el primer Gobierno, cambió al cargo de ministro de Guerra y Marina con la primera coalición, mientras que con la segunda sustituyó al príncipe Lvov en el puesto de primer ministro. Tras eliminar al general Kornilov adoptó el título de comandante supremo y creó un directorio. Esto llevaría, al cabo, al final del Gobierno provisional y al triunfo bolchevique. En el Gobierno provisional hubo otros personajes de

gran valía, como el menchevique Irakli Tsereteli, rival intelectual de Trotsky y uno de los pocos convencidos demócratas de la Revolución.

Los problemas del Gobierno provisional giraron en torno a dos aspectos: por un lado, la incapacidad de plasmar en la práctica las medidas adoptadas, y por el otro, el conflicto con los sóviets, que, sin atreverse a asumir el poder, boicoteaban la legitimidad y la ejecución de la ley por parte del Gobierno. El primer problema era, por supuesto, producto de la desorganización y el caos que habían seguido a la Revolución de Febrero. La extraordinaria libertad asumida por el pueblo era a la vez un mecanismo de desintegración.

La famosa consigna del «poder dual» –por la que, según se ha dicho en la historiografía y en la reflexión política, durante la Revolución hubo un conflicto permanente entre el Sóviet de Petrogrado y el Gobierno provisional– es, en puridad, falsa: hubo muchos más de dos poderes. En el Ejército, los soldados comenzaron a elegir a sus mandos, pero, a la vez, se veían libres de obedecer cuando no lo creían conveniente. En las provincias, los gobernadores habían sido destituidos y, aunque en principio se ordenó a los presidentes de los *zemstvos* asumir la autoridad local provisionalmente, esto no sucedió; grupos de soldados armados, autoproclamados defensores de la Revolución, fueron quienes se hicieron con el poder en los niveles más bajos del territorio y en los más determinantes. La resistencia de los recién empoderados campesinos a asumir la obediencia a las leyes anulaba toda posibilidad de ejecutarlas más allá de donde alcanzara el brazo del Gobierno provisional. Asimismo, el desmantelamiento del viejo Estado condujo a la pérdida de una fuerza de policía activa, que fue acompañada por la destitución masiva de personal civil y militar. El que el Gobierno provisional no dispusiera de fuerzas de orden público de confianza y se negara a aplicar la pena de muerte para hacer frente al terror existente fueron condiciones para la pérdida de autoridad y poder en un contexto de caos.

Pero también había factores internos. Por ejemplo, el primer ministro y ministro del Interior, G. E. Lvov, embargado por el *zeitgeist* del tiempo, inspirado por una peculiar especie de liberalismo populista y anarquista, era un creyente convencido de la iniciativa desde abajo. Kerenski, que lo

apreciaba, lo definía como lo más cercano a un *mujik* –un campesino ruso– que había en el Gobierno. Pero su eslavofilia populista generaba problemas a un ejecutivo que, como hemos dicho, tenía dificultades para poner en práctica las medidas reformistas aprobadas. Así, Miliukov registra que cuando los nuevos funcionarios de las provincias llegaron a Petrogrado para pedir instrucciones, recibieron del ministro del Interior la misma respuesta que le dio a la prensa en una entrevista el 7 de marzo:

> En el ámbito del autogobierno local, el programa del Gobierno provisional es producido por las poderosas indicaciones de la vida misma. En forma de comités públicos locales y otras organizaciones similares, ya ha creado el germen del autogobierno local democrático, preparando a la población para las futuras reformas. En estos comités veo el fundamento sobre el que debe basarse la autonomía local hasta la creación de sus nuevos órganos. Los comisarios del Gobierno provisional enviados a las localidades tienen la tarea de no superar a los órganos en evolución como superiores, sino simplemente de servir de enlace intermedio entre ellos y el poder central y de facilitar el proceso de su organización e institución[48].

Su consigna era, pues, dejar hacer, convencido de la superioridad innata de los instintos democráticos de las masas. Esto se unía, por otro lado, al segundo gran problema del Gobierno provisional: la existencia de los sóviets.

---

42. Stepan Timoshenko, *Vospominaniya*. Kiev, Naukova dumka, 1993, p. 141.

43. En especial A. B. Nikolayev, *Gosudarstvennaya duma v Fevral'skoy revolyutsii: ocherki istorii*. Ryazan, Noveyshaya russkaya istoriya: issledovaniya i dokumenty 2006.

44. https://www.marxists.org/reference/archive/Kerenski/1927/catastrophe/ch03.htm#n1

45. John Reed, «The Fall of the Russian Bastilla», en Eric Homberger y John Biggart (eds.) *John Reed and the Russian Revolution: Uncollected Articles, Letters, and Speeches on Russia, 1917-1920*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992, p. 7.

46. Publicado en *Izvestia* el 3 de marzo. Citamos desde Michael C. Hickey, *Competing voices from the Russian Revolution*. Santa Barbara, California, Greenwood, 2011, pp. 135-136.

47. P. N Milyukov, *Vospominaniya (1859-1917),* Pod redaktsiiei M. M. Karpovicha i B. I. El'kina. 1-2 toma. Nueva York 1955, t. 2, p. 325.

48. Lvov, citado por P. N. Miliukov, *Istoriya vtoroi Russkoi Revolutsii*, Sofia, 1921, vol. I, p. 67.

7. El nuevo poder socialista: los sóviets

Alexander Kerenski, en uno de sus textos del exilio, describía al sóviet diciendo:

> Es necesario imaginar por un instante este desolado océano humano, liberado de todos los lazos, de esta masa revolucionaria fundida, aún sin forma, para darse cuenta del tremendo papel histórico y positivo desempeñado por los sóviets, que, en todas partes, como en Petrogrado, ayudaron a establecer la disciplina revolucionaria. A pesar de todos sus grandes errores y frecuentes estupideces, los sóviets representaron los primeros moldes sociales y políticos primitivos en los que la lava revolucionaria fundida comenzó a fluir y refrescarse gradualmente[49].

El sóviet, era, como ya se ha dicho, una asamblea autoproclamada y constituida por intelectuales radicales de izquierdas, soldados amotinados y algunos obreros en huelga. El Sóviet de Petrogrado hundía sus raíces en la Revolución de 1905 –incluso contaba con algunos miembros que habían participado en aquella ocasión–. Por entonces, y de forma totalmente espontánea, los obreros y los activistas socialistas de Petrogrado, ante la situación de espontánea revuelta, organizaron un «Consejo» que tenía, en definitiva, la misión de dirigir la Revolución. Tras el fin de las alteraciones políticas, el concepto de «sóviet» quedó como parte del folklore y de la mitología socialista, una institución clave que debería ser reconstruida en la próxima revolución. De este modo, en febrero de 1917, uno de los primeros pasos dados por los militantes revolucionarios fue el de constituir de nuevo el Sóviet. Es verdad que esta vez –y en buena medida como ocurrió con las Juntas de la Guerra de la Independencia española– hubo una cierta diferencia: los sóviets no eran sólo una asamblea para dirigir la Revolución, sino que asumían la necesidad de recoger un poder que, como se dijo, «estaba tirado en la calle». Por ello hubo casos de doble pertenencia: al Sóviet y a la Duma.

Ante el fracaso de la Duma en legitimar la Revolución, parecía necesario crear algún organismo que controlase de algún modo la vida social. De

hecho, hubo ya una reunión el 24 de febrero –es decir, antes de la formación del Gobierno provisional– con la finalidad de coordinar los esfuerzos de los partidos socialistas y refundar el Sóviet. Más allá, sin embargo, del caso concreto del Sóviet de Petrogrado, la proliferación de sóviets, comités y consejos a lo largo y ancho de todo el país se puede considerar, con toda justicia, un verdadero movimiento, y más concretamente, el aspecto más profundamente revolucionario de los hechos del 17.

A finales del otoño de 1916 los socialistas de izquierda en la capital y en otros lugares habían hecho propaganda a favor de un «Gobierno revolucionario provisional», pero casi nunca se definía qué forma tendría ese Gobierno ni se mencionaba por lo general la palabra «sóviet». Durante las huelgas inmediatamente precedentes a la Revolución, algunas fábricas de Petrogrado comenzaron a elegir trabajadores que habrían de servir de conexión con los comités de fábrica de otras partes de la ciudad. Desde el día 24 de febrero, los diputados socialistas de la Duma habían aconsejado a sus contactos entre los obreros que se prepararan para elegir delegados a los sóviets. A partir del día 25, los socialistas de derecha impulsaron asambleas obreras con la intención de reunir al día siguiente el Sóviet, aunque una intervención de las autoridades con el regimiento de Volinski (antes de amotinarse) llevó a la detención de parte de estos asambleístas.

El paso final llegó en la tarde del 26, cuando los socialistas de la Duma se reunieron –por última vez en la clandestinidad– para examinar los pasos a dar. Allí estaban Kerenski y otros socialistas revolucionarios como Vladimir Zenzinov, mencheviques de las distintas alas como Chjeidze, Matvey Skobelev y Pavel Grinevich, Konstantin Iurenev, de la organización Mezhraionka (era un intento de reunificar a mencheviques y bolcheviques, y a la que pertenecía Trotsky), bolcheviques como Alexander Shliapnikov (virtual líder del partido desde 1916) y socialdemócratas como Nikolai Sujanov. Los más izquierdistas parecieron ser más moderados que Kerenski y los suyos, y se negaron a convocar el Sóviet bajo la excusa de que podría ser disuelto por las autoridades (como se había visto el día anterior con las reuniones obreras). Al día siguiente, el 27, por la mañana, Kerenski, Chjeidze, Skobelev y algunos otros socialistas «de derechas» volvieron a la Duma para tratar de inducirla una vez más a tomar el poder. Esto finalizó en

la creación de la Comisión de enlace que acabaría constituyendo el Gobierno provisional. Para entonces, los socialistas de izquierda ya habían comprendido que el Sóviet era la única solución, y comenzaron a agitar bajo esa consigna, del mismo modo que los anarquistas.

Esto se reforzó con la llegada, en diversas oleadas, de soldados amotinados y de representantes de guarniciones rebeldes al Palacio de Taúride, algo que Kerenski –que ya comenzaba a ejercer de figura visible de la Revolución– estaba esperando. De hecho, la importancia del Ejército para el desarrollo de los acontecimientos no puede ser minusvalorada. Desde la negativa a disparar contra los manifestantes el día 26 hasta la toma de las cárceles, pasando por la revuelta y la llegada a la Duma, todo discurrió de una forma paulatina, sosegada y ordenada. Posiblemente, esto demuestra que hubo algún tipo de organización detrás, algún liderazgo. Aunque no se ha localizado ningún grupo concreto dentro del Ejército, es posible que las organizaciones clandestinas de los social-revolucionarios, así como el círculo de socialistas en torno a Kerenski que tenían lazos en el Ejército, jugaran algún papel[50]. Lo cierto es que después de las dos de la tarde de aquel 27 de febrero, el gran número de soldados y de ciudadanos que se reunieron alrededor del palacio hizo sentirse seguros a Kerenski y Chjeidze, que habían asumido cada vez más el liderazgo. Kerenski consiguió reunir en una sala (la famosa Sala 13) a diputados socialistas de diversas tendencias, enviados de comités de fábrica y cooperativas y hasta bundistas (socialistas judíos). Este grupo, que podemos considerar en general de socialistas moderados, proclamó el Comité Provisional del Sóviet de Diputados Obreros. Alrededor de ellos iría creciendo la asamblea del Sóviet de Petrogrado. Esa misma noche Kerenski, tras hablar con algunos periodistas destinados a cubrir los hechos, hizo publicar el primer *Izvestia* («Noticias»), el periódico que se convertiría en el boletín oficial del Sóviet. También, ante la ausencia de oficiales entre los soldados que se unieron a la Revolución, el Comité del Sóviet decidió ponerse en contacto con dos social-revolucionarios de izquierdas, participantes en la Revolución de 1905 y que poseían experiencia militar: Sergei Mstislavski, antiguo teniente coronel, y el teniente Vasili Filippovski. Mstislavski fue encargado

de dirigir los ejércitos alzados en Petrogrado, mientras que Filippovski debía proteger el Palacio de Taúride.

La nueva organización revolucionaria tomó forma y poder a lo largo de esa misma noche del lunes 27 de febrero: durante el día, Kerenski había conseguido aunar a los socialistas de todo tipo en una asamblea, estableciendo lazos con las fábricas y los barrios; miembros del Sóviet se dedicaron a recorrer la ciudad en coche para extender las noticias y para atraer a la gente al palacio y animarles a defenderlo; también gracias a su comisión militar, el Sóviet estableció defensas en Taúride y en toda la ciudad, y consiguió hacerse con el control de las guarniciones de Petrogrado y de las decenas de miles de soldados que estaban en las calles; el apoyo de la *intelligentsia* resultó rápido e inmediato, los dirigentes obreros de Petrogrado se unieron también sin vacilación alguna

La Revolución, una verdadera revolución, había tenido éxito. En la madrugada del 27 al 28, el socialismo había conseguido hacerse con el poder en la capital del mayor país de la tierra. Con la creación del Sóviet se cumplía así parte del programa socialista que se había ido consolidando en los días previos. No se puede por tanto hablar de espontaneidad ni de improvisación: la Revolución no surgía de un caos, sino que lideraba el cambio e intentaba cabalgarlo.

Es cierto que el hecho de que el Sóviet compartiera el poder con el Gobierno provisional mostraba dos cosas: por un lado, la división de objetivos y las dudas que acompañaban a los distintos tipos de socialismos reflejo, a su vez, de la pluralidad de la tradición revolucionaria rusa. Por otro lado, la convicción de que, sin abandonar la senda evolutiva, había que superar la mera construcción de un sistema liberal puro. El socialismo ruso era, dentro de su diversidad, muy moderado, pues había surgido y crecido a partir de tendencias populistas, sindicalistas, anarquistas y marxistas poco ortodoxas. Eran, en esencia, casi totalmente iliberales.

Los socialistas no se sentían capacitados para tomar el poder sin más y se veían a sí mismos como una especie de mecanismo de control. La prueba más clara es la inmediata fundación de la Comisión de Contacto, un organismo del Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, creado el 8 de marzo de 1917 con la intención de

controlar al Gobierno provisional. Estaba formada por mencheviques como Matvey Skobelev y Nikolai Chjeidze, socialdemócratas sin partido como Iuri M. Steklov y Nikolai Sujanov, y el socialista revolucionario Vasili Filippovski –a quien hemos visto como encargado de seguridad del Palacio de Táuride–. Posteriormente se unieron a la Comisión V. M. Chernov, que era un socialista revolucionario, e Irakli Tsereteli, el líder menchevique. Ya sabemos que a Chjeidze se le había propuesto participar en el Gobierno provisional y lo había rechazado –al contrario que Kerenski–, pero como miembro de la Comisión de Contacto, al menos durante el tiempo que esta funcionó, pudo tener acceso y control sobre lo que el Gobierno estaba realizando.

Ya se ha dicho que los representantes de los sóviets eran enviados de forma accidental. Eso fue aprovechado por las guarniciones militares de Petrogrado –ahora bajo el control de la soldadesca–, que enviaron a más de 2.000 diputados delegados al Sóviet. Si tenemos en cuenta que el Sóviet tenía en la segunda semana de su existencia unos 3.000 miembros, y que en Petrogrado había tres o cuatro veces más obreros industriales que soldados, vemos el peso de lo militar en la Revolución.

Una asamblea de varios miles de miembros no podía, por supuesto, tener más que un carácter meramente argumentativo. Los presentes en cada sesión se enzarzaban en discusiones y debates larguísimos que buscaban terminar no con una votación matemática, sino con un consenso y una decisión comúnmente aceptada. Ante la inoperancia de esta asamblea, los partidos socialistas organizaron un Comité Ejecutivo (*Ispolkom*). El Comité estaba formado por miembros nombrados directamente por los partidos socialistas, cada uno de los cuales tenía tres escaños. El Ispolkom acabó por asumir el poder real del Sóviet y tomar las decisiones, aunque, como vemos, no emanaba directamente de la asamblea, ni sus miembros habían sido elegidos por ella.

Durante el primer mes de su existencia, el Sóviet de Petrogrado tenía su ámbito de actuación reducido a la capital, pero después de admitir a los representantes de los sóviets provinciales y de unidades de primera línea amplió su autoridad nominal a todo el país con el nombre de Sóviet Panruso de Diputados Obreros y Soldados. El Comité Ejecutivo se rebautizó como

Comité Ejecutivo Central Panruso y sus miembros aumentaron a 72: 23 mencheviques, 22 social-revolucionarios y 12 bolcheviques. El Comité tomó sobre sus hombros toda la tarea de gobierno, aunque no era, en realidad, más que un organismo de coordinación de los partidos socialistas. Al cabo, la asamblea general del Sóviet quedó reducida a ratificar, en las escasas ocasiones en que se reunió en marzo y abril, las resoluciones que le presentaba el Comité.

Con el paso de los días, toda una serie de personajes de importancia intelectual, socialistas de muy diversos tipos, participarían en el Sóviet de Petrogrado. El más famoso sin duda fue Trotsky. Poco después de su llegada a Petrogrado en 1917, Trotsky fue nombrado para el Ejecutivo del Sóviet. Aunque en tiempos se había alineado con los mencheviques, en este momento pertenecía a la Mezhrayonka (Organización Interurbana), una organización inspirada por él desde el exilio que había aspirado a mediar entre los dos sectores del partido. Al poco de llegar Trotsky, el grupo se unió a los bolcheviques, y su líder acabaría por desarrollar una total admiración por Lenin. Renunciaba así Trotsky a su visión de la «revolución permanente» –al menos por un tiempo– y se adhería a la teoría de Lenin de que Rusia no necesitaba someterse a una revolución burguesa y podía pasar directamente al socialismo.

---

49. https://www.marxists.org/reference/archive/Kerenski/1927/catastrophe/ch03.htm#n1

50. Michael Melancon «From the Head of Zeus: The Petrograd Sóviet's Rise and First Days, 27 February-2 March 1917», *Carl Beck Papers in Russian & East European Studies*, N. 2004, noviembre 2009, p. 15.

8. La Revolución más allá de la capital

Anna Beck, una doctora que vivía en una alejada población siberiana, escribió cómo «la Revolución de Febrero cambió drásticamente la vida»:

> [...] Cada día traía noticias asombrosas; un humilde maestro, Khrisanf Matveevich Simakov, dirigiendo un destacamento de cosacos, invadió la casa del gobernador y arrestó al gobernador Kiyashko. Se organizó un Comité de Seguridad Pública, entre cuyos numerosos miembros se eligió a mi hermano Nikolai, exrecluso de la cárcel de Schlüsselburg, y a mí misma. Los socialistas revolucionarios desempeñaron el papel principal en el Comité. Antes de cada reunión del Comité salían a una sala especial y confabulaban durante mucho tiempo, y al hacerlo se ganaron el disgusto de los otros miembros que estaban reunidos allí. Por toda la ciudad se celebraban reuniones y manifestaciones. En el campo de la educación pública se creó un consejo escolar regional [sóviet], con V. V. Polivanov elegido presidente. El Sindicato de Maestros de Transbaikal me eligió como vicepresidenta de educación de adultos. Tenía 22.000 rublos a mi disposición y además me enteré de que el exdirector de las escuelas primarias había transferido varios miles de rublos a la Editorial Sytin, en Moscú, para pedir literatura reaccionaria. Hubo que enviar una directiva por telegrama para detener aquella orden, así como una nueva lista de libros[51].

También a los desterrados por la policía a la región de Irkutsk –entre ellos Irakli Tsereteli– la noticia de los acontecimientos revolucionarios de Petrogrado de febrero les llegó unos días después:

> El Gobernador General suprimió todos los informes de la Revolución hasta la tarde del 2 de marzo, y luego, como se oían rumores en todas partes, no tuvo otra alternativa que reunir a representantes de las organizaciones políticas y sociales locales.

Esa misma noche, un antiguo colega de Tsereteli en la Segunda Duma, Gerasim Makharadze, viajó de Irkutsk a Usole para informarles de los acontecimientos:

> La noticia del éxito de la Revolución fue completamente inesperada […]. A las primeras horas del día 3 de marzo, Tsereteli partió hacia Irkutsk, donde fue inmediatamente implicado en el trabajo revolucionario. Desde que se formó un gobierno burgués en Petrogrado, todos llegaron a la conclusión de que los propios revolucionarios no apoyaban la idea de transferir el poder a la clase obrera. Por lo tanto, a propuesta de Tsereteli, se decidió confiar el poder a un comité en el que

estuvieran representados todos los grupos sociales importantes. Al mismo tiempo, surgió un Sóviet de diputados del Ejército y una organización militar. Las tropas estacionadas en Irkutsk eligieron el lado de la Revolución[52].

Una inglesa que vivía en la provincia y trabajaba para una familia aristocrática rusa contaba que

a mediados del mes de febrero nos dejaron totalmente sin noticias durante unos días. Una mañana se oyó el rumor de que algo debía de estar pasando en Petrogrado: el tren imperial había acelerado a su paso por nuestra estación, llevando el emperador a su capital. De nuevo silencio. Se oyó la noticia de que los ferroviarios habían recibido una orden rogándoles que siguieran con su trabajo de la misma manera eficiente que lo habían hecho en el pasado, y diciéndoles que, por el momento, tenían que obedecer a la Duma.

La inglesa, en su ingenuidad, enjuició perfectamente los problemas de una democracia que por entonces se quería total:

Rusia es tan grande que en muchas partes del Imperio no oyeron hablar de la abdicación del zar hasta que hubieron pasado muchos meses; tan vasta que sus sujetos pertenecen a muchos cientos de razas y tribus. ¿Iban a venir todos a la Asamblea? Si no, ¿dónde estaba la línea que se podía trazar? ¿Quién la iba a trazar?[53].

Del 23 de febrero al 28 de febrero, la Revolución se había limitado a Petrogrado. Rusia siguió su vida, como si no se quisiera enterar de lo que había ocurrido. Pero a partir de entonces las noticias comenzaron a llegar, la agitación se extendió. Y el país explotó por sus costuras.

Según algunas cifras del Ministerio del Interior, en marzo existían 79 comités a nivel provincial, 651 a nivel comarcal y más de 9.000 en los municipios[54]. Lejos de la capital, la diferencia entre Sóviet y Gobierno provisional era menos marcada. Por lo general, en el nivel local se formaron coaliciones de diferentes grupos sociales y políticos que se constituyeron en «comités». Su labor se centró en eliminar funcionarios zaristas que podían resultar peligrosos (como el gobernador mencionado por Anna Beck), en mantener el orden público (dado que la policía zarista había sido disuelta) y en conseguir que no se pasara hambre y que los suministros siguieran fluyendo dentro de lo que se podía. Asumieron también labores políticas, progresivamente, de control y reorganización de las instituciones locales. Pese al intento del Gobierno provisional de imponer gobernadores desde

fuera, las provincias se resistieron y las dumas locales mantuvieron sus propias elecciones, que democratizaron ampliamente los organismos locales y regionales. Con el auge de los sóviets, que tenían un perfil más político y partidista, los comités, precisamente por su pluralismo, fueron desapareciendo.

En el curso de la primavera de 1917, se formaron unos 700 sóviets, que involucraron a alrededor de 200.000 diputados. En octubre, funcionaban en Rusia 1.429 sóviets, 706 de los cuales eran de diputados obreros y soldados, 235 de obreros, soldados y campesinos, 455 de diputados campesinos y 33 de diputados soldados. Representaban aproximadamente a un tercio de la población[55]. Pero los sóviets no se veían a sí mismos como enemigos de los organismos electivos, sino como una especie de «guardianes de la Revolución» que asumían todo el poder posible y todas las tareas administrativas a su alcance. Eran, por tanto, al igual que los comités, instituciones de autogobierno. Como escribía un joven médico anarquista:

> El antiguo régimen había caído, el nuevo aún no estaba maduro y no mostraba su brutalidad, por ello todos vivían y se sentían libres e independientes. El pueblo se regocijaba en el conocimiento de sí mismo[56].

También en el campo se había extendido el autogobierno. En todo el Imperio surgieron comités campesinos, impulsados desde abajo. Sus formulación era ligeramente diferente en cada lugar, pero todos eran órganos de democracia directa y participativa, una extensión de la comuna tradicional de la aldea hacia el nivel local (la parroquia, *volost*, en ruso). Algunas veces estos comités tomaban el nombre de sóviets, pero no era lo normal: sólo el 11% de los *volosts* en la Rusia europea tenían sóviets en octubre. De todos modos, los comités de campesinos eran indistinguibles de los sóviets con respecto a sus funciones de autogobierno. Fue la total libertad de estos meses lo que acostumbró a los campesinos a identificar «sóviet» con «autogestión», algo que les costaría erradicar luego a los bolcheviques.

Autogobierno, pero de otro tipo, era algo que también demandaban los movimientos nacionalistas a lo largo y ancho del país. Desde finales del siglo XIX, las políticas de rusificación del Estado zarista habían impulsado

una respuesta de las élites nacionalistas de muchos de los pueblos del Imperio. Aunque esto había contribuido a desestabilizar el Estado, no fue –ya lo he dicho– causa directa de su hundimiento. Las alteraciones en la periferia comenzaron en Asia Central, donde ya habían estallado revueltas en los años anteriores. Sin embargo, cuando comenzó la Gran Guerra, la zona estaba en calma. El Imperio reconocía toda una larga serie de excepciones étnicas para al alistamiento de reclutas: sólo los pueblos considerados ««civilizados» estaban sujetos a conscripción; y si había habido disputas por ello en el pasado, como con los finlandeses, éstos quedaban libres si pagaban una tasa; las minorías no sedentarias también podían reclamar la exención, que afectaba igualmente a los colonos de primera generación. Sólo los europeos nacidos en estas regiones fueron obligados a enrolarse en el Ejército. Con la marcha de la guerra, sin embargo, el Ejército zarista necesitó reclutar grandes masas de trabajadores forzosos, lo que provocó una verdadera revuelta y la declaración de la ley marcial. A la altura de mayo del 17, el Gobierno provisional tuvo que renunciar a seguir la línea imperial; eliminó los contingentes de trabajadores forzosos y suprimió la ley marcial.

Después de Febrero, los nacionalistas exigían derechos como la escolarización en lenguas propias, la formación de unidades militares étnicas y alguna forma de autonomía política en el marco de un estado federal o plurinacional. El Gobierno provisional había pensado ingenuamente que sólo con la derogación de la legislación discriminatoria y la concesión de libertades culturales se resolvería la cuestión nacional. Esto no fue así, pero por lo general la mayoría de las demandas nacionalistas tampoco exigían abiertamente una secesión que se veía por completo irreal. En la propia Ucrania –uno de los territorios con una mayor particularidad cultural y con un movimiento nacionalista de implantación territorial desigual, pero bastante amplia–, el Consejo Nacional ucraniano, la Rada, proclamaba el eslogan de «Viva una Ucrania autónoma en una Federación de Rusia».

Los nacionalismos tuvieron algún eco en el Báltico y el Cáucaso, pero resultaron débiles en Siberia y Asia Central. La presión germana llevó a que los únicos movimientos nacionalistas separatistas con éxito fueran los de

polacos y finlandeses, que eran también los únicos con alguna conciencia de estatalidad anterior; también en los tres Estados bálticos, que aunque tenían débiles movimientos nacionalistas, contaban con una capa importante de alemanes étnicos.

La guerra había demostrado que el Imperio definía a sus enemigos internos a través de la percepción de su diferencia étnica. Esto se ajustaba particularmente a los judíos y alemanes que vivían en sus fronteras, ambas minorías importantes numérica y cualitativamente: desde la partición de Polonia en el siglo XVIII, Rusia contenía varios millones de judíos dentro de sus fronteras; en cuanto a los alemanes, especialmente los del Báltico, eran producto de la conquista de esos territorios, otrora pertenecientes a la Hansa germánica, pero un gran número de ellos eran descendientes de alemanes que habían sido asentados por los zares como colonos desde el siglo XVII a lo largo de todo el Imperio. Alemania había intentado utilizar a esas minorías para debilitar el Imperio ruso, patrocinando acciones como la Liga de los Pueblos Alófonos, una sociedad de notables que agitó en Suiza y Estados Unidos a favor de la disgregación de Rusia y por la independencia de los «pueblos oprimidos». Tras la Guerra Civil, estos países todavía tuvieron que luchar por sus fronteras, tanto contra la Rusia bolchevique –y la Guerra polaco-rusa fue crucial para destruir la expansión bolchevique– como entre ellos, para delimitar los ámbitos territoriales de los nuevos Estados.

Los más grandes desafíos tuvieron lugar en el Cáucaso. La Revolución había traido cambios intensos, y las viejas jerarquías habían caído. Un militar que volvía a su tierra desde el frente turco contaba que

> paseando por Tbilisi, por la avenida Golovinskoye, me encontré con los poetas Sergei Gorodetsky y Balmont. Detrás de ellos había una multitud de seguidores y me uní a ellos, y con ellos fuimos a dar un paseo por el parque del palacio del exgobernador del Cáucaso[57].

Tanto Georgia como Armenia, dos territorios con movimientos nacionalistas importantes, que tenían memorias de una perdida estatalidad y una fuerte distinción cultural y religiosa, constituyeron un problema, aunque no desde el principio. Los armenios, que estaban dispersos entre Rusia, Turquía y Persia, sufrieron a manos de los turcos una terrible

masacre, de tonos genocidas, durante la guerra. Esto llevó a los armenios del Imperio ruso, guiados por un partido socialista moderado, a apoyar al Gobierno provisional. Georgia, por su parte, tenía un movimiento nacionalista dominado por mencheviques, cercanos también al Gobierno provisional. Constituían un movimiento de masas con fuertes apoyos entre la clase obrera y el campesinado que, después de Octubre, proclamó la independencia del país y consiguió mantenerla hasta la invasión bolchevique en 1921, que la incorporó a la URSS.

El otro gran problema, tanto para el Gobierno provisional como para los bolcheviques, fue Ucrania. Los ucranianos representaban un 20% de la población, y estaban muy concentrados en el área histórica de Ucrania. Febrero impulsó sus reivindicaciones que, hasta entonces, se habían presentado mayoritariamente en forma de exigencias culturales y lingüísticas. El 4 de marzo del 17, los nacionalistas crearon la Rada (Consejo), que en abril convocó un Congreso Nacional. Una de las resoluciones de dicho Congreso decía:

> El Congreso Nacional de Ucrania reconoce el derecho de la Asamblea Constituyente Rusa de legislar un nuevo orden estatal para Rusia, la autonomía de Ucrania y la estructura federada de la República de Rusia. El Congreso cree, sin embargo, que los adherentes de un nuevo orden en Ucrania no pueden esperar pasivamente a la Asamblea Constituyente. Debemos poner inmediatamente las bases de la existencia autónoma de Ucrania, en cooperación con las nacionalidades más pequeñas[58].

Serían estas presiones de los nacionalistas de la Rada Central hacia la autonomía las que llevaron a la salida de los kadetes del Gobierno provisional en julio de 1917.

El golpe de Octubre en Kiev resultó muy diferente al que tuvo lugar en Petrogrado o Moscú. La situación en la tercera ciudad del Imperio no era fácil para los bolcheviques. No tenían una mayoría en el Sóviet de Kiev en octubre de 1917, aunque la noticia de lo acontecido en Petrogrado condujo a que creciera su apoyo. Los partidarios de la Rada (los nacionalistas ucranianos) consiguieron hacerse con la mayoría en el Congreso de Sóviets de Ucrania, desplazando a los bolcheviques. Las luchas por el poder duraron hasta el 3 de marzo de 1918, entre otras cosas porque cuando el Congreso se reunió el 4 de diciembre, los social-revolucionarios ucranianos

expulsaron al presidente bolchevique y dejaron el control del Congreso en manos de la Rada. Desde Járkov, el centro industrial ucraniano –que hasta 1934 será la capital de Ucrania–, los bolcheviques lanzaron un ejército que, en conexión con una rebelión interna organizada por sus partidarios, se batió en cruentas luchas entre el 16 y el 20 de enero de 1918. Pero el 3 de marzo los alemanes invadieron la ciudad e impusieron un gobierno títere.

También en Ucrania, pero en la zona centro-oriental, se alzó un ejército campesino armado dirigido por el anarquista Néstor Majno, que luchó a la vez contra los bolcheviques, los polacos, los nacionalistas ucranianos de Petliura y los blancos. Aunque Majno se alió temporalmente con el Ejército Rojo entre 1919-1920, luego se volvió contra él. Fue derrotado y acabó por emigrar a Polonia y por fin a Francia.

En Ucrania, las luchas se prolongarían durante la Guerra Civil, y en su territorio se desarrollarían algunas de las más cruentas batallas, en las que participaron ejércitos blancos, rojos, intervencionistas, los polacos de Pilsudski, anarquistas y campesinos. Sólo la ocupación bolchevique traería una cierta paz, aunque una zona importante del país se mantendría hasta 1939 como parte de la nueva república polaca.

En definitiva: la Revolución de Febrero había desatado las voluntades de emancipación a lo largo y ancho de todo el Imperio ruso, un impulso libertario que alcanzaba a ciudadanos, campesinos y a quienes se definían por su identificación étnica. Pero mientras el Gobierno provisional no fue capaz de controlar los territorios más allá de la zona inmediatamente adyacente a Petrogrado, y los sóviets y comités constituyeron el verdadero poder desde Febrero, la guerra supuso el instrumento decisivo del trasvase del poder central bolchevique a las periferias. La ocupación de territorios fue esencial para bolchevizar la Revolución.

---

51. Anna Nikolaevna Bek, *The Life of a Russian Woman Doctor. A Siberian Memoir, 1869-1954*, 2004, pp. 97-98.

52. W. H. RooBoL. *Tsereteli -A Democrat in the Russian Revolution. A Political Biography,* p. 81

53. An Englishwoman, *From a Russian Diary, 1917 1920*. Londres, John Murray, Albemarle Street, W. 1921, p. VI.

54. GARF, f. 1788, op. 2 d. 160, l. 2; f. 6 op. 1 d. 1075, l. 2, cit. en G. A. Gerasimenko, «Transformatsiia vlasti v Rossii v 1917 g.», en *Otechestvennaia istoriia*, 1997, no. 1, pp. 60-75, aquí p. 63.

55. S. A. Smith, «The revolutions of 1917–1918», en Ronald Grigor Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia, vol. III: The Twentieth Century*. Cambridge: CUP 2006, p. 118.

56. S. N. Chekin, *Starii Bujan, Samara, Pechorlag. Povestvovanie vracha Trudnikova*. Moscú, AIRO-XXI, 2013, p. 82.

57. Chekin, *Starii Bujan, Samara, Pechorlag*, p. 81.

58. Hickey, *Competing voices*, p. 162.

9. El soporte popular de la Revolución

El joven médico Chekin narraba la situación con que se encontró cuando regresaba desde el Cáucaso hacia su tierra, en la Rusia central:

> En el camino de Vladikavkaz a Samara la Revolución bullía, la libertad embriagaba a todos. Los trenes estaban repletos; a menudo en lugar de por la puerta había que subir a través de una ventana del vagón. Viajábamos sobre los techos, en las locomotoras, pero todos nos sentíamos dignos, solemnes, con la cabeza en alto y una visión clara. La gente se sentía iluminada: pues había colapsado el podrido yugo de trescientos años de los zares Romanov[59].

Una revolución de aquel calibre sólo se podía explicar si, más allá del mero cambio de gobierno, había una transformación política y social detrás. Casi de inmediato, la Revolución sobrepasó los límites que parecían establecidos y los que imponían –consciente o inconscientemente– quienes habían asumido el poder.

El enorme impacto de la Revolución de Febrero se puede medir en la rápida expansión que tuvo la democratización en el Ejército, que, como se ha dejado dicho, resulta esencial a la hora de comprender la transformación habida. Como se ha visto, fue el motín del Ejército en Petrogrado lo que condujo directamente al final del zarismo.

El Ejército zarista había sido extraordinariamente clasista y jerárquico, y también muy violento y cruel con los soldados rasos. Aunque su composición había cambiado durante la guerra, a la habitual mayoría de campesinos se les habían unido oficiales voluntarios, o reclutados, de clase media, que habían visto el primitivismo existente en el mando, el atraso y la ignorancia de la jerarquía de aquel Ejército y deseaban cambiarlo.

La noticia de la Revolución llevó a los soldados en todo el país a cambiar las normas: oficiales apreciados por sus soldados sustituían a los que eran odiados. A lo largo y ancho del Imperio se destituyeron infinidad de oficiales y a veces se los ejecutó. Su autoridad desapareció y hubieron de contentarse con ser elegidos –o no– por sus soldados en vez de por el

mando. De una forma primero titubeante pero luego cada vez más firme, los soldados comenzaron a formar comités, consejos, organizaciones. Todo ello, en principio, en un ambiente casi festivo, espontáneo, pero con un objetivo declarado que puede parecer incongruente: se trataba de mantener el orden en un organismo que se desintegraba. Y así lo asumieron en Petrogrado buena parte de los nuevos gobernantes. No se trató, por tanto, de motines. Ya hemos visto que durante la Revolución en Petrogrado, incluso más importante que los soldados en armas que se pasaron a las filas revolucionarias, lo más sustancial fueron los muchos más que simplemente no actuaron. Ello permitió que, pese a la violencia inicial, no hubiera enfrentamientos armados de importancia. A partir de ese momento, el papel de los soldados en la Revolución fue creciendo.

La democracia instaurada en el Ejército, junto con la posterior creación de comités y la celebración de elecciones para elegir a sus miembros, fueron, quizá, el aspecto más decisivo para el futuro de la Revolución. Febrero había traído libertades que no se habían conocido en el Ejército antes, pero esto tenía lugar en medio de una guerra. En las fuerzas armadas se produjo –con diferentes altibajos– un movimiento revolucionario masivo y autónomo, surgido desde abajo, que se plasmaba claramente en la autoorganización por parte de las masas de marineros y soldados a través de elecciones y agrupaciones[60]. Un comité de soldados de la guarnición de Viazma, en Smolensk, por ejemplo, se reunió el 9 de marzo de 1917, a las 10:00 de la mañana; a dicha reunión asistieron 50 diputados, los cuales eligieron un presidente, un vicepresidente y un secretario. A continuación se discutieron muy diversos asuntos, tanto del orden del día como más generales:

> Muchos en la reunión hablaron sobre injusticias y desafueros [de los oficiales] en las relaciones con los soldados, particularmente con los rangos inferiores. Algunos propusieron prohibir fumar en los cuarteles no sólo a los soldados, sino también a los oficiales. Muchos hablaron de la falta de orden en muchos recintos. En algunos lugares, los soldados enfermos a menudo no eran examinados adecuadamente por los médicos y desarrollaban complicaciones. La reunión discutió una propuesta para que los soldados no tuvieran que levantarse por la mañana antes de las cinco y media[61].

Este movimiento había llevado a alguna violencia (especialmente contra oficiales de origen noble) y a situaciones de caos e inseguridad en la cadena de mando, que había quedado rota en muchas ocasiones y limitada a la autoridad que los oficiales elegidos podían desplegar por su prestigio o su forma de actuar. Con el transcurso de la Revolución, estos comités se fueron uniendo en conferencias de soldados que abarcaban frentes de guerra enteros. En estas conferencias, los delegados eran, por lo general, mencheviques; había también un número importante de social-revolucionarios y unos pocos de otros partidos, ya fueran kadetes o bolcheviques, así como representantes de organizaciones anarquistas.

Hay que resaltar que, aunque parte de los oficiales de más alto rango –como el luego golpista Kornilov– querían recurrir a la represión para recuperar la disciplina, lo cierto es que no se los escuchó. Se mantuvo la abolición de la pena de muerte y el propio Gobierno provisional dio órdenes para que se permitiese que los comités de oficiales y soldados se expandieran por todo el Ejército. El Gobierno y las autoridades militares intentaron usar los comités para restaurar la disciplina de las tropas, confiando en la autorregulación de los soldados. Esta política tuvo éxitos iniciales importantes, como lo muestra el hecho de que, aunque las tropas estaban abrumadoramente en contra de una guerra «imperialista», las votaciones en las conferencias de delegados soldados se mostraban casi por completo a favor de una guerra defensiva, limitada; además, por lo general, los soldados no pusieron inconveniente a los preparativos para las ofensivas. Sólo cuando la represión volvió al Ejército, tras el fracaso de la llamada «Ofensiva Kerenski», el resentimiento despertado por estas medidas hizo que los soldados comenzaran a buscar refugio en otras consignas políticas. Es así como creció la influencia bolchevique en el Ejército, hasta entonces casi nula.

Los campesinos –excepto los que vivían cerca de ciudades con telégrafo– no se enteraron de la noticia de la Revolución hasta que llegó el deshielo, a veces más de un mes después. En general, al saberlo, ejercitaron algunas de las habituales acciones de las aldeas en rebelión: robar semillas, invadir haciendas, cortar árboles. Y también reconstruir la propiedad comunal de la tierra, afectada por las salidas de campesinos promovidas por

los decretos de Stolypin, que habían llevado a la privatización de parte del suelo. Un soldado cuenta cómo al volver a casa «vi la tierra de los terratenientes ya en posesión de la comuna agraria: se cumplió el antiguo sueño de la tierra, el pan y la voluntad»[62].

Pero había una confusión y un caos enormes. En una carta enviada al periódico *Izvestia*, un antiguo soldado del regimiento de Volinski, Andrei Sunin, que había vuelto a su pueblo en la provincia de Novgorod, escribía en mayo del 17:

> Al volver a casa, veo en la aldea a mi alrededor un sueño del que no hay despertar y una horrible ignorancia. Ellos todavía están viviendo en el pasado y lloran diciendo qué cómo van a vivir ahora sin el zar. No importa cuantas palabras gastes para convencerlos, siguen cantando la misma canción. No hay ningún tipo de organización y ellos no van a hacer nada al respecto. No son capaces ni siquiera de decidir enviar a su representante hasta al comité de gobierno del *volost*. Siguen fijando su esperanza en que como somos analfabetos, no sabemos cómo actuar. De este modo, no hay orden en la aldea[63].

Por el contrario, el testimonio de una reunión habida en una aldea en el distrito de Smolensk muestra una visión muy distinta. Publicada la noticia en un periódico local, la reunión, que tuvo lugar en marzo, muestra la capacidad de los campesinos para organizarse y su desconfianza hacia los representantes de la *intelligentsia* local:

> Es un placer notar que los campesinos que eligieron a miembros del comité ejecutivo mostraron un espíritu cívico, quizá por primera vez. Dos personas estaban en la competición electoral: el expolicía municipal Vakhmistrov, y un hombre llamado I. I. Konashenkov, que nunca antes había sido elegido para un puesto público. Tan pronto como los campesinos oyeron los nombres de los candidatos, hubo conmoción y gritos de: «¡No los necesitamos! ¡No los necesitas!». Sólo apoyarían a «su» gente. Los campesinos explicaron que ahora no temían a nadie, y por primera vez en su vida podían levantar la voz y no ceder ante la gente que los había maltratado sin piedad. Aquellos que se habían preocupado por la actitud de los campesinos hacia las elecciones, salieron de la reunión con un sentimiento agradable[64].

Los campesinos identificaban la Revolución con la obtención y el reparto de tierras, y comprendieron rápidamente que, con la debilidad del Estado y de los terratenientes y el colapso de la autoridad tradicional, ahora podían actuar sin miedo al castigo. Miles de pueblos y aldeas se lanzaron a una revolución agraria radical y autogestionada. En los campos de Ucrania

las tensiones sociales eran muy fuertes y había un importante influjo anarquista. Un campesino que luego sería partisano de Majno escribía que

> cuando llegó la Revolución de 1917, los campesinos locales se lanzaron sobre las mansiones señoriales tanto tiempo deseadas. Saquearon, quemaron y destruyeron todo. En una semana, la mayor parte de las mansiones en el distrito habían sido reducidas a cenizas. Cuando se llegó a dividir las tierras todavía hubo una mayor confusión y caos[65].

Aunque los social-revolucionarios organizaron a sus seguidores allá donde tenían poder, pidiéndoles que esperaran a un decreto general sobre la reforma agraria, dado que el decreto nunca llegó a ser emitido, los campesinos hicieron la redistribución por su cuenta, y pronto tomaron el control de la vida local, marginando a las autoridades oficiales. A través de comités propios discutían no sólo aspectos económicos, como la distribución de las tierras o los salarios, sino también sociales y de orden público. De ellos dependía el que los terratenientes fueran expropiados o no, y la forma en que esto había de tener lugar.

El nivel de violencia en los ámbitos locales tenía mucho que ver con el comité concreto que actuara sobre el terreno. La moralidad campesina y su concepción de la vida les llevaba a entender que la tierra pertenecía por derecho moral a los que la trabajaban, independientemente de su propiedad. Una resolución de un comité campesino de la región de Kursk, al sur de Moscú, decidió

> unánimemente que el punto de partida para el trabajo fundamental de los comités de tierras debe ser la transformación de toda la tierra del Estado, Corona, monasterios, Iglesia y las tierras de propiedad privada, con todos sus contenidos (bosques y aguas), para ser utilizadas por los trabajadores de manera equilibrada, sin pagos a los antiguos propietarios. La resolución final de la cuestión de la tierra espera a la Asamblea Constituyente. Hasta entonces, para evitar las incautaciones de tierras y para evitar la violencia y las disputas entre los diferentes grupos de la población, todas las tierras en la comarca de Timski se transferirán a la gestión de los comités de tierras del condado y del municipio. La tierra se pondrá a disposición de todos los que la necesiten para asegurar su utilización más completa posible[66].

El régimen de Febrero había creado una oportunidad para que los campesinos alcanzaran sus antiguas aspiraciones, pero fue demasiado lento en convencerles de la posibilidad de cumplirlas. Éste sería otro de los aspectos que conduciría a la decepción de las masas con el nuevo régimen.

Un tal Zemskov, un campesino que había desertado del Ejército y, durante más de dos años, se había escondido en las estepas de Kazán, en el Kubán, escribía una carta a Kerenski en marzo de 1917:

> ¿Quiénes fueron el alma de nuestra última revolución? Miliukov, Rodzianko, Maklakov, oficiales, generales: en pocas palabras, los representantes de las clases altas y, en su mayor parte, representantes de la burguesía. Vemos que la burguesía está creando la República; en consecuencia, si teniendo en cuenta la concepción de los socialistas, la pauta hacia el socialismo pasa por la República, entonces, creando una República para nosotros, la burguesía nos conduce hacia el socialismo. ¡Ese es el absurdo al que habéis llegado, mis amigos socialistas! Probablemente habréis olvidado las grandes palabras de nuestro gran profeta Marx, que dijo que «la emancipación de los obreros será la obra de los obreros mismos»[67].

Es cierto, sin embargo, que cada campesino, dependiendo de su situación, veía en la Revolución lo que le interesaba. Aquellos que, gracias a las reformas de Stolypin, habían por fin accedido a la tierra, veían la Revolución como una forma de modernizar el campo y de protegerlos de la opresión de la comuna campesina. De hecho, la pérdida de la autoridad en la provincia había llevado a que en muchos lugares se obligara a los campesinos libres a volver a la comuna, algo que aquéllos, por supuesto, detestaban. Un campesino de la provincia de Orel escribía a la Comisión de Regulación de la Tierra:

> Lo importante no es la escasez de tierra, sino la comuna. Los que apoyan la comuna están poniendo alrededor del cuello de Rusia la más terrible soga de la Autocracia. Casi todos los campesinos son conscientes de ello, pero no todos ellos son libres del atraso de siglos, que atenaza al campesinado como pinzas de hierro, pero no tiene mucho sentido hablar sobre este asunto porque ustedes, señores miembros de la Comisión de Regulación de la Tierra, lo conocen mucho mejor que yo. Únicamente les ruego con la mayor humildad que apoyen a la verdadera Rusia libre y no al hombre ciego que retrocede. ¡Que el eslogan de la Rusia libre sea «¡Adelante!». ¡Abajo con los siglos de ignorancia! ¿Qué otra cosa sino la comuna está retrasando el progreso de nuestros campesinos?[68].

Con la Revolución, los campesinos aceptarían o no al nuevo gobierno y a los diferentes partidos políticos por su forma de promover o no la distribución de la tierra. Esto les acercó a los bolcheviques durante el periodo en que éstos –que despreciaban las reivindicaciones campesinas como «pequeño-burguesas»– decidieron apostar estratégicamente por ellas. Sin embargo, también es cierto que la famosa situación revolucionaria en el

campo –que, según Lenin, fue uno de los motivos que explican el golpe de Octubre– no existió. En general, los incidentes más graves se produjeron a lo largo del otoño; hubo entonces un mayor número de campesinos implicados, con objetivos cada vez más radicales e incompatibles con la política del Gobierno provisional, y que ocasionaron una mayor violencia hacia las personas y las cosas. Pero, pese a ello, esas situaciones eran relativamente raras, limitadas en el espacio y poco duraderas en el tiempo. No se trató de una revuelta campesina generalizada, algo que provocarían luego los mismos bolcheviques en Tambov y Ucrania.

Aunque Octubre se construyó como un golpe que luego dio paso a una guerra civil, es difícil negar que el creciente apoyo a los bolcheviques a lo largo de los meses posteriores a Febrero tuvo un origen social. El malestar era evidente, también en las ciudades. Los trabajadores industriales se organizaron en comités para defender las empresas y evitar el cierre patronal; a veces estos comités actuaban como sindicatos, creando comisiones de arbitraje entre los empleados y los propietarios que podían conseguir beneficios sociales o económicos, en especial en las grandes empresas. Una negociación entre el Sóviet de Petrogrado y los empresarios legalizaba de alguna manera los comités:

> Se establecerán en todas las plantas y fábricas comités de fábrica (consejos de trabajadores mayores), elegidos por los trabajadores de una empresa dada sobre la base del sufragio universal, igualitario (etc.). La tarea de estos comités es: representar a los trabajadores en las relaciones con el gobierno y las instituciones públicas; formular posiciones sobre cuestiones relativas a la vida económico-laboral de los trabajadores; resolver las controversias que surjan de problemas internos entre los trabajadores; representar a los trabajadores en las relaciones con la planta o las administraciones de fábrica[69].

La revolución dentro de la revolución que representaba el movimiento por la supervisión obrera de las fábricas se dirigía directamente contra el Gobierno provisional. Los bolcheviques se mostraron a favor –aunque luego, en 1918, impusieran la centralización–, lo que les hizo crecer en apoyos. Las aspiraciones de los obreros, soldados y marineros estaban en estrecha correspondencia con los eslóganes de reforma política, económica y social que clamaban los bolcheviques. Por entonces, buena parte de los demás partidos políticos importantes –podríamos decir «más moderados»–

intentaban desactivar las ambiciones más radicales de la población, lo que los desacreditaba a los ojos de los elementos más activos y decisivos de las masas. El final inmediato de la participación de Rusia en la guerra era esencial para unos hombres que muchas veces habían desertado o estaban amenazados con volver a las trincheras. Esto explica que, hacia octubre, los objetivos de los bolcheviques, tal y como los entendían ciertas masas, tuvieran un fuerte apoyo popular. Al menos en la capital.

También es verdad que en Petrogrado, en 1917, el Partido Bolchevique ya no era la organización unificada, autoritaria y conspiradora, férreamente controlada por el líder, que Lenin había defendido en 1903. Dos años más tarde, en 1905, Lenin había modificado el modelo marxista clásico, diseñando un proyecto en dos etapas: tras una revolución, a la que le seguiría de inmediato una dictadura «democrática» del proletariado y el campesinado, llegaría un régimen socialista sin un periodo prolongado de desarrollo industrial capitalista y una revolución burguesa previa. Pero los acontecimientos de aquel memorable año de 1917 y el crecimiento numérico del partido implicaron que la dirección no pudiese controlar a militantes y simpatizantes. Esto lo probaron los hechos de julio, cuando las masas encabezadas por los marineros de Kronstadt y los soldados del Primer Regimiento de Ametralladoras, simpatizantes bolcheviques por aquel entonces, desbordaron a los líderes.

Los anarquistas rusos, por su parte, cometieron el error de apoyarse en los bolcheviques. Visto en el momento, era algo lógico. Dotados de concretos vínculos en empresas y sóviets locales, los seguidores de Lenin eran el único partido que abrazaba la idea de ir más allá en la Revolución sin esperar. Además, a lo largo de los primeros meses, Lenin asumió las reivindicaciones anarquistas sin filtrarlas, en especial el control obrero sobre la producción, que era incompatible con los presupuestos bolcheviques, que hablaban de nacionalización más que de socialización, y la abolición inmediata de la propiedad terrateniente y su reparto, imposible de conciliar con la doctrina marxista de la colectivización estatal. Incluso en las primeras declaraciones tras el golpe proclamaron objetivos esenciales de los anarquistas. Las primeras medidas legislativas también siguieron esa línea[70].

En general, los anarquistas rusos apuntalaron a los bolcheviques en marzo al exigir la disolución del Gobierno provisional y la transferencia de poder a los sóviets. Aunque su implantación era relativamente escasa, a lo largo del verano de 1917 los anarquistas consiguieron una influencia significativa en algunos sindicatos, así como en las bases navales de Kronstadt y Helsinki[71]. También en julio de 1917, en el alzamiento bolchevique, los anarquistas se implicaron activamente, dándoles su apoyo, mientras que en octubre tres anarquistas entraron en el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, la institución que organizó el golpe. Eran la cuota necesaria para un Lenin que quería hacer ver que las masas estaban con él.

Pero las masas tenían aspiraciones propias y muy complicadas. Durante las manifestaciones de julio, los manifestantes portaban pancartas con el lema «Todo el poder a los sóviets», en manifiesta muestra de su rechazo al Gobierno provisional, pero también, implícitamente, a la postura del Sóviet de colaborar con el Gobierno y rechazar la toma directa del poder.

---

59. Chekin, *Starii Bujan, Samara, Pechorlag*, p. 82.

60. Christopher Read, *From Tsar to Sóviets: The Russian People and Their Revolution, 1917-21*. Oxford, Oxford University Press, 1996.

61. Hickey, *Competing voices*, pp. 120-121.

62. Chekin, *Starii Bujan, Samara, Pechorlag*, p. 82.

63. Mark D. Steinberg, *Voices of Revolution, 1917*. Yale, Yale University Press, 2001, p. 137.

64. Hickey, *Competing voices*, p. 152.

65. Ossip Tsebry, *Memories of a Makhnovist Partisan*. Londres, KSL, 1993, p. 7.

66. Hickey, *Competing voices*, pp. 155-156.

67. Steinberg, *Voices of Revolution*, p. 91.

68. Steinberg, *Voices of Revolution*, p. 130.

69. *Izvestia*, 11 marzo 1917, p. 1.

70. Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, *Obras completas*, tomo XXVII. Madrid, Akal, 1977, p. 347

71. V. V. Krivenkii, «Anarjisti», en Zeveleva, A. I. (ed.), *Istoriia politicheskij partii*. Moscú, Byshaia shkola 1994, 371-383.

10. La consolidación de la Revolución y su fracaso

Los meses que van de febrero a julio fueron los de mayor actividad del Gobierno provisional, pero también aquellos en los que se fraguó su derrota. Durante ese tiempo, buena parte de los esfuerzos del ejecutivo fueron dirigidos a legislar mientras organizaba la Asamblea Constitucional, que se veía como una panacea para los problemas de legitimación del nuevo régimen. La historia de la Revolución rusa «se confunde gradualmente con la historia de la elaboración de la ley electoral para la Asamblea, con las elecciones y con la Asamblea misma»[72]. Pero el Gobierno fue demasiado lento a la hora de llevar a cabo las elecciones. El Consejo especial creado para elaborar la ley electoral tardó varios meses en reunirse y, aunque el Sóviet de Petrogrado nombró también a sus representantes –lo que era un triunfo para la participación popular–, esto hizo que el Consejo fuera inmanejable, al contar con más de 80 miembros. Sólo el 8 de julio confirmó Kerenski que las elecciones iban a tener lugar el 17 de septiembre, y que la Asamblea resultante se convocaría el 30 del mismo mes. En agosto las elecciones fueron retrasadas hasta el 12 de noviembre, fecha en que efectivamente se celebraron, pero, con los bolcheviques ya en el poder, la Asamblea sólo se reunió el 6 de enero de 1918 y fue de inmediato disuelta por Trotsky y los suyos. Es posible que unas elecciones –aunque menos preparadas y organizadas, pero más rápidas– hubieran concedido al Gobierno una legitimidad que le habría permitido desactivar las amenazas tanto desde la derecha como desde la izquierda que finalmente lo destruyeron. Pero también es cierto que en las circunstancias en las que estaba el país no era nada fácil organizar un hecho tan trascendental, complejo y necesitado de una cierta tranquilidad.

Y tranquilidad faltaba por completo. Los primeros meses de la Revolución contemplaron un estallido inédito de la criminalidad y el desorden en la capital. El Gobierno provisional había perdido el monopolio

de la violencia, lo que llevó a la creación de diversas milicias: en Petrogrado coexistieron las milicias urbanas formadas por la Duma de la ciudad, las milicias obreras sancionadas por el Sóviet y las milicias estudiantiles creadas por el Comité de Asistencia Técnica Militar. Las milicias intentaban, entre otras cosas, parar la epidemia de grupos autonombrados que se arrogaban el poder y detenían por su cuenta y riesgo a quienes creían «contrarrevolucionarios», y a veces realizaban justicia sumarial por las calles.

Los pasos dados por los principales partidos fueron, de algún modo, razonables, si exceptuamos a los bolcheviques. Los mencheviques entraron en el Gobierno provisional en mayo, defendiendo de este modo su entrada en la coalición gubernamental:

> La democracia empieza a alejarse del Sóviet: la cuestión es si el país y la Revolución se pueden defender. El Gobierno debe reorganizarse para darle autoridad a los ojos de la democracia. Con el fin de evitar que el Gobierno busque apoyo de los estratos moderados de la sociedad, se le debe dar apoyo dentro de las filas de la democracia.

Y seguían:

> Los mencheviques no dudan que deben apoyar al Gobierno (con la excepción de ciertos camaradas). La única pregunta es si apoyar al Gobierno desde afuera o para entrar en él. El primer camino ha sido intentado por el Sóviet. Ciertamente, es el más aceptable, si fuera posible. Pero la vida política de los últimos dos meses, especialmente los acontecimientos del 20 al 21 de abril, han demostrado que el Sóviet, de hecho, no apoyaba al Gobierno provisional, sino que socavaba su autoridad. Este camino resultó ser infructuoso. Ahora no hay una tercera vía. [...] Un camino es el de Lenin: la toma del poder por los sóviets. El segundo camino es asumir la responsabilidad nosotros mismos, para entrar en el Gobierno provisional[73].

En definitiva, el miedo a una reacción de la derecha y de los monárquicos, y el rechazo al extremismo bolchevique los dirigía a colaborar con los liberales.

Esto, sin embargo, supuso la mayor fortaleza de los bolcheviques: su radicalismo intransigente, que los alejaba de los otros grupos socialistas. Posicionándose a favor de entrar en el Gobierno provisional y manteniéndose al mismo tiempo en el Sóviet de Petrogrado, los mencheviques quedaban a merced de la propaganda bolchevique, que denunciaba su política de coalición y compromiso. Mientras otros políticos

radicales pedían un liderazgo responsable y una política de Estado, los bolcheviques se mantuvieron al lado de los sectores populares más exaltados, ganándose con el tiempo a soldados y marineros. A medida que la capacidad ejecutiva del Gobierno provisional se iba desintegrando, los partidos socialistas representados en el ejecutivo y en el Sóviet tambien se iban desprestigiando. Hay que reconocérselo a Lenin: su falta de escrúpulos ideológicos y su ansia de poder le llevaron a captar el ánimo de la multitud, cansada de guerra y caos. Aunque no hay que dudar que la derecha, que intentaría luego el golpe, era igualmente sensible al cansancio de las masas. Sólo el creciente arraigo de los bolcheviques en el Ejército y entre los obreros industriales, sumado a la indecisión de las derechas, permitió que Lenin se llevara la victoria.

Los acontecimientos de abril, a los que se referían los mencheviques, surgieron en torno al grave dilema de la continuación de la guerra o no. Los liberales, y en general todos los miembros del Gobierno provisional, veían difícil escaparse de los compromisos internacionales y salirse de la contienda, como se reclamaba a menudo en el Sóviet y en las calles. Un llamamiento del Sóviet que pedía la renuncia de los objetivos de guerra imperialistas por todos los combatientes fue enviado a los aliados por el Gobierno provisional. Sin embargo, aunque se cediera a la presión del Sóviet, Pavel Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, logró que el gabinete añadiera una nota secreta. En ella se aseguraba a los aliados que la posición oficial del Gobierno sobre la guerra no había sufrido cambio alguno y que se seguían aceptando los tratados secretos por los que Rusia tenía mano libre para hacer importantes conquistas territoriales una vez que se ganara la guerra, especialmente en Constantinopla y en los Estrechos. La nota fue filtrada y publicada, y la izquierda representada en el Sóviet se mostró indignada. Las tropas que apoyaban al Sóviet salieron a la calle armadas y se enfrentaron a la represión demandada por el gobernador militar de la capital, el general Kornilov. Aunque no hubo una violencia masiva, lo cierto es que el tiroteo y la manifestación obligaron a dimitir a Miliukov, con lo que estalló una crisis de gobierno.

Para entonces ya habían arribado a Petrogrado los principales actores bolcheviques: el 12 de marzo llegó Stalin, y apenas tres días después era

nombrado miembro del consejo editorial de *Pravda*. El 3 de abril Lenin, Zinoviev y otros bolcheviques llegaron a la capital y fueron recibidos por obreros, soldados y miembros del partido. El 4 de mayo Trotsky, después de su odisea al cruzar el Atlántico y de ser detenido por el Gobierno británico, alcanzó por fin Rusia.

Tras la llegada de Lenin a Petrogrado, su actuación se dirigió a hundir el Gobierno provisional con una rabia y una impetuosidad carentes de todo escrúpulo. La ventana de oportunidad que Lenin supo ver para un cambio radical de la sociedad y para la implementación de las ideas del socialismo tal y como él las entendía pasaba por la radical negación de la legitimidad del Gobierno, la destrucción de cualquier mecanismo de consenso y el impulso de toda acción violenta que permitiera marcar fronteras entre los dos campos. Era una estrategia efectiva desde el punto de vista político, pero mortal para la débil democracia surgida de Febrero.

Que la estrategia de Lenin tuviera éxito no estaba escrito. Hacia el verano de 1917 el épico y optimista consenso de Febrero se desmoronaba, entre otras cosas porque la sociedad urbana se polarizaba cada vez más. Había, por un lado, un anhelo del retorno a la ley y el orden que encontraba su encarnación cada vez más en una derecha que no sólo se componía de monárquicos, sino tambien de clases medias y empresariales hasta entonces progresistas. Y por otro, existían unas ansias muy extendidas de cambio social radical y milenarista, encarnadas en una izquierda revolucionaria que tenía su base en los intelectuales desclasados y en los sectores populares de soldados y obreros. Cada vez parecía menos razonable esperar que los problemas políticos de Rusia pudieran ser resueltos por una Asamblea Constituyente y la institucionalización formal de la democracia parlamentaria según el modelo occidental. Tanto la Asamblea Constituyente como el procedimiento de compartir el poder con el Sóviet implicaba un grado importante de consenso político y de compromiso entre unas partes que, unidas en Febrero, cada vez se iban separando más. Las alternativas al consenso y al compromiso eran la dictadura y la guerra civil, de las que los periódicos hablaban constantemente. Y parecía que las masas, a las que los bolcheviques seguían a trompicones, elegían el camino del enfrentamiento.

Por este camino se echó a andar en la tarde del 3 de julio, cuando el Primer Regimiento de Ametralladoras, en el que los bolcheviques tenían gran influencia, salió a las calles de Petrogrado a exigir que el Sóviet tomara el poder en nombre de la clase obrera y repudiara a los «diez ministros capitalistas» del Gobierno provisional. El origen de este movimiento se halla en el renovado esfuerzo militar de Kerenski, quien organizó una ofensiva a finales de junio y principios de julio, la cual, tras unos breves éxitos, se hundió, provocando centenares de miles de bajas. Ante la creciente indisciplina y falta de moral, el Gobierno restableció la pena de muerte en el frente. A los soldados de la guarnición de Petrogrado se les unieron multitudes de obreros, soldados y marineros. Los soldados temían que se les enviaría al frente, y se mostraban enfurecidos por el empeoramiento de las condiciones económicas, además de estar azuzados por la agitación bolchevique y anarquista de los meses precedentes. Los trabajadores en huelga se unieron rápidamente al movimiento, y al día siguiente las multitudes en las calles ascendían a unas 500.000 personas. Hubo peleas con la policía, combates con soldados leales al Gobierno, asaltos y saqueos.

Los bolcheviques, que se vieron sorprendidos por el estallido, se hallaron en la tesitura de tener que apoyar la acción. La multitud apremió violentamente al Sóviet para que tomara el poder. Cuando Chernov, el líder so-cial-revolucionario, acudió a intentar calmar los ánimos, fue tomado como rehén para presionar al Sóviet. El Gobierno pudo aplastar la revuelta por el sencillo procedimiento de detener a varios de sus líderes. Dio orden también de arrestar a los líderes de algunos de los partidos radicales. Trotsky fue capturado y mantenido en prisión por algún tiempo, pero muchos otros escaparon, entre ellos Lenin, que estaba por entonces recuperándose en Finlandia de una enfermedad.

Esta revuelta, junto con el descubrimiento por parte de la prensa de la financiación por parte de Alemania a los bolcheviques, puso al partido de Lenin en peligro de ser disuelto. La población pareció tomarse en serio la acusación contra Lenin y los suyos de recibir dinero alemán, y la prensa llegó a tacharlo de agente provocador. Pero los acontecimientos posteriores –como el intento de golpe de Kornilov– anularon la fuerza de estas

acusaciones. Tampoco el Gobierno fue capaz de desarticular al Partido Bolchevique. Las breves detenciones de sus líderes no fueron seguidas por una acción consecuente de ilegalizar y desactivar el partido, para la que tuvieron una excelente oportunidad.

En realidad, se puede decir que Kerenski había perdido el poder antes de que el levantamiento armado de los bolcheviques le expulsara. El Gobierno provisional utilizó todos los medios que tenía a su alcance, pero no consiguió los resultados deseados. Su escasa eficiencia, la imposibilidad de controlar a los extremos y la disposición real de fuerzas entre los diferentes movimientos sociales y políticos protagonistas del conflicto hacían que el enfrentamiento entre el Gobierno provisional y la pluralidad de movimientos de las masas fuera una batalla casi imposible de ganar.

A la altura de octubre de 1917 parecía que el sistema democrático de gobierno se había agotado. El urbanista Nikolai Antsiferov escribía en su diario el día 17:

> Las calles [estaban] oscuras y llenas de gente. Es terrible ver estas calles. El día que se acerca trae sangre. Se cuece un levantamiento bolchevique. Y todos estamos a la espera de que se anuncie, como un destino fatal[74].

---

72. M. V. Vishnyak, *Vserossiiskoie Uchreditelnoie Sobraniie*. París, Sovremiennie Zapiski, 1932, p. 70.

73. Z. Galili y A. Nenarokov (eds.), *Mensheviki v 1917 godu. Tom 1: Ot ianvaria do iiulskikh sobyti*. Moscú, Progress-Akademiia, 1994, pp. 257–8. Cit. en Ronald Kowalski, *The Russian Revolution*, Londres/Nueva York, Routledge 2004, p. 204.

74. N. P Antsiferov, «Tetrad nashikh detochek: Tatochki i Pavlin'ki. Vypiski iz dnevnika», en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Estatal de San Petersburgo Saltschikov-Schedrin, archivo Antsiferov, f. 27, l. 51–53. Véase N. P. Antsiferov, *Dusha Peterburgi*, epub, parágrafo 12,6.

11. El golpe de Estado bolchevique

Boris Shebeko, un guardia del Palacio de Invierno en Petrogrado a quien ya hemos encontrado anteriormente en este libro, viajaba en un tranvía el 25 de octubre [7 de noviembre] de 1917. En una parada entraron unos chicos vendiendo periódicos.

> Y allí vi yo en grandes titulares la proclamación de que todo el poder había pasado a manos de los Sóviets de Obreros y Soldados. En otras palabras, el viejo Gobierno había sido derrocado. Nadie le prestó mucha atención, pensando que se trataba sólo de un rumor. Pero era un hecho; aquella noche el poder había pasado silenciosamente a las manos de los bolcheviques[75].

También Orlando Figes hace mención a que «las pocas fotografías supervivientes de las Jornadas de Octubre muestran claramente el pequeño tamaño de la fuerza insurgente»[76]. En vez de las imágenes que podríamos esperar de una revolución, en vez de barricadas, luchas y masas armadas enfrentadas, lo único que se ve en ellas es a un puñado de Guardias Rojos –las milicias del Sóviet– y de soldados y marineros, de pie, medio posando, sin saber muy bien adónde ir ni qué hacer. Trotsky –uno de los artífices de la revuelta– describía el golpe como una «serie de pequeñas operaciones, calculadas y preparadas de antemano».

Las imágenes en movimiento del asalto al Palacio de Invierno que impregnan nuestras cabezas –con unos heroicos obreros y soldados armados, subiendo las escaleras y echando de malos modos a unos corruptos burgueses, y el disparo del crucero *Aurora* dando la señal para el asalto– son por completo ficticias. Provienen, sobre todo, de la reconstrucción de los hechos que el cineasta Sergei Eisenstein hizo en su película *Octubre,* que a su vez se inspiraba en un espectáculo que hoy llamaríamos «multimedia», realizado en el escenario original tres años después de los hechos. Las poderosas imágenes creadas por el cineasta resuenan todavía hoy día en las épicas visiones historiográficas del golpe de Estado. Pero Eisenstein no estuvo allí, y no vivió Octubre de primera mano.

De hecho, tan sólo las inmediaciones del Palacio de Invierno se vieron alteradas durante ese día. En el resto de Petrogrado la vida continuó de forma normal, y como hemos visto, los tranvías funcionaban, la gente hacía compras y paseaba, y tiendas, restaurantes, teatros y cines se mantuvieron abiertos y visitados por las multitudes. Esto concuerda con el hecho de que, salvo Lenin, cuya radicalidad le llevaba a intentar no perder la oportunidad que veía en la debilidad del Gobierno provisional, «casi ninguno de los líderes bolcheviques había querido que tuviera lugar [la insurrección] hasta apenas unas pocas horas antes de que empezara»[77].

La cristalización final del golpe tiene su origen en el extraño asunto del previo intento de *putsch* dirigido por Lavr Kornilov. El propio Kerenski diría luego que este intento de golpe de derechas había sido «el preludio del bolchevismo», y Nikolai Sujanov lo consideraba el comienzo de la «disolución de la democracia».

El 18 de julio Lavr Kornilov había sido nombrado comandante jefe del Ejército por Kerenski. A comienzos de septiembre, parecía que el Gobierno provisional podría resistir: la insurrección bolchevique de principios de julio había sido suprimida y sus líderes más importantes estaban en la cárcel o en la clandestinidad; además, los disturbios agrarios habían disminuido, al tiempo que se daban los primeros pasos para resolver la cuestión de la tierra y satisfacer algunas demandas sociales. En la marcha de la guerra mundial, había incluso indicios de que la situación estaba aliviándose, tanto en lo que se refería a la disciplina y a la capacidad del Ejército ruso como al hecho de que la situación exterior mejoraba: en abril, Estados Unidos había entrado en la guerra y, poco a poco, Alemania parecía perder terreno. Resistir hasta el final de la contienda podría parecer ahora mucho más factible.

En este ambiente se celebró la Conferencia de Estado, durante los días del 12 al 15 de agosto, en Moscú. La Conferencia era una especie de sucedáneo de la Asamblea Constituyente, donde se intentó lograr una serie de consensos en el proyecto de país. Participaron en ella representantes de las organizaciones de la burguesía de negocios, de *junkers* y terratenientes, los principales generales del Ejército, miembros del Gobierno, antiguos diputados de la Duma, representantes de sóviets campesinos, de obreros y soldados, de municipios, y de toda una serie de organizaciones de la

sociedad civil, desde municipios a cooperativas, asociaciones de bancos, minorías nacionales e incluso miembros del clero. Enfrentada sin embargo a la oposición de las organizaciones más radicales, que declararon una huelga de un día y manifestaciones de rechazo, la Conferencia mostró la incapacidad del Gobierno para poner de acuerdo a unos y otros. Kerenski pareció por fin inclinarse por aceptar un gobierno de mano dura. Sin embargo, en la Conferencia era palpable la existencia de conciliábulos y conspiraciones de oficiales del Ejército y de sectores antaño liberales, asustados por la falta de capacidad del ejecutivo para enfrentarse al Sóviet, por su parte cada vez más determinado por la radicalidad de las propuestas de los bolcheviques.

Uno de los más grandes errores de Kerenski en la Conferencia fue invitar a Kornilov a la misma. El general, que tenía gran prestigio y había apoyado en un primer momento al Gobierno provisional, pronunció un discurso duro y amenazador. Aunque Tsereteli, el menchevique, y A. A. Bublikov, uno de los líderes de los grandes empresarios, chocaron sus manos en el acto final, como simbolizando la unidad del país, lo cierto es que el propio Kerenski habló de que en la Conferencia «la contrarrevolución había alzado su cabeza».

Los preparativos del golpe parecieron acelerarse, azuzados también por las noticias que llegaban de los bolcheviques: el 20 de agosto, el general Denikin envió un mensaje a Kornilov en el que le describía lo avanzado de los planes de los radicales para alzarse contra el Gobierno. Ante la ocupación de Riga por los alemanes, Kerenski telegrafió a Kornilov ordenándole su cese y volver a Petrogrado. Kornilov expuso públicamente su convicción en la traición del Gobierno provisional, al que acusaba de estar compuesto por espías alemanes y de ser rehén de los bolcheviques, encarnados en el Sóviet.

Kornilov envió sus tropas a capturar la capital. El 9 de septiembre, Kerenski declaró traidor a Kornilov e hizo un llamamiento a la población para que se resistiera a un intento de golpe de Estado por parte del general. La mayoría de la población se unió al Gobierno provisional y al Sóviet, condenando así la empresa de Kornilov al fracaso. Organizados por el Sóviet, que creó de inmediato una comisión contra el golpe, los obreros

impidieron de múltiples modos la llegada de las tropas de Kornilov a la capital y los animaron a pasarse al lado del Gobierno. El 14 de septiembre, el general se entregó y la supuesta rebelión llegó a su fin.

Sobre la intentona de Kornilov ha habido variadas explicaciones: para los bolcheviques, se trató de una maniobra de Kerenski para movilizar al Ejército e instaurar una dictadura, y sólo las escasas perspectivas de éxito le habían llevado a abandonar al general (algo que el propio Kornilov pareció pensar también); para otros, el golpe ni siquiera llegó a existir, sino que fue el propio Kerenski el que lanzó la voz de alarma para utilizar la amenaza como una forma de reforzar su poder. Sin embargo, hay pruebas de que el movimiento fue inspirado y apoyado por los influyentes círculos empresariales de Petrogrado y Moscú, agrupados en su mayor parte en torno a los gremios industriales y bancarios de las dos capitales. El caos evidente en el que el país parecía estar inmerso preocupaba a organizaciones empresariales como la Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia, de Petrogrado, fundada, entre otros, por el industrial Alexei Putilov y el banquero Alexander Vyshnegradsky. La organización se arrogaba la misión de impulsar el triunfo de los candidatos «moderados» en las elecciones a la Asamblea Constituyente, pero no dudó en apoyar directamente a Kornilov y a los miembros de la Stavka decididos a parar los pies a los bolcheviques.

El fracaso del *putsch* acabó por deshacer del todo la reputación de Kerenski ante los sectores populares de Petrogrado. Kerenski era un hombre guiado por emociones, no por principios políticos, cuyo compromiso con la democracia y la libertad individual era insobornable. Su rechazo de la coerción y la violencia en un momento tan crucial como el de 1917 le dejaban a merced de rivales mucho más despiadados que él, tanto a derecha como a izquierda. En septiembre, su breve luna de miel con la opinión pública se había acabado y sus errores e histrionismos pesaban sobre sus virtudes.

Por otro lado, el intento de Kornilov también activó a los bolcheviques para acelerar su propio golpe de mano. Éstos habían comenzado ya los preparativos, después de una discusión –mantenida abiertamente en la prensa– acerca de la oportunidad o no de una rebelión armada. Tras la

experiencia de julio, no todos estaban a favor de intentarlo. Sin embargo, la actitud cada vez más decidida de Trotsky y de Lenin condujo a reforzar el ala más favorable a la intervención. Aún más, el fracaso de Kornilov desmoralizó y desunió a la oposición a los extremistas, mientras que el miedo a la contrarrevolución radicalizó a la clase obrera de las grandes ciudades.

De este modo, los bolcheviques consiguieron lo que tanto habían estado buscando: en las elecciones del 25 de septiembre se hicieron con la mayoría en el Sóviet de Petrogrado, y cinco días después lo lograron también en Moscú. Esto les confirmó en su convicción de la posibilidad de derribar al Gobierno. Desde Finlandia, donde estaba desde los hechos de julio, Lenin escribía el 10 de octubre, en una carta a otros bolcheviques que «el Sóviet de Petrogrado y los bolcheviques han declarado la guerra al Gobierno. Pero el Gobierno tiene el Ejército y se está preparando sistemáticamente». Y seguía:

> El partido debe trabajar hacia un levantamiento armado. Los acontecimientos nos obligan a esto. La cuestión de las armas es ahora la cuestión política fundamental […]. Mi opinión es que debemos seguir agitando en el partido para considerar seriamente un levantamiento armado[78].

Los rumores eran incesantes. El Gobierno provisional sabía de ellos, pero no parecía darles demasiada importancia. En el periódico de los kadetes, *Riech* («El discurso»), se describía la actitud de los ministros afirmando que parecía que realmente existían fundamentos para esos informes:

> Recientemente algunos individuos, que dicen ser representantes de organizaciones bolcheviques, han visitado fábricas, molinos y cuarteles, pidiendo a los trabajadores y soldados que salgan con el eslogan «Todo el poder a los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados». Hasta ahora no ha sido posible determinar definitivamente si estas personas están realmente autorizadas para actuar en nombre de las organizaciones bolcheviques. Por el contrario, en los círculos gubernamentales se da por sentado que la agitación radical es llevada enérgicamente por fuerzas oscuras, entre ellas los antiguos agentes del antiguo régimen, algunos con antecedentes penales. En cualquier caso, el Gobierno provisional ha decidido tomar las medidas más enérgicas para evitar levantamientos o excesos[79].

Era ya tarde. En la noche del 24 al 25 de octubre, el Comité Central bolchevique se reunió en una pequeña sala del segundo piso de la elitista

escuela para niñas del distrito de Smolny de Petrogrado. La escuela se había convertido en la sede de los partidos representados en el Sóviet y poseía una imponente sala de reuniones en la que se iba a congregar el Segundo Congreso de los Sóviets al día siguiente. Lenin, que, como hemos visto, había estado escondido desde las jornadas de julio, llegó de incógnito desde otro barrio de la capital. Esta vez, a diferencia del verano, estaba decidido a tomar el poder. Para ello los bolcheviques habían creado un primer instrumento que resultó ser clave para entender el triunfo del golpe: el Comité Militar Revolucionario (CMR).

Esta organización, que había sido creada tres semanas antes a instancias de los bolcheviques –fruto sobre todo del genio militar de Trotsky– y contaba con la participación de social-revolucionarios de izquierda, tenía como función la de controlar las órdenes impartidas por el Gobierno provisional al Ejército. Kerenski, tras derrotar a Kornilov, había asumido sin embargo algunas de las demandas de éste, en especial la de desactivar el peligro que suponía el número elevado de tropas presentes en la capital; así, dio la orden de enviar un tercio de los soldados al frente, lo que –como en julio– causó indisimulado disgusto entre ellos. El Comité Militar Revolucionario actuó como una organización no burocrática, enviando comisarios a todas las unidades militares, creando así una red de contactos que, al cabo, guardaban obediencia solamente al Comité. Fue así como se le privó al Gobierno provisional de la capacidad de tener una resistencia armada efectiva.

De hecho, el propio Gobierno había sido el culpable de reforzar a los bolcheviques: al intentar crear una fuerza de combate que hiciera frente a las tropas de Kornilov, había permitido que se armasen los obreros de una manera indiscriminada. Tras la detención del general, las armas no fueron devueltas y se formaron las primeras unidades de la Guardia Roja bajo el mando del Sóviet. En poco tiempo, la capacidad militar bolchevique se había multiplicado. Sería la Guardia Roja, junto con una serie heterogénea de unidades militares que aceptaron el liderazgo bolchevique, quienes obrarían como mano ejecutora de la revuelta, bajo la dirección del CMR.

El golpe se llevó a cabo a partir de la ocupación de la central telefónica. Los destacamentos golpistas entraron de forma paulatina en las oficinas

gubernamentales más importantes y se hicieron con ellas. No hubo sangre ni combates. Unas horas después, irrumpieron en el Palacio de Invierno, donde solo estaba el Batallón de Mujeres para defenderlo. Allí hubo alguna resistencia y algunas personas murieron.

Bastante tarde, el 25 de octubre, cuando el Palacio de Invierno ya estaba siendo atacado, el Segundo Congreso de los Sóviets, finalmente, abrió sus puertas. Los bolcheviques habían conseguido retrasar su apertura lo suficiente para que el golpe fuera ya un hecho consumado. Pero también es verdad que, tras las elecciones, el Sóviet estaba controlado por ellos y por sus aliados social-revolucionarios de izquierda; de hecho, el Congreso eligió a la mesa presidencial y al presidente entre ellos. Se escucharon amargos discursos de diputados mencheviques y eseristas contra los bolcheviques, así como recriminaciones por la suerte que había corrido el Gobierno provisional. Un social-revolucionario, Vladimir Zenzinov contaba:

> Recuerdo bien la fatídica reunión del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros en la noche del 25 de octubre a la que asistieron representantes de todos los partidos revolucionarios. Durante la sesión llegó la terrible noticia de que los bolcheviques habían comenzado el bombardeo del Palacio de Invierno, donde se estaba llevando a cabo una sesión regular del Gobierno provisional. Esta noticia indignó a todos los presentes. Los bolcheviques desmintieron oficialmente la noticia. Luego llegó un nuevo mensaje que confirmó la noticia; se obtuvieron nuevos detalles del trágico bombardeo. Uno tras otro, todos los partidos revolucionarios subieron a la tribuna y protestaron furibundamente contra las acciones de los bolcheviques, contra sus tácticas arteras[80].

Buena parte de los diputados mencheviques y social-revolucionarios decidieron retirarse en protesta, lo que dejó el campo libre a Lenin y los suyos. Cuando, tras un receso, a las tres de la madrugada se volvió a abrir la sesión, el Congreso fue informado de la caída del Palacio de Invierno y de la detención del Gobierno provisional. Kerenski, sin embargo, había conseguido escapar.

En la otra gran ciudad rusa, Moscú –que volvería a ser la capital en muy poco tiempo–, las cosas fueron muy diferentes. Mal preparados e indecisos, los bolcheviques no dispusieron de Guardia Roja hasta el 24 de octubre, ni de Comité Militar Revolucionario hasta el último minuto. Una vez que llegó la noticia del golpe de Estado en Petrogrado, improvisados

destacamentos bolcheviques tuvieron que luchar contra una fuerza importante de oficiales y cadetes militares, lo que ocasionó enfrentamientos mucho más serios y duros que en Petrogrado. Los bolcheviques ganaron en un primer momento, pero luego perdieron el Kremlin a manos de los defensores del Gobierno provisional. Hubo muchas bajas: al menos 1.000 muertos y un número elevado de heridos. Finalmente, los adversarios de los bolcheviques capitularon el 2 de noviembre[81].

El propio Lenin escribió en nombre del Comité Militar Revolucionario un manifiesto que se publicó con fecha de 25 de octubre de 1917 en *Rabochi i Soldati*, el periódico órgano del Sóviet por aquel entonces. En él afirmaba, dirigiéndose «a los ciudadanos de Rusia»:

> El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, el Comité Militar Revolucionario, que encabeza al proletariado y a la guarnición de Petrogrado. La causa por la cual luchó el pueblo: el ofrecimiento inmediato de una paz democrática, la abolición de la propiedad terrateniente sobre la tierra, el control obrero sobre la producción y la creación de un Gobierno soviético. Esa causa está asegurada[82].

En palabras de Vladimir Zenzinov,

> De esta forma, en lugar de un Gobierno provisional de coalición, en el que participaran representantes de todos los partidos y movimientos políticos, a la cabeza del Estado se encontró el poder de un partido, el poder del partido bolchevique. De esta manera los bolcheviques hicieron añicos los principios básicos de la democracia, que siempre habían orientado al movimiento revolucionario ruso[83].

La trascendental primera sesión del Segundo Congreso de los Sóviets terminó a las 5 de la mañana del 26 de octubre. Habría una segunda sesión a la tarde siguiente, en la que los bolcheviques expondrían su programa sobre el final de la guerra y el reparto de la tierra. Pero iba a ser la última: el Congreso, a propuesta de su presidente bolchevique, Lev Kamenev, aprobó la formación de un Gobierno soviético, llamado Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sóviet Narodnij Komisarov*), con Lenin a la cabeza, así como un Comité Ejecutivo Central compuesto por 101 miembros[84]. Según Sujanov,

> el acto final fue la elección de un nuevo Ispolkom. En medio de un desorden total, en una sala que se vaciaba rápidamente, se leyó una larga lista de nombres desconocidos. Alrededor de 100 hombres fueron elegidos, de los cuales 70 eran bolcheviques, luego unos SR de izquierda, alguna

gente de *Nueva Vida* [una revista menchevique, donde participaba el propio Sujanov] y representantes de nacionalidades. La reunión se cerró alrededor de las 5 de la mañana. Cansadas y exhaustas, apresurándose para poder llegar a casa, las mermadas filas volvieron a llenar Smolny con los sonidos discordantes de *La Internacional* y se apremiaron a salir. El Congreso había terminado[85].

Lenin había llegado a Rusia en abril, durante el deshielo; cuando el invierno estaba volviendo a Petrogrado, el poder en la ciudad era ya suyo.

---

75. Boris Shebeko, *Russian Civil War, 1918-1922, and emigration*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce; Berkeley, University of California Bancroft Library/Berkeley, 1961, p. 11a.

76. Orlando Figes, *The Russian Revolution, 1891-1924*. Londres, Jonathan Cape, 1996, p. 493.

77. Orlando Figes, *The Russian Revolution,* p. 481.

78. Golder, *Documents*, p. 607.

79. *Riech*, 25 de octubre de 1917; cit. en Golder, *Documents*, p. 611.

80. Vladimir Zenzinov, *Iz zhizni revoliutsionera*. París, 1919, p. 93.

81. Read, *From Tsar to Sóviet*, p. 96.

82. Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, *Obras completas*, tomo XXVII. Madrid, Akal, 1977, p. 347

83. Zenzinov, *Iz yizni revoliutsionera*, p. 90.

84. T. H. Rigby, *Lenin's government: Sovnarkom 1917-1922*. Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 1979, pp. 1-2.

85. N. N. Sukhanov, *The Russian Revolution 1917. Eyewitness Account, vol. II.* Harper Torchbooks, 1962, p. 665.

12. Hacia la guerra civil

El golpe de Estado bolchevique trajo consigo, ineludiblemente, la perspectiva de la guerra civil. No era nada nuevo. En los meses inmediatamente anteriores a Octubre, la división del país había llevado a que se multiplicaran en la prensa o en las discusiones en el Sóviet las advertencias sobre un posible conflicto interno. Durante un discurso de Lenin llamando a la guerra civil, hasta los propios bolcheviques se sintieron agredidos; un viejo miembro del partido exclamó:

> Lenin pretende un trono europeo que está vacío desde hace ya treinta años: el trono de Bakunin. Este nuevo discurso de Lenin es una transcripción de las viejas historias del anarquismo primitivo. Lenin, el socialdemócrata, Lenin, el líder marxista de nuestra batalla por la democracia, ya no existe[86].

Pero en realidad Lenin estaba siendo muy consecuente: desde el principio de la Primera Guerra Mundial había clamado una y otra vez en sus escritos y en las reuniones del partido por «transformar la guerra imperialista en una guerra civil». Ahora solo estaba utilizando el poder conseguido por su partido para hacer real aquella propuesta.

Un soldado de origen alemán pero miembro del Ejército ruso cuenta en sus memorias su regreso a casa, en Ucrania, desde el frente en aquellos días:

> Cuanto más lejos llegábamos, más lento iba nuestro tren porque no tenía vapor. Se detenía y cargaba traviesas viejas para quemarlas, a fin de que hubiera vapor de nuevo. Por fin, el 9 de noviembre de 1917, por la tarde, ¡llegué a casa! No puedo describir la alegría que me dio. Sólo la conoce el que la ha experimentado. Así que estaba entonces en casa, aunque había venido sólo de permiso. Sin embargo, todo en el país se había vuelto loco. Me sacaron todavía 200 rublos, me dieron un papel y me dijeron que ahora estaba libre. ¡Pero libre también de dinero![87].

El 8 de noviembre de 1917 el Sovnarkom aprobó el Decreto sobre la Tierra. En él, Lenin adoptó el programa eserista de confiscación de la tierra y su distribución a los campesinos. Se declaraba que la tierra estaba

nacionalizada –estatalizada– y que los campesinos eran libres para tomarla. Los bolcheviques llamaban a los *biedniaks* (los campesinos pobres, generalmente sin tierras) para que se organizaran en comités y combatieran a quienes las tenían. Ya no se trataba solamente de repartir la tierra de los grandes terratenientes, sino de dividir al campesinado para evitar –en opinión de los bolcheviques– la falta de conciencia de clase y las tendencias «pequeñoburguesas» de los campesinos.

También el 8 de noviembre se proclamó el Decreto sobre la Paz. Los bolcheviques publicaron los tratados secretos de guerra que habían sido firmados por el antiguo Gobierno imperial ruso con las potencias aliadas, especificando cómo se harían los repartos territoriales después de la victoria. Al anular estos tratados, los bolcheviques no olvidaron anular también otros más antiguos, como los que habían llevado a las particiones de Polonia en el último tercio del siglo XVIII, por ejemplo. Anunciaron también un programa de paz sin anexiones o indemnizaciones, lo que fue visto de inmediato en las cancillerías beligerantes como una traición o una extravagancia.

Las primeras medidas de los bolcheviques eran muy populares, pero no trajeron ninguna solución para los problemas más acuciantes, en especial el de los suministros. Las medidas económicas condujeron a un súbito caos: la nacionalización inmediata de los bancos destruyó el sistema financiero y llevó a una fuga de capitales de gran alcance; el control obrero indiscriminado hizo desmoronarse la producción industrial, mientras que la ocupación de tierras desbarató la producción agraria; los soldados, empoderados por el triunfo de los suyos, desertaron en masa y se dedicaron al saqueo y al bandolerismo para enriquecerse. Y mientras tanto, la guerra mundial continuaba y los alemanes se habían hecho fuertes en las regiones occidentales rusas, las más industrializadas, llegando hasta los campos petrolíferos de Azerbaiyán.

En las elecciones celebradas para la Asamblea Constituyente el 12 de noviembre de 1917, el Partido Social-Revolucionario obtuvo el 37,3% de los votos, mientras que los bolcheviques obtuvieron sólo el 23,7%[88]. En escaños, esto significó que los eseristas se hicieron con 308 de los 708 escaños de la Asamblea, por 168 para los bolcheviques. Esta diferencia se

relativiza si tenemos en cuenta que los bolcheviques contaron con apoyos masivos en grandes ciudades y dentro del Ejército, mientras que los social-revolucionarios se acababan de dividir, y su sector más radical (39 escaños) colaboraría con los bolcheviques a lo largo del año[89].

La Asamblea se reunió el 18 de enero de 1918 y eligió como presidente a Viktor Chernov, un antiguo luchador social-revolucionario que durante el régimen zarista había estado preso en varias ocasiones, y también en el destierro y en el exilio –al que acabaría volviendo por culpa de los bolcheviques–. La Asamblea aprobó el reparto de la tierra, proclamó a Rusia como una república federal y democrática y rechazó las exigencias extremistas de disolverse para «construir el socialismo».

Los bolcheviques, al comprobar que no habían obtenido el poder por las urnas, decidieron entonces disolver la Asamblea: el 19 de enero, apenas al día siguiente de haber comenzado su labor, fusileros letones bolcheviques y algunos marineros anarquistas amenazaron a los diputados y los expulsaron. Ese mismo día, un decreto bolchevique clausuraba oficialmente la Asamblea. Una manifestación pacífica de apoyo para su reapertura fue disuelta a disparos por los soldados; murieron más de veinte personas.

La correlación entre las elecciones y la Guerra Civil está clara; en palabras de Oliver H. Radkey, «el bolchevismo era fuerte, pero no lo suficientemente como para gobernar por medios distintos a los dictatoriales»[90]. Esto abría el camino al conflicto civil. De hecho, si se observa el mapa electoral, las zonas que ofrecieron menor apoyo a los bolcheviques fueron donde luego los Ejércitos Blancos y los antibolcheviques se harían más fuertes. En las fronteras de Rusia, en los bordes del Imperio, fracciones del Ejército dirigidas por antiguos oficiales zaristas se preparaban para embarcarse en una lucha contra lo que consideraban un caos. Aquellos que en su momento habían abandonado al zar –o al menos no se habían resistido a su caída– alzaban ahora la bandera de la monarquía y soñaban con recuperar el antiguo orden.

Y había otro factor. Tres días después de las elecciones a la Constituyente, el 15 de noviembre, se había aprobado otro decreto del Gobierno bolchevique: la Declaración de los Derechos de los Pueblos Trabajadores y Explotados, que proclamaba el derecho de los diferentes

pueblos del antiguo Imperio ruso a la autodeterminación, incluida la opción de la secesión y la independencia. El verdadero objetivo de este decreto –que repetía reclamaciones hechas por mencheviques y otros socialistas– era obtener el apoyo de las nacionalidades no rusas para debilitar a sus contrarios; así, una parte muy importante de los votos de la Asamblea, en especial en Ucrania, habían ido a parar a partidos nacionalistas. E incluso allí donde los mencheviques habían tenido alguna fuerza, en especial en Georgia, era porque se los identificaba con un socialismo nacional. Los nacionalistas se preparaban para aprovecharse de la debilidad del Gobierno.

Tampoco desde las filas revolucionarias les iban a resultar las cosas fáciles a los golpistas bolcheviques. Los otros partidos revolucionarios comenzaron de inmediato a organizarse contra ellos. La misma noche del golpe se formó un Comité de Defensa de la Patria y la Revolución, que al día siguiente empezó a agitar las calles contra la ilegalidad de la toma del poder por los bolcheviques. La organización inició el 29 de octubre una revuelta armada en Petrogrado que fue rápidamente aplastada. Este Comité fue más tarde el germen de varios gobiernos revolucionarios antibolcheviques, e incluso alguno de sus miembros (como el socialista Nikolai Chaikovski) participaría en las negociaciones del tratado de Versalles como «parte rusa». La violencia con que se había disuelto la Asamblea Constituyente era prueba suficiente para los socialistas de las intenciones de los bolcheviques. Zenzinov, el social-revolucionario, escribía:

> ¿Qué debería hacer la democracia ante la perspectiva del golpe de Estado perpetrado? ¿Qué deberían hacer todos los partidos revolucionarios? Por supuesto, una cosa: resistir a la violencia con las armas en la mano[91].

Esta no fue, sin embargo, la posición de la mayoría de los mencheviques y de los social-revolucionarios. Por lo general, los partidos desecharon la resistencia armada frente a los bolcheviques y optaron por el papel de una «oposición legal» a través de la agitación y la prensa. Esto no funcionó: los bolcheviques comenzaron persiguiendo y prohibiendo los órganos de prensa de los kadetes y de otros partidos liberales, continuando luego con la prohibición de los propios partidos y la persecución de sus militantes; con

el tiempo fueron aplicando la misma política a los mencheviques y a los social-revolucionarios. El citado Zenzinov explica cómo

> ahora estábamos contra los bolcheviques, en diferentes lados de las barricadas, y no era culpa nuestra. Es necesario recordar lo que habían sido hasta entonces nuestras relaciones con los bolcheviques para entender lo que esto significaba. Cada uno de nosotros, en su larga actividad revolucionaria durante los años de lucha contra la autocracia, se había encontrado en las prisiones zaristas y en el exilio a los bolcheviques. Muchos estaban conectados con ellos por lazos de estrecha amistad personal[92].

En marzo de 1918 los bolcheviques adoptaron el nombre de «comunistas», en referencia a la vieja tradición procedente de la Revolución francesa y que pasaba por el *Manifiesto comunista* de Karl Marx. De este modo, ocuparon un espacio simbólico e ideológico que, hasta entonces, había pertenecido a muy diferentes movimientos y partidos. En las elecciones a los sóviets locales celebradas en mayo y junio de 1918, los mencheviques ganaron en muchos lugares. La clase obrera de las ciudades, que había otorgado brevemente su apoyo a los bolcheviques, parecía volverles la espalda ante el desastre económico y el comienzo de la represión.

En junio, como una medida económica pero a la vez punitiva, se introdujo la política del «comunismo de guerra». El fracaso de esta política fue inmediato y la economía se hundió aún más. La población de las grandes ciudades disminuyó drásticamente porque la gente huía al campo para poder alimentarse. Las cifras son aterradoras: Moscú perdió cerca de la mitad de su población y Petrogrado aún más. Muchos de los que se iban eran obreros, lo que hacía que la industria no encontrara mano de obra. La malnutrición se había generalizado.

El 3 de marzo de 1918 los bolcheviques firmaron con Alemania la paz en Brest-Litovsk. Era un fracaso de su política de «ni paz, ni guerra». Representaba simplemente el abandono de la guerra por parte de Rusia bajo condiciones muy onerosas; muchos lo entendieron como un acuerdo para que el Gobierno de Lenin pudiera sobrevivir. Según el tratado de paz, Rusia debía pagar extensas reparaciones a las Potencias Centrales, principalmente a Alemania: 300 millones de rublos de oro; se obligaba también a establecer relaciones comerciales con el Reich y a reconocer la independencia de

Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Georgia, Polonia y Ucrania. Los territorios perdidos suponían aproximadamente una cuarta parte del territorio ruso de 1914 e incluían a alrededor de un tercio de la población total, eso sí, en su mayoría no étnicamente rusa. La votación posterior en el Sóviet fue ganada por los bolcheviques gracias a una evidente manipulación que la prensa –todavía libre– denunció.

El tratado impulsó la intervención militar extranjera. Algunos de los invasores tenían la intención de restaurar el frente oriental contra Alemania y hacer que Rusia –con un gobierno distinto– continuara la guerra; otros, por motivos ideológicos, estaban decididos a aplastar al bolchevismo; por fin, algunos deseaban ocupar territorios de una Rusia debilitada o, como en el caso de los Estados Unidos, evitar que otros (Japón) se hicieran con ellos.

Lo cierto es que la intervención de los aliados fue motivada sobre todo por la marcha de la guerra: después de Brest-Litovsk, los alemanes tenían las manos libres en el Este, por lo que transfirieron unos 500.000 soldados al frente occidental. También estaban empeñados los invasores en impedir que los enormes suministros de guerra almacenados en los tres grandes puertos del Este –Murmansk, Arcángel y Vladivostok– cayeran en manos alemanas. Aparte de la presencia de tropas aliadas en estos tres puertos, hubo fuerzas navales francesas en el mar Negro, que, sin embargo, se amotinaron en 1919 y fueron retiradas en la primavera de ese año; los británicos enviaron también algunas tropas a Georgia para apoyar el Gobierno independentista menchevique, y hubo un acuerdo diplomático entre los gobiernos aliados para dividir el suroeste de Rusia en esferas de influencia: los campos de petróleo de Bakú serían para los británicos, y las minas de hierro y otros intereses en Ucrania para los franceses.

Fue la amenaza que suponía la intervención extranjera la que condujo al asesinato del zar y su familia. El conflicto entre el Sóviet y el Gobierno provisional sobre lo que debía hacerse con el dimitido zar se había zanjado mediante un consenso. Mientras el Gobierno quería enviarlo al extranjero, y había buscado incluso algún país que se ofreciera a albergarlo a él y su familia –la España de Alfonso XIII parecía dispuesta–,[93]el Sóviet quería que fuera juzgado como criminal, sobre todo para evitar que se convirtiera en el exilio en el núcleo de una posible contrarrevolución. Se dispuso al

final que fuera mantenido bajo arresto domiciliario, pero sin ser juzgado, en Tsarstkoie Tselo. El Gobierno bolchevique lo mandó trasladar a Ekaterinburgo, donde, el 17 de julio de 1918, ante el avance de los Ejércitos Blancos, el sóviet local – con probable aquiescencia de Moscú– decidió fusilar a toda la familia.

Ante la revuelta de socialistas y demócratas contra el golpe bolchevique, la perspectiva de una contrarrevolución monárquica y la posibilidad de una intervención extranjera, se encomendó a León Trotsky la creación de un Ejército que defendiera al régimen bolchevique. Trotsky demostró ser un genio para la organización militar, y en pocos meses logró crear un Ejército lo suficientemente eficaz como para enfrentarse a sus enemigos. Alcanzó este resultado mediante el establecimiento de una férrea disciplina que incluía el recurso a la pena de muerte (abolida sólo unos meses antes, gracias, entre otros, a la iniciativa bolchevique), la conscripción obligatoria de obreros y campesinos, la anulación de las elecciones de oficiales (otra medida que había contado con el apoyo bolchevique) y la introducción de medidas punitivas extremas contra desertores o contra unidades que mostraran poco arrojo (incluyendo el fusilamiento a uno de cada diez soldados en casos de este tipo). Trotsky fue también el impulsor del sistema de «comisarios» –una herencia de Kerenski–, que eran los responsables de velar por el mantenimiento de la ortodoxia política en el nuevo Ejército.

Hubo muy diversas formaciones militares combatiendo a los bolcheviques. La primera se estableció en la cuenca del Don, la zona de los cosacos, en el sur de Rusia; se había constituido a partir de la caballería cosaca al mando del general Alexei M. Kaledin. Kaledin, que había sido remiso a reconocer la Revolución de Febrero, fue nombrado *atamán* («jefe») por los cosacos; tras el golpe de Octubre, decidió que el regimiento cosaco bajo su mando no aceptaría el Gobierno bolchevique. Combatió a Lenin y los suyos hasta febrero, cuando, derrotado, se suicidó. A partir de entonces, el ejército cosaco fue conducido un tiempo por el general Mijaíl Alexeyev, el comandante del Estado Mayor que había recomendado a Nicolás II su abdicación y que había sido el encargado por el Gobierno provisional de detener a Kornilov. Alexeyev formó una Organización de Oficiales que fue el germen del llamado Ejército de Voluntarios. El propio

Kornilov acabó por unirse a él, pese a que nunca le perdonó la detención. Pero ambos murieron a finales de 1918, con lo que el mando pasó al general Antón Denikin.

Denikin consiguió una cierta financiación de Francia y Gran Bretaña, y gracias a los suministros comprados, logró llegar hasta Orel, unos 450 kilómetros al sur de Moscú, pero fue derrotado en octubre de 1919. La acción política de Denikin fue abiertamente contrarrevolucionaria, restaurando la propiedad de los grandes terratenientes y no reconociendo la independencia ni de Ucrania ni de Polonia, lo que le hizo perder apoyos sobre el terreno. Le sucedió en el mando del Ejército de Voluntarios el general Piotr N. Wrangel. Su política fue mucho más liberal, lo que le granjeó apoyos que le permitieron combatir tenazmente a los bolcheviques. Su Gobierno fue reconocido por Francia en agosto de 1920, pero el final de la guerra entre Polonia y la Rusia soviética en octubre acabó con sus esperanzas. Wrangel evacuó las tropas por Crimea hasta Turquía, donde se instalaría una nutrida colonia de exiliados.

Otro de los ejércitos que lucharon contra los bolcheviques se formó en Siberia y lo dirigió el almirante Alexander Kolchak. Con apoyo británico, Kolchak, que estaba en Japón, se dirigió a Siberia, hasta alcanzar la ciudad de Omsk el 13 de octubre de 1918. Allí formó parte del Directorio que se había creado en el mes de junio en la ciudad de Ufá, y en el que participaban los social-revolucionarios y los liberales. Apenas un mes después de su llegada, un golpe de mano de un grupo de oficiales derrocó al Directorio y proclamó una dictadura de la que se hizo cargo el propio Kolchak. Su mando fue reconocido por diversos comandantes blancos y por los aliados, por lo que recibió considerable apoyo económico: a principios de 1919 contaba con más de 120.000 hombres. Kolchak estaba sometido formalmente al comandante japonés de la ciudad de Vladivostok, en el Pacífico, en el extremo oriental del país, que estaba controlada por los japoneses desde abril de 1918; a ellos se unieron en julio los aliados.

Durante un tiempo su suerte se entremezcló con la de la Legión Checoslovaca, una formación de desertores y antiguos prisioneros de guerra checos con los que Thomas G. Masaryk, líder del movimiento nacional checo, había formado una brigada especial que, en 1917, contaba con unos

45.000 hombres. La idea de Masaryk era que la Legión se uniera a la lucha contra las Potencias Centrales para poder presionar, una vez acabada la guerra, por la independencia del país. Tras el hundimiento del frente oriental, la Legión Checoslovaca intentó llegar a Vladivostok para ser evacuada, pero el intento de los bolcheviques de desarmarla y los choques con las fuerzas blancas la convirtieron en un factor extraño en el conflicto. En junio de 1918, los checos se habían hecho con el control de varias ciudades de la zona, desde Penza, en el centro-sur de Rusia, hasta Samara, en el Volga, y Tomsk, en Siberia. A lo largo de diversas campañas la Legión combatió a los bolcheviques, aunque acabó por abandonar a los Ejércitos Blancos a su suerte, contribuyendo a su derrota. La Legión Checoslovaca había derrocado al Sóviet de Vladivostok y, durante un tiempo, se ocupó de proteger la ruta del Transiberiano. El propio Gobierno francés, sorprendido por lo fácil que le había resultado a la Legión hacerse con un territorio tan extenso, se sintió impelido a impulsar la intervención de sus tropas.

Un ejemplo de lo que supuso la Guerra Civil es la peripecia del príncipe Georgi Lvov, a quien hemos visto como ministro presidente en el Gobierno provisional. Después de Octubre, en el invierno de 1918, Lvov fue detenido por los bolcheviques y trasladado a Ekaterinburgo. Al cabo de tres meses fue puesto en libertad bajo fianza, e inmediatamente huyó a Omsk. Esta ciudad estaba ocupada por la Legión Checoslovaca, como se ha visto, uno de los ejércitos extranjeros que estaban interviniendo en la contienda. Cuando se fundó en Omsk el Gobierno provisional de Siberia, Lvov fue encargado de pedir ayuda en los Estados Unidos. Pero ya era demasiado tarde. Tras el fracaso, emigró a Francia, donde encabezó el movimiento político ruso en la capital francesa. Con los fondos de la organización de *zemstvos* –que habían sido sacados de Rusia– promovió el apoyo económico a los exiliados a través de subsidios y becas. Cuando a partir de 1920 se retiró de la actividad política, continuó viviendo en París, sumido en la pobreza.

La aparición de los japoneses en Siberia Oriental llevó a los estadounidenses a intervenir para evitar que aquéllos asentaran su control sobre el territorio continental ruso; para ello apoyaron al *atamán* cosaco Grigori Semionov, que era independiente de los ejércitos de Kolchak. La

ofensiva de abril de 1919 que lanzaron las tropas de Kolchak junto con otros Ejércitos Blancos en el norte, este y sur resultó un fracaso. Escasamente coordinados, no fueron capaces de destruir al ya potente Ejército Rojo, que se había hecho con el control de las comunicaciones. La derrota también le llegó al Ejército del general Yudenich, que, desde el noroeste, consiguió llegar hasta Petrogrado, pero fracasó en su intento de conquistar la ciudad. Kolchak evacuó sus tropas hacia Siberia, pero las duras condiciones llevaron a parte de ellas a amotinarse y a detenerlo. Entregado a la Legión Checoslovaca y a su comandante francés, éstos a su vez se lo entregaron a los bolcheviques en Irkutsk. Temiendo que fuera liberado por los blancos, fue fusilado en febrero de 1920.

Por su parte, los gobiernos intervencionistas estaban sometidos a grandes presiones. Una vez terminada la guerra mundial, lo último que la opinión pública quería era que siguiera habiendo conflicto, y exigía la vuelta de las tropas. Si a finales de 1918 había más de 200.000 soldados interviniendo en el país, en 1921 habían desaparecido casi por completo. Tampoco los partidos socialistas en las democracias europeas veían a los bolcheviques, en un principio, como a enemigos: el experimento bolchevique parecía representar la victoria del movimiento socialista. Todo ello, unido a la incapacidad de los blancos para superar su división y su derrota final, supuso que la Guerra Civil rusa se saldara con la victoria del régimen de Lenin.

La guerra había durado aproximadamente tres años y costó al país unas 800.000 vidas. Las epidemias que la acompañaron y el hambre que la continuó se cobraron, según algunos estudios, entre 5 y 10 millones de muertos[94]. Nikolai Antsiferov, el urbanista de San Petersburgo, contó en sus diarios:

> En la primavera de 1919 después de un invierno hambriento y frío, se extendió la disentería, afectando a niños y a adultos. El primero de julio murió nuestro primogénito Pablito. Destrozados por su muerte, incrédulos ante la posibilidad de tal desgracia, caminábamos tras de su ataúd. Lo enterramos al lado de la tumba de mi abuela, en el cementerio de Smolensk. Cuando volvimos a casa después del funeral, todavía con los sonidos de «Memoria eterna» en nuestros oídos, nos resultaba difícil entrar en la habitación del niño, donde todavía no hacía mucho había habido tanta alegría, que ni siquiera el hambre ni el frío habían conseguido destruir[95].

86. Viktor Chernov, *Velikaya russkaya revolyutsiia. Vospominaniia predsedateliia Uchreditel'nogo sobraniiia. 1905-1920*. Moscú, ZAO Tsentrpoligraf, 2007, p. 383.

87. Herr M., Erlebnisbericht aus Rußland 1914-1974 [Ukraine, 1917-1945.], p. 47. http://www.bkge.de/Projekte/Zeitzeugen-berichte/Ausgewaehlte-Berichte/Erlebnisbericht-aus-Russland1914-1974-Ukraine-1917-1945.php.

88. L. G. Protasov, *Vserossiyskoye Uchreditel'noye sobraniye: Istoriya rozhdeniya i gibeli.* Moscú, ROSSPEN, 1997.

89. Sheila Fitzpatrick, en Oliver H. Radkey, *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly*, 1917. Ithaca, Cornell Univ. Press 1990, p. X.

90. Radkey, *Russia Goes to the Polls*, p. 135.

91. Zenzinov, *Iz zhizni revoliutsionera*, pp. 94-95.

92. Zenzinov, *Iz zhizni revoliutsionera*, pp. 94-95.

93. Para la propuesta de España, puede verse la carta del embajador ruso en Madrid al Gobierno provisional: GARF, Fond 601, Op. 2, Delo 13, pp. 1-4.

94. Evan Mawdsley, *The Russian civil war*. Londres/Sydney/Wellington, 1987, pp. 285–9.

95. Nikolai Antsiferov, *Iz dum o bylom: vospominaniia*. Moscú, Fenix, 1992, p. 343.

13. La construcción política del nuevo Estado

Después de Octubre y a lo largo de los difíciles momentos de la Guerra Civil, los bolcheviques habían comenzado a crear el Estado soviético. «La patria socialista en peligro» que gritara Lenin desde las páginas del *Pravda* estaba comenzando a ser una realidad: ni los mismos bolcheviques tenían esperanzas serias de que su Revolución lograse perdurar. En la misma sesión del Segundo Congreso de los Sóviets que emitió los primeros decretos bolcheviques, Trotsky fue lo suficientemente sincero como para decir en voz alta que

> si Europa sigue siendo una poderosa sociedad capitalista, la Rusia revolucionaria será aplastada inevitablemente. O bien la Revolución rusa conduce a una revolución en Europa, o bien los poderosos países supervivientes de Occidente nos aplastarán[96].

De ahí la ansiedad porque llegara una revolución mundial. Es posible que, en su interior, Trotski o Lenin se imaginaran a sí mismos de nuevo en el exilio, como después de la Revolución de 1905: revolucionarios ya entrados en años que cumplirían, en algún país europeo o americano, una función similar a la del eslavófilo decimonónico Alexander Herzen, esperando eternamente una nueva oportunidad para regresar. Es quizás esta creencia la que les llevó a utilizar todos los instrumentos posibles para asentar lo poco que tenían: por un lado, el instrumento del terror, la policía, el Ejército, la propia Comisión Extraordinaria de Lucha contra la Especulación y el Sabotaje –la temible Cheka, la policía política creada ya el 7 de diciembre–. Y por otro lado, los vestigios del Estado anterior, tanto del Estado zarista como del Gobierno provisional: buena parte de la burocracia de los niveles regionales y locales o la propia milicia del Gobierno provisional, a la que tan sólo se le había cambiado el nombre[97].

No menos importante fue la activa construcción de nuevas realidades: la recapitulación y engarce en el aparato del Estado de las instituciones

creadas por el movimiento revolucionario, el desarrollo de estas nuevas instituciones de acuerdo con la teoría que guiaba la acción bolchevique y el contraste de estas formulaciones con la marcha de la guerra. El Estado que estaban formando los bolcheviques se hallaba fuertemente influido por un componente militar, producto a la vez de la lucha revolucionaria en la clandestinidad, de la violencia vista y sentida en la guerra mundial, de la posterior Guerra Civil, pero también –y muy especialmente– del peso de los militares en el golpe de Octubre. Esto concedió a ese Estado un aspecto cuartelero y jerárquico que, reforzado durante la Segunda Guerra Mundial, terminaría por convertirse en seña de identidad del comunismo. El militarismo, los uniformes, los desfiles militares, las imaginaciones bélicas, las medallas y órdenes militares, los escalafones, se constituyeron en el centro de un Estado que, autodenominándose «socialista», fue una de las primeras dictaduras estrictamente militares del siglo xx.

Esta acción de Estado fue concretando su camino a partir de las opciones múltiples y variadas que le ofrecían las pujantes culturas prerrevolucionarias y las novedades surgidas de la espita abierta por la Revolución. Hubo un momento para el pluralismo. Dentro de los propios bolcheviques, personajes como Zinoviev, Kamenev y Rykov, pero también un número importante de comisarios, reclamaron una coalición con mencheviques y social-revolucionarios[98]. Acostumbrados a la libertad de Febrero, Octubre no se podía conciliar con su idea de la democracia. No obstante, Lenin insistió, y la coalición no se llevó a cabo, aunque permitiera luego la inclusión de algunos social-revolucionarios de izquierdas en el Gobierno. La eliminación de la oposición exterior al Partido, las confrontaciones en el seno del propio Partido y el surgimiento de una «línea general» –que, si bien a menudo irresoluta y veleidosa, se convirtió en ineludible en el futuro cercano– conformaron un contexto político uniformizador.

El hecho crucial que puso las bases para una cierta homogenización social, y por tanto, cultural, en el extenso territorio soviético fue el nacimiento del estalinismo, entendido éste no como sistema político sino en sus aspectos económicos y sociales. 1929 fue «el año del gran cambio», el comienzo de los planes quinquenales y el tormentoso desarrollo de los años

treinta que empujaron a la Rusia prenacional –a los millones de campesinos– a los brazos de la vida contemporánea. El paso de «campesinos» a «soviéticos» se produjo gracias –o por desgracia, como se prefiera– al desarrollo impulsado por el estalinismo. Aún más: ese paso se llevó a cabo en la forma concreta que propició una estructura simbólica, pero a la vez real, del sistema federalista soviético; esto es, la nueva nación construida no era sólo patria de «soviéticos», sino algo más: lo era también de soviéticos «rusos» o «armenios» o «georgianos» o «kazajos» La importancia de este aspecto no puede olvidarse, especialmente si lo contemplamos a la luz de acontecimientos posteriores.

Es aquí donde podemos comenzar a valorar la nueva sociedad que se crea: se trata de una civilización que se produce en un contexto *nacional*, con unos contenidos culturales de fuerte tradición *socialista*, con una forma política de tradición *democrática* (aunque ya no liberal ni parlamentaria) y con una participación política limitada a un único camino, el Partido. Puede resultar paradójico y hasta hiriente resaltar la *forma* democrática del Estado Soviético, pero el análisis de dicho Estado no estará completo si no se tiene en cuenta que, en realidad, los bolcheviques querían construir el «Estado más democrático del mundo», no el «más opresivo».

Esta en apariencia nimia distinción de términos nos sitúa en algo que por lo general se olvida: la tradición de la que procede el Estado soviético es la del «democratismo occidental», no el «despotismo oriental», aunque también esto es un aspecto a considerar. A la altura de 1918 –primera Constitución de la RSFSR (República Socialista Federativa Soviética Rusa)–, buena parte de las democracias parlamentarias occidentales carecían aún de sufragio general femenino, y el sufragio censitario no estaba tan lejano en el tiempo. En este contexto, el hecho de que el país de los sóviets instaurase un sufragio censitario invertido –anulación del derecho al voto de los «explotadores»– no parece algo tan antinatural. Las expropiaciones, nacionalizaciones y los repartos de tierra fueron, por otro lado, sentidos y percibidos como avances en la democratización, no como un retorno a la autocracia zarista. Pero no olvidemos que esto terminó de forma abrupta en 1929 –aunque el «comunismo de guerra» ya había mostrado la implacable voluntad bolchevique de imponer por la violencia

sus concepciones–. De todos modos, no se puede hacer teleología: hasta Stalin, fue el Sóviet –controlado por los bolcheviques, pero con un funcionamiento discursivo y pseudoparlamentario– quien marcaba la política. Se tardó algún tiempo en crear el partido-Estado[99].

La transformación que del mensaje de la socialdemocracia europea llevó a cabo Lenin se basó en la tesis de Marx y Engels de que el Estado, y con él el Derecho, son producto de la sociedad de clases; de esto se derivaba que tanto Estado como Derecho son reflejos de la sociedad en que se desarrollan. Dado que el papel decisivo en la estructuración de la sociedad, según Marx, era la base económica –que produce la superestructura social, cultural y jurídica–, esto implicaba que la clase políticamente dominante era también la clase económicamente dominante. Con ello, el entramado jurídico del Estado expresaría los intereses de la clase que, en esas circunstancias históricas, es la clase poseedora. Utilizando este análisis desarrollaría Lenin su propia teoría, que, en realidad, estaba ligada a una comprensión del marxismo que hace mayor hincapié en el voluntarismo y en la acción política –revolucionaria– que en la inevitabilidad de las transformaciones socioeconómicas.

De este modo, una vez que la minoría revolucionaria ha tomado el poder político del Estado, esta minoría –que en la visión leninista es la parte consciente del proletariado y, por ello, su voz y su brazo– puede elaborar su normativa legal con absoluta independencia de cualquier tradición jurídica o consideración ética y moral. Porque si el Estado y su Derecho son expresión e instrumento de la clase dominante, en el momento en que el proletariado llega a ser la clase dominante –aunque sólo sea políticamente–, este posee la libertad absoluta de utilizar los mecanismos del Estado para la instauración de una sociedad siguiendo los principios que han guiado la Revolución. Lenin carecía por completo del respeto al Derecho y al imperio de la ley propio de los liberales. El historiador de las ideas Andrzej Walicki fundamenta la deriva leninista en las influencias que sobre el líder bolchevique ejercieron los anarcopopulistas, el babeufismo igualitarista y, como no, el jacobinismo centralista[100].

Como vemos, la ambigüedad de la llamada marxista a la acción política –al tiempo que su reconocimiento de la historia como un proceso que tiene

unas leyes y unos desarrollos que son cognoscibles– deviene en Lenin en el uso de la acción como instrumento transformador de la sociedad para adecuarla a las leyes de la historia. Todo esto, muy fin de siglo, será el ambiente que respiren también las vanguardias rusas. Pero el caso es que, a ciencia cierta, Lenin «deformó» a Marx: elaboró su propia lectura de un pensamiento, por otro lado lo suficientemente contradictorio o ambiguo como para permitirlo. Así, lo que en el alemán se definía como análisis de procesos históricos se convirtió en Lenin en voluntad de cambiar esos procesos –aunque fuera con la excusa de su inevitabilidad histórica–. Será esta concepción de la arbitrariedad y del carácter instrumental de la ley lo que haga depender al Derecho soviético de la situación política e incluso social existente. En buena parte el terror de los años treinta se ha explicado como una revuelta desde abajo.

La semilla de esta concepción del socialismo que resultó vencedora se halla en los años posteriores a Octubre. Los modelos teóricos de desarrollo del poder bolchevique consistían esencialmente en, por un lado, el modelo de la Comuna francesa –que había sido llamado por Engels «la dictadura del proletariado»–, y por otro, un segundo modelo que tiene su origen y explicación en el trabajo teórico de entresiglos sobre «el imperialismo como última etapa del capitalismo», desarrollado entre otros por Bujarin y Lenin. Se trata del Estado proletario, que surge tras la apropiación de los instrumentos del Estado burgués altamente desarrollado.

Del primer modelo, el modelo teórico de la Comuna, informa a su vez otra obra de Lenin, *El Estado y la Revolución*, sorprendente reconsideración de su actitud hacia la toma del poder que parece más bien un intento de dar sentido a instituciones, proyectos, deseos y aspiraciones creados y desatados por la Revolución popular de Febrero. El estallido de la Guerra Civil y la incapacidad bolchevique para gestionar la democracia de contenido social que Octubre podría haber sido devolvió a Lenin a sus concepciones primeras. La Revolución debía aprovechar los resortes del Estado burgués para construir su propio Estado. Centralización, disciplina, Ejército, se convirtieron entonces en palabras claves. Según Lewis Siegelbaum,

> el giro desde el ideal de la comuna a la idea de la dictadura proletaria se completó esencialmente hacia la última mitad de 1919. Desde entonces la dictadura constituyó el principio central del poder soviético[101].

Quizá pensaban los bolcheviques que podían utilizar los métodos draconianos usados durante la Guerra Civil para construir el socialismo y que, pese a la inexistencia de la revolución en Occidente y a los problemas mostrados por su manejo de la economía durante la contienda, sus éxitos en el campo de batalla podían ser transplantados al «frente económico», a la vida civil. Durante la etapa final de la guerra, los bolcheviques se convencieron a sí mismos de que estaban en el camino correcto, de que poseían la capacidad para doblegar al campesinado e interesarlo, haciéndolo así partícipe de la tarea de construcción del nuevo Estado.

De esta forma, como un Estado de tipo proletarizante, nacionalista, socialista, democrático –populista– y militar, empezó a surgir en el imaginario de los bolcheviques el proceso de su Revolución en los momentos que suceden a la Guerra Civil. Esta imagen habría de determinar su acción de Estado, que, como todas, tendería a homogeneizar lo máximo posible el territorio bajo su hegemonía. No sólo el territorio físico de la naciente URSS, también el territorio mental de sus habitantes, e incluso de los habitantes del extenso país del socialismo internacional y el movimiento obrero. La formación de la Tercera Internacional y su desarrollo posterior muestra claramente el deseo de hegemonía ideológica bolchevique y su imposición de la visión leninista del socialismo sobre el resto de opciones posibles.

La diferencia de la acción del Estado bolchevique con las de los Estados nacional-liberales es que el bolchevique era un Estado voluntariamente excepcional, cuya acción debía conducir a su autodestrucción, o mejor, a su inmersión y disolución en una realidad futura, un lugar y un tiempo donde se cumpliría el fin de la historia. De ahí que el Estado estuviera legitimado para todo, incluyendo decidir la forma que la economía «socialista» debía adoptar y el tipo de cultura que debía conformar la «cultura socialista», sobre qué bases formularla y hacia dónde debía dirigirse. Comenzó pues, de manera implícita o explícita, la selección de rasgos de la cultura del nuevo

Estado y de la nueva sociedad, y la transformación de la arruinada economía capitalista rusa en una nueva economía socialista.

---

96. Sukhanov, *Russian Revolution*, vol II, p. 664.

97. Lewis W. Siegelbaum, *Soviet State and Society between Revolutions (1918-1929).* Cambridge, CUP, 1992*, pp. 1*2 y ss.

98. Adam B. Ulam, *The Bolsheviks: The Intellectual and Political History of the Triumph of Communism in Russia*. Nueva York, Macmillan, 1965, pp. 384 y ss.

99. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power: The First Year of Sóviet Rule in Petrograd.* Bloomington, Indiana University Press, 2007.

100. Andrzej Walicki, *Marksizm i skok do królestwa wolno´sci. Dzieje komunistycznej utopii*. Varsovia, Wydawnictwo Naukowe PWN, 1996, pp. 328 y ss..

101. Siegelbaum, *Soviet State and Society*, p. 11.

14. La construcción económica del nuevo régimen

Trotsky, en un análisis sobre la Revolución de 1905 escrito en la cárcel al año siguiente, mientras estaba esperando juicio, afirmaba:

> La Rusia urbana era una base demasiado estrecha para la lucha. El Sóviet había intentado extender la lucha a escala nacional, pero continuó siendo sobre todo una institución de Petrogrado. No hay duda de que en la próxima revolución se formarán tales comités por todo el país. Un congreso pan-ruso de sóviets asumirá el liderazgo. La historia no se repite. El nuevo Sóviet no tendrá que pasar por las experiencias de estos cincuenta días de nuevo. De estos cincuenta días será capaz de deducir su completo programa de acción: la cooperación revolucionaria con el Ejército, el campesinado y las partes plebeyas de las clases medias; la abolición del absolutismo; la destrucción de la máquina militar del absolutismo; en parte la desbandada del Ejército y en parte su conquista; las ocho horas diarias; el armar al pueblo, sobre todo a los obreros; la transformación de los sóviets en órganos de autogobierno urbano revolucionario; la formación de sóviets de campesinos para que se hagan cargo de la revolución agraria en el campo; elecciones para una asamblea constituyente[102].

Este fue, en esencia, el esquema de trabajo, el plan que los bolcheviques desarrollaron ambiguamente y sin convicción, y que culminó en Octubre. A partir de ahí, el programa era difícil de seguir; no había pautas, no había hoja de ruta. El golpe de Estado bolchevique había tenido éxito y la Revolución rusa de Febrero fue desdibujada, desmembrada y subsumida en lo que a partir de entonces sería conocido como la Revolución de Octubre, o la Revolución rusa, sin más. Pero mientras que Febrero había sido una revolución popular contra la autocracia zarista, contra la guerra europea y en pos de la instauración de una democracia parlamentaria, Octubre fue todo lo contrario. Se trató de un movimiento contra un primer ministro socialista del Gobierno provisional, contra una democracia parlamentaria incipiente y a favor de un Gobierno autoritario apoyado en grupos armados de soldados y milicias obreras. Una minoría organizada en unas asambleas arbitrariamente elegidas y dirigida por un líder de prestigio, Vladimir Ulianov, comenzó a construir la armadura de un régimen nuevo.

Los bolcheviques no tenían en general experiencia de gobierno. Algunos de ellos habían sido miembros de la Duma zarista, pero poco más. El mismo Lenin era un simple conspirador que vivía del periodismo y de las donaciones, y que había pasado muchos años en el exilio. Su conocimiento de lo que era dirigir un país se resumía en las cuartillas de su escrito utópico *El Estado y la Revolución.* Un examen parcial de los primeros trabajos del Consejo de Comisarios –el órgano bolchevique de gobierno– nos muestra su incapacidad para comprender la tarea que tenía entre manos. La dirección de la Revolución no la iban a llevar sus decisiones, sino el decurso de la Guerra Civil que iba a estallar de inmediato. La férrea convicción –la esperanza ciega– de muchos bolcheviques de que forzosamente iba a estallar la revolución en Alemania tenía entre otras cosas su origen en el miedo a lo desconocido: los dirigentes bolcheviques dudaban de ser capaces de mantener la Revolución y de guiarla ellos solos. Sin una transformación global, sentían, jamás habría socialismo en Rusia.

Pero cuando el Partido Bolchevique tomó las riendas del poder del Estado ruso en octubre no había nada decidido. Los bolcheviques y sus numerosos apoyos no pretendían un mero cambio de gobierno o de régimen, sino que poseían la ambición de construir todo un completo sistema de vida. Esta transformación tenía, por un lado, anhelos totales, y con ello, hasta cierto punto, expansionistas, pero por otro se enfrentaba a la realidad de un Estado –poder estatal– en ruinas y de una verdadera guerra por la hegemonía entre diversas tendencias, intereses, proyectos y fracciones. Los bolcheviques tenían en contra demasiados segmentos de oposición y resistencias como para no permitirse ser más o menos cautos a la hora de desarrollar su modelo. No se trataba tanto de resistencias de índole política (blancos, intervención militar extranjera, oposición política) como de la propia falta de colaboración de las muy diversas poblaciones del vasto territorio ruso, en su mayor parte campesinos de vida tradicional, para los que los planes y las acciones de los bolcheviques no eran más que intrusiones en la cotidianeidad de su existencia.

El nuevo modelo, sin embargo, debía seguir unas pautas y unos objetivos enraizados en el marxismo tal y como ellos lo entendían. El «comunismo de guerra» fue quizá la primera manifestación del deseo bolchevique de

inscribir en la historia algún tipo de modelo propio. Y esto al margen de las discusiones en torno a si este desarrollo constituyó un intento primordial e intencionado de comenzar a construir la futura sociedad socialista o de si se trató de una mera política de circunstancias dictada por las necesidades de la guerra revolucionaria[103]. Porque en cualquiera de los dos casos, el resultado sería el mismo, y la forma que dicha política tomó –en esencia utópica, esto es, orientada a un fin previsto del que se posee una imagen mental y ninguna experiencia física clara– no varió. También se podría considerar en forma sintética al «comunismo de guerra» como una respuesta a una situación dada a partir de (o en relación a) una base ideológica. Esto significaba que todo el grano se convertía en un monopolio del Gobierno; se constituyeron comités de campesinos pobres en los pueblos para hacer cumplir las exigencias gubernamentales mediante la requisa del grano, del que los miembros de dichos comités recibirían una parte. La política de «guerra de clases» que tan buen resultado les había dado a los bolcheviques en las ciudades se trasladaba a las aldeas. Luego, en noviembre de 1918, el Gobierno nacionalizó todo el comercio e intentó el establecimiento de una red de cooperativas de distribución. El movimiento cooperativo había sido bastante fuerte en Rusia, pero la escasez de bienes y el racionamiento estricto impulsado por los bolcheviques llevó a la desaparición virtual de la moneda y el crédito. Rusia retrocedió a una economía casi medieval en la que los bienes se conseguían por intercambio: hacia 1920 más del 90% de los sueldos se recibían en especie.

El fracaso de las medidas económicas de Lenin fue tan inmediato que los bolcheviques desecharon muchas de ellas –el control obrero, por ejemplo– e impusieron una organización económica de «ordeno y mando», con obligación de trabajar y medidas punitivas, lo cual sería luego repetido por el estalinismo, aunque en forma algo transformada y radicalizada. Pero tampoco sirvió de mucho: si tomamos las cifras de 1913 a 1921, vemos que la producción agrícola disminuyó en un 54%.

En definitiva: el «comunismo de guerra» fue la política económica desarrollada durante la Guerra Civil por los bolcheviques, caracterizada por la nacionalización, la centralización y la expropiación de bienes –especialmente agrarios– *manu militari* con el objetivo de mantener los

suministros de las ciudades y la buena marcha de la guerra[104]. Se pueden rastrear en este modelo los orígenes de la planificación «socialista», pero es cierto que se trataba en suma de imitar lo que los alemanes habían hecho durante la guerra mundial, algo que Lenin conocía muy bien y que ya había sido propuesto y exigido al Gobierno provisional, e incluso esbozado bajo el zarismo[105].

La inicial cautela de los bolcheviques, difícil de mantener durante una guerra, se expresó en las ambigüedades de su relación con el campesinado. Si para los urbanitas bolcheviques, siguiendo la imagen del influyente Maxim Gorki, el campesinado ruso representaba un estado humano solamente un poco por encima de lo bestial y al que había que regenerar mediante una revolución, por otro lado, la consigna de reparto de la tierra proclamada por los bolcheviques –con manifiesta intención oportunista– inmediatamente antes de Octubre y hasta un poco después pareciera hacernos creer en una reconciliación o un acercamiento a las posiciones populares campesinas. Los propios socialistas revolucionarios se burlaban de este «plagio» de Lenin. Como recuerda Sujanov,

> en ese momento, en octubre, todavía había prensa. ¡Y la reprimenda que Lenin tuvo que escuchar de los SR por este robo a plena luz del día! Los SR gritaban: «¡Un buen marxista, que nos ataca durante quince años desde las alturas de su grandeza por nuestra ignorancia pequeño-burguesa y luego ejecuta nuestro programa en el momento en que toma el poder!»[106].

Pero el hecho de que el arma principal del «comunismo de guerra» fueran las requisas a los campesinos ¿nos pondría frente al desarrollo de un modelo verdaderamente marxista?[107]. Parece muy difícil creer que la teoría del marxismo europeo –en principio destinada a desarrollarse en sociedades industrialmente adelantadas y ligada, en ámbitos de cultura cotidiana, a formas de vida de solidaridad de clase y de redención de la pobreza– constituyese el ingrediente básico para engendrar experiencias militaristas y punitivas del tipo que muestra el «comunismo de guerra».

Resulta bastante evidente que una cierta parte de las características del completo modelo soviético yacen en la experiencia traumática de su nacimiento: la Guerra Civil sucesora de una larga guerra mundial. Fue la Guerra Civil rusa una verdadera escuela para los dirigentes bolcheviques,

fuente de muchos de sus comportamientos posteriores. La economía cumplió una función militar indudable, y así, por ejemplo, a partir de 1920, el consejo militar presidido por Lenin, el STO (Sóviet de Trabajo y Defensa), se convirtió en el verdadero gabinete económico, por encima incluso del VSNJ (Sóviet Supremo de Economía Nacional), que era, desde finales de 1917, el primigenio organismo de planificación y, en teoría, el máximo órgano de la economía del país.

La liquidación de la política de «comunismo de guerra» y el establecimiento de la NEP (Nueva Política Económica) coincidió con la proclamación de la línea común en el interior del Partido y de su consideración legal como partido único. La Nueva Política Económica revirtió algunas de las peores formas del «comunismo de guerra», permitiendo unas libertades económicas cuasi capitalistas, aunque solo en algunos terrenos. Que la liberalización económica coincidiese con un reforzamiento de la disciplina política –hecho evidente después de la represión de la rebelión anarquista de los marineros de Kronstadt en mayo de 1921– nos podría llevar a pensar en un precedente del modelo chino de reformas: el Partido férreamente organizado que controla dictatorialmente el Estado y que, por ello, tiene capacidad para poder ensayar otros modelos distintos del que, anteriormente, les ha resultado fallido. Sin embargo, parece más sencillo considerar la NEP como una necesidad política y económica práctica, y la repugnancia al asumirla de muchos bolcheviques era evidente. Ante la constatación de unos resultados que en muchos sentidos se podían calificar de «positivos» –sobre todo si los comparamos con la situación de precariedad y hambre inmediatamente anterior y no con los objetivos declarados de los bolcheviques–, la NEP produjo los inevitables acomodos ideológicos de una parte de sus otrora reluctantes progenitores.

Esto muestra que se ha de evitar contemplar el estalinismo –y de hecho, el edificio todo de la dictadura bolchevique– como el resultado inevitable, teleológico, de los procesos iniciados en Octubre. Si no es posible negar multitud de antecedentes, precedentes e influencias, tampoco es posible negar la infinidad de posibilidades que existieron en todo momento.

102. Citado en Isaac Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879– 1921*. Oxford, OUP, p. 149

103. Bertrand M. Patenaude, «Peasants into Russians: The Utopian Essence of War Communism», en *The Russian Review*, vol. 54, octubre 1995, pp. 552-70 y Siegelbaum, *Soviet State and Society.*

104. Silvana Malle, *The Economic Organization of War Communism 1918-1921*. Cambridge, CUP, 2002.

105. Como ya habían visto críticos tempranos. Cf. Z. Lozinskii, *Ekonomicheskaia Politika Vremennogo Pravitelstva*. Leningrado, Priboi, 1929.

106. Sukhanov, *Russian Revolution*, p. 661.

107. Lars T. Lih, «Bolshevik *razverstka* and War Communism», en *Slavic Review*, 45:4 (1986): 673-688.

15. La construcción de una nueva cultura

Grigori Zinoviev, miembro del primer Politburó y líder de los bolcheviques de Petrogrado, apuntó en *Izvestia* que «por un extraño giro del destino nosotros estamos realizando el sueño de los eslavófilos de devolver la capitalidad a Moscú»[108]. El 26 de febrero de 1918 el Sovnarkom había tomado la decisión –en ese momento sólo temporal– de llevar el Gobierno a la antigua ciudad de los zares. El Cuarto Congreso Panruso de Sóviets aprobó la medida, también como algo temporal. Sin embargo, la decisión no fue ya nunca revisada.

En los primeros meses que siguieron a la mudanza a Moscú, los bolcheviques crearon los principales elementos de la imaginería del nuevo Estado: el escudo con la hoz y el martillo, símbolo evidente de la alianza obrero-campesina; la estrella roja –sin precedentes en la tradición socialista y que según algunos era un posible recuerdo de la novela bolchevique de Bogdanov titulada *Estrella Roja*–; la adopción de *La Internacional* como himno del Estado y del pabellón rojo como bandera. Y aunque a medias fortuito y a medias consciente, comenzó también la creación del mito de Lenin, el lazo de la solidaridad de los ciudadanos y los pueblos de la República, el modelo para los buenos comunistas y los buenos revolucionarios.

El problema del cambio y la continuidad en la Revolución, que ya era antiguo, se planteó en unos términos distintos desde sus albores. Este planteamiento en el terreno de la cultura provenía de un debate inmediatamente anterior a Febrero y anterior a Octubre. Porque relacionado con el fenómeno de las primeras vanguardias, los primeros «ismos», estuvo siempre el problema de encontrar un lugar adecuado para la cultura del pasado en la sociedad del futuro. Ante la perspectiva del desmesurado desarrollo técnico, económico y social del siglo XIX, cabían dos posiciones: la de considerar sobrepasado el arte anterior, y por tanto despreciarlo o

negarlo, y la de ver una continuidad natural entre el arte moderno y lo que las generaciones pasadas habían realizado.

El debate llevado a cabo sobre la destrucción de la cultura «tradicional» era en la Rusia del cambio de siglo tan importante porque se trataba de uno de los coletazos finales de un segmento social: la *intelligentsia* revolucionaria rusa. Esta *intelligentsia,* que en la década de 1870 constituía una, hasta cierto punto, coherente y autoconsciente minoría, había sido una de las fuentes de cultura más importantes en Rusia; de hecho, fue muy superior en importancia a lo que su número real podía hacer pensar. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, dicha *intelligentsia*, aún atada a conceptos de revolución anteriores –el populismo– y a una cultura que entendía la vida como un ascético camino hacia la salvación del pueblo, desarrollaba su actividad en una sociedad que había cambiado mucho, una sociedad que era infinitamente más plural y disociada de lo que su imagen del mundo les permitía ver. Y por eso, expresiones como «la llegada de los bárbaros» comenzaban a cobrar fuerza en el espíritu de una clase que había siempre creído, con firmeza, en el milenarista advenimiento de la catástrofe liberadora.

Ante este terror al futuro por parte de la *intelligentsia* se desarrollaban apuestas contrarias: ya que los bárbaros llegan, unámonos a ellos. Esta sería la base teórica de las acciones de los futuristas; esta sería la posición que la guerra mundial desataría y llevaría al extremo, y que prepararía el camino para las primeras realizaciones del arte soviético. Como Thomson ha descrito

> es posible que, en cualquier caso, estas ideas hubieran permanecido marginales a la historia de la cultura rusa de no haber sido por la Revolución bolchevique y la revisión que ésta llevó a cabo de todas las creencias tradicionales sobre sociedad, moral y arte[109].

Y es bien cierto que, de la noche a la mañana, lo que parecían lamentos de intelectuales o poemas de jóvenes ociosos se convirtieron en cuestión de debate para unas masas ansiosas de transformar la sociedad, una nueva sociedad a la que se le había quedado estrecha la vieja camisa del Estado y la cultura zaristas.

Pero para esta búsqueda las obras de Marx, que tan útiles parecían como arma revolucionaria, no ofrecían una clara respuesta. Marx se encontró siempre ligado a la cultura en su sentido amplio y tradicional, de modo que su posición había sido, en realidad, considerar al arte como un valor supremo que está fuera del tiempo, en aparente contradicción con sus teorías acerca de la infraestructura y la superestructura. Apoyándose en esto, Trotski, uno de los artífices del nuevo Estado, reclamaba la independencia del arte respecto al proceso revolucionario –aunque quizá no de los artistas–.

Los constructores del nuevo régimen, los bolcheviques, se sentían atados al viejo concepto de «alta cultura» propio de lo que ellos denominaban «cultura burguesa». La *intelligentsia* que apoyaba al régimen –o sobrevivía en él– y, con el paso del tiempo, una parte de las masas estaban por la labor de transformar la vida y, con ella, la cultura de cabo a rabo y con pocas excepciones. La masa campesina rusa se mantenía ajena a estas discusiones, aunque, con el rápido proceso de industrialización y de urbanización, y el consiguiente desarrollo cultural, vendrían a entrar en liza en el momento del estalinismo de preguerra, cuyas características culturales marcarían y condicionarían.

El mismo Lenin, amante también de la vieja cultura burguesa, contribuyó a afirmar un proceso paradójico, al darle escasa importancia a la cultura en el desarrollo y la construcción del socialismo. La posición de Lenin con respecto a la cultura era conservadora en cuanto a su forma, pero él mismo comprendía el valor de la creación de símbolos, de los valores simbólicos de los artefactos culturales y de los actos y acciones culturales. De ahí que, comprendiendo la necesidad de una ligazón social en un país que se encontraba sometido a tensiones centrífugas muy elevadas, decidiese conservar la cultura del pasado, aunque buena parte de ella apestase a burguesía, monarquía o religión.

En ese contexto se ha de entender la idea, al parecer inspirada en la obra de Tommaso Campanella, de desarrollar un urgente plan de educación revolucionaria a través de la decoración de las ciudades con placas de piedra que contuvieran inscripciones de principios fundamentales de la teoría marxista, así como estatuas o bajorrelieves de figuras de la historia

del socialismo, la Revolución y la cultura. Unos meses más tarde –Lenin, impaciente como de costumbre, había telegrafiado ya a Anatoli Lunacharski, comisario de Educación, insistiendo en ello–, de una de las columnas del pórtico del teatro Bolshoi colgaba un telón con un lema de Chernyshevski, mientras que en el edificio del Museo de Historia podían leerse palabras de Engels[110]. En la elección de los textos habían tomado parte tanto el comisario de Educación, Lunacharski, como el propio Lenin. Sin embargo, una queja: en esa época de vanguardismo, la elaboración del soporte –los elementos «decorativos» de las letras– había primado sobre el contenido, con lo que algunos de los mensajes resultaban casi ilegibles.

La materialización legislativa de este deseo de propaganda callejera, de educación de las masas, se encuentra en el famoso decreto que instaba a erigir monumentos provisionales a los héroes revolucionarios del 14 de abril de 1918 y que causó elevada polémica: lentamente desarrollado, las realizaciones finales recibieron duras críticas por su general falta de calidad artística, y finalmente desaparecieron a causa de la endeblez de los materiales. Sin embargo, la intención real de esta propuesta quedaba de manifiesto en el propio enunciado del decreto, el cual versaba «sobre la retirada de monumentos dedicados a la memoria de los zares y sus lacayos, y la elaboración de proyectos de monumentos de la Revolución Socialista Rusa».

La sustitución de la realidad zarista debía, pues, llevarse a cabo hasta (o mejor dicho, preferentemente) en el terreno simbólico. Ocupar la calle –facultad de los movimientos revolucionarios desde la Revolución francesa, el signo repetido de las manifestaciones, concentraciones, piquetes, barricadas y demás ocupaciones temporales del espacio urbano a cargo del movimiento obrero– debía convertirse ahora en una actividad permanente, habida cuenta de que el movimiento obrero se había apropiado del mismo Estado, y la calle era, pues, no sólo el espacio privilegiado de la revuelta y la lucha de clases, sino la propiedad adquirida por el proletariado tras habérsela expropiado al Capital.

De esta conciencia surgía un ansia lógica de escribir el espacio físico y asentar en él los símbolos del nuevo poder. El poeta revolucionario

Vladimir Maiakovski escribió por entonces: «Las calles son nuestros pinceles, las plazas nuestras paletas». Y también:

> Que se escriba la libre palabra de la personalidad creadora en las esquinas de los edificios, en las vallas, en los tejados, en las calles de nuestras ciudades y pueblos, en el capó de los automóviles, en toda clase de carruajes, en los tranvías, en los vestidos de todos los ciudadanos. Que las calles se conviertan en un triunfo del arte para todos.

La animadversión general de las vanguardias hacia las artes «museables» tradicionales, entendiéndolas como cerradas y elitistas, era terreno abonado para saltar a la calle, ocuparla y llenarla con sus formas y colores. Los manifiestos, las extravagancias, el deseo de sorprender al burgués, desconcertándolo, eran claros ejemplos de su voluntad de instituir la vida misma en arte, y de convertir el arte en medio de una vida distinta, otra, nueva.

La afición de las vanguardias, a su vez, por las culturas populares, los medios de comunicación de masas –el cine– y la reproducción múltiple de la obra de arte representaba su deseo de ligarse con «el pueblo», sujeto intelectualmente santificado en las décadas de 1920 y 1930, quizá por vez primera sin auxilio de la muleta de la religión. Los vanguardistas –cualquiera que sea el contenido que le demos a esta expresión–, que fueron pocos y escogidos, y conscientes de ello, demostraron un claro y expreso afán de «ir al pueblo». Este deseo debía, pues, desarrollarse en el medio ambiente natural de las masas: la calle –ya que la masa en su casa no es masa, sino pluralidad de individuos–. De ahí la necesidad ética, estética y hasta filosófica de muchos vanguardistas de lanzar sus creaciones a la calle.

Pero los bolcheviques no eran exactamente vanguardistas en este sentido. Lenin –personificación de la vanguardia del proletariado– constituía una «antivanguardia» en el terreno estético. Mientras firmaba en su despacho del Kremlin los decretos del poder soviético, Lenin era consciente de que ellos, los revolucionarios, habían hecho regresar la capitalidad a Moscú, centro espiritual de la Rusia más antigua y tradicional. El Kremlin, núcleo de ese centro espiritual que Moscú constituía, poseía ahora la capitalidad de un vasto Estado sometido a enormes presiones. Y en el centro del centro de ese centro se encontraba un hombre que comenzaba

a convertirse en leyenda, y que, en cualquier caso, era ya un símbolo: Lenin.

Lenin, bajando desde su despacho a trabajar con los obreros en un «sábado comunista» que se haría famoso y que sería relatado de mil formas distintas. Lenin, al que los campesinos del Caúcaso comienzan a cantarle baladas épicas. Lenin, cuya supervivencia al atentado del año 1919 es tratada en la prensa como «milagrosa». Lenin, cuya silueta comienza a verse, ya sea pintada, esculpida o grabada, por todos lados, junto a los, en un primer momento, anónimos obreros y campesinos. El símbolo concreto de Lenin comienza a sustituir –o al menos a alternar– al símbolo anónimo de la adscripción de clase. Lenin allá en Moscú: un hombre, una persona –en el sentido etimológico–, la representación antropomórfica de un concepto.

Y este símbolo estaba a su vez escrito en un espacio físico real y concreto, el del Kremlin, arquitectura tradicional, masiva, de sabor autocrático, medieval. Se superaba así, conscientemente o no, la utopía europea de Pedro: la ciudad surgida de la nada en el pantano gracias a la voluntad del poder. Esta utopía modernizadora, en la visión de Lenin, desembocó en la autocracia rusa, en la degenerada corte de los Romanov y en el mismo capitalismo ruso. Al superar esta utopía se quería enlazar con otra anterior, con la Rusia moscovita y medieval: eslavófilos y populistas, una vez aherrojados en los infiernos sus intentos reales de alcanzar el poder, fueron rescatados por la puerta de atrás como sustento de la intención leninista –puesta de manifiesto en infinidad de ocasiones– de no comenzar de cero, de aprovechar los materiales del podrido mundo capitalista para construir el mundo nuevo.

El «soñador del Kremlin» (H. G. Wells *dixit*) quería con urgencia, con impaciencia, dejar escritas las líneas maestras de ese nuevo mundo. La tradición revolucionaria –de innegable origen ilustrado– de la educación del pueblo le impelía a buscar medios amplios para mostrar a las masas esas líneas maestras. La afición y la experimentación de las vanguardias en las calles le ofrecieron esos medios, aunque, por temperamento, Lenin hubiese preferido mayor contención, mayor tradicionalismo. Cuando las vanguardias comenzaron a perder los resortes del poder cultural y se dio un

vuelco hacia formas presuntamente más «tradicionales», el camino estaba abonado de sobra: escribir la ciudad era algo habitual ya no sólo para los artistas, sino también para activistas del Partido y ciudadanos corrientes; la abundancia de carteles, pancartas, telones pintados, periódicos murales o figuras carnavalescas se alternaría y mezclaría con la iconografía pétrea esculpida en los muros de los nuevos edificios estalinistas.

Existía pues el medio. Faltaba encontrar, entre la pluralidad y la ambigüedad estética de la primera década revolucionaria, el alfabeto adecuado con el que escribir el espacio urbano. Pero sería necesaria una nueva revolución para ello: la revolución de los planes quinquenales, comenzada en 1929 y dirigida por Stalin, que construiría, por fin, una sociedad nueva y un Estado nuevo. Eso sí, sobre la base de un sufrimiento humano considerable.

---

108. *Izvestia* 17-3-1918.

109. Boris Thomson, *Lot's wife and the Venus of Milo: Conflicting attitudes to the cultural heritage in Modern Russia*. Cambridge: CUP, 1978, p. 6.

110. Vladimir Lenin, *La literatura y el arte*. Moscú, Progreso, 1979, pp. 238-239; Anatoli Lunacharski, *Vospominaniia i vpechatlieniia*. Moscú, Sóvietskaia Rossia, 1968, p. 361.

16. Interpretar la Revolución rusa

Desde el final de la URSS, la Federación Rusa –sucesora en el derecho internacional del antiguo Estado comunista– intentó recolocar la Revolución dentro de la estructura de la historia nacional y de su continuidad. Lenin, Stalin y el resto de jerarcas soviéticos estarían –según quienes promueven esta visión– en una misma línea con los zares. El país, pese a los cambios y revoluciones, pese a la colectivización y el Gulag, pese a la construcción del socialismo real y la destrucción del Antiguo Régimen, habría continuado su marcha histórica.

Esta apreciación, moneda corriente en la historiografía rusa contemporánea, parece querer resaltar la independencia del decurso histórico ruso con respecto al resto de países, no sólo europeos. Se sitúa así a Rusia en una suerte de *Sonderweg*, de vía específica, singular, diferente. Es también en buena medida una herencia de la «construcción del socialismo en un solo país» estaliniana, de la idea de que, tras el fracaso de una revolución europea, a Rusia no le quedaba más remedio que iniciar su camino hacia el Paraíso comunista por su cuenta. Y tiene mucho que ver también con la pujanza de la interpretación «euroasiática» de la historia rusa: Rusia no sería ni Europa ni Asia, sino algo intermedio que, en algunos autores y movimientos políticos contemporáneos de la Federación Rusa, se leería como algo «mejor», «superior».

Sin embargo, y pese a estas visiones, que siempre acaban por confluir en un cierto excepcionalismo ruso, no se puede comprender la Revolución si no es en su contexto europeo. La Revolución buscaba el derrocamiento de la monarquía para crear una democracia al estilo del resto de Europa, mientras que los socialistas rusos –en todas sus variedades– lo que querían era, una vez conseguido esto, dar el salto hacia un régimen, quizá aún no existente, pero coincidente con el que buscaban los socialdemócratas alemanes, franceses o españoles. La común experiencia de la guerra

mundial se rompió por el comienzo de la Guerra Civil rusa, no por la Revolución. El vasto y múltiple enfrentamiento a lo largo del Imperio, la separación reiterada y recurrente de países, territorios, repúblicas y provincias, las ocupaciones y reocupaciones, la intervención extranjera, que se perdió en las arenas movedizas del inmenso espacio euroasiático, la instauración, en fin, de un régimen socioeconómico incompatible con el capitalismo liberal, fueron las causas del alejamiento del modelo europeo. Pero eso no significó que Rusia –ahora la URSS– no siguiera participando de las disputas, los encuentros y desencuentros del sistema de Estados europeo.

A la altura de 1917 Rusia era Europa y quería ser Europa. La participación en la Gran Guerra no era otra cosa más que una nueva prueba de la pertenencia del Imperio de los zares al espacio europeo en todas sus dimensiones. Y pese al continuo debate entre «eslavófilos» y «occidentalistas», lo cierto es que las dos formas de entender el futuro del país no eran, en definitiva, muy diferentes de las habidas en otros territorios periféricos, como Rumanía, Polonia o España[111].

Es también lícito insertar la Revolución rusa dentro de los movimientos sociales de cambio de siglo, como la Revolución mexicana que la precedió por poco o la kemalista en Turquía, que la siguió de inmediato. En las mismas fechas, diciembre de 1917, también el cansancio de la guerra y las tensiones sociales llevaron al golpe militar de Sidónio Pais en Portugal y a un primer establecimiento de una dictadura republicana que, con el tiempo, habría de desembocar en la larguísima dictadura de Salazar. Se puede también considerar al Japón Meiji una prefiguración del mismo experimento ruso de modernización por la fuerza. Y todavía más allá: ¿no es el fascismo un intento de remedar el poderoso vuelco soviético en una forma menos dañina para los valores considerados patrióticos y para las grandes élites?

La idea de que la Revolución rusa tenía que concluir en una dictadura obligatoriamente ha sido negada por muchos historiadores. Robert V. Daniels, por ejemplo, dudaba incluso de la necesidad de la propia Revolución de Octubre[112]. Daniels escribió que la Revolución de Octubre fue un accidente, en su opinión, lamentable porque quebró el desarrollo de

un modelo que él quería cercano a la socialdemocracia europea (la Revolución de Febrero). Esta intromisión del azar en el supuestamente armónico desarrollo histórico produciría, según Daniels (dando un paso más adelante aunque en cierta línea con la clásica interpretación trotskista), que con Stalin el régimen soviético dejara de ser «verdaderamente» marxista. De este modo el estalinismo se atuvo tan sólo a las exigencias del poder, de manera que el marxismo-leninismo oficial del régimen vino a convertirse en lo que Marx entendía literalmente por «ideología», esto es, «falsa conciencia». Daniels afirma que, en los años treinta, «el régimen soviético cambió en su esencia». El propio régimen estalinista «no podía expresar más alta articulación de sus presupuestos sociales que la ideología marxista-leninista, pero ésta había sido reducida a racionalización de los hechos».

En conclusión, «y a pesar de sus etiquetas, el régimen estalinista no representó más el mismo movimiento que tomó el poder en 1917»[113]. Esto, aunque en un tono más radical, se encontraba también en el análisis de John Kautski, en el que hacía hincapié en las diferencias, a su juicio importantísimas y de base, entre el marxismo y el leninismo, caracterizando a aquél como una ideología socialdemócrata a la alemana, y a éste como una ideología de modernización, no muy diferente en su esencia a las que se desarrollaron luego en países del Tercer Mundo[114]. Es esta ligazón de la originalidad del marxismo soviético con la verdadera y efectiva modernización que se produjo durante el régimen estalinista, y en especial, en los años treinta, lo que nos daría una pista para entender lo que de novedoso tuvo el régimen soviético.

Podríamos hablar de cuatro principales interpretaciones de Octubre, entendido como resultado del «curso natural» de la historia rusa. La primera sería la ya citada teoría de la *modernización*, seguida por la teoría de la *revolución proletaria* como culminación de la historia revolucionaria rusa –que era la tesis oficial mantenida por el régimen soviético–, la teoría de la *ola revolucionaria* –intento sociológico de encontrar un denominador común a diversas situaciones revolucionarias[115]– y el recurso a las *tradiciones culturales* rusas que, según algunos, hacían imposible una salida al estilo de las democracias parlamentarias europeas[116]. Richard Pipes, quizá el más prominente defensor de esta última interpretación, ha

sostenido que el sistema soviético fue sobre todo una consecuencia de la tradición autoritaria rusa y de su incapacidad para construir una sociedad civil potente y libre[117]. Su visión de las continuidades entre el zarismo y el leninismo –que, según él, conducirían inexorablemente hacia el estalinismo– resulta sin embargo demasiado forzada. El peso de la historia significa, también, el peso de la sociedad y de los problemas sociales arrastrados, y a ellos Pipes no les concede importancia alguna.

El problema planteado entonces sería el de si el modelo de la dictadura soviética constituyó una continuación directa de la historia prerrevolucionaria o un accidente totalmente alejado de las tradiciones rusas. Es inevitable reconocer que no se puede obviar, en absoluto, lo que significó para la construcción de la realidad del nuevo Estado soviético la situación inicial, una situación que no era, ni mucho menos, de *tabula rasa.* Sin embargo, poner el énfasis para explicar los matices dramáticos del sistema soviético en las diferencias de partida respecto a Europa Occidental es no decir nada en realidad. Está claro que entre la Rusia inmediatamente prerrevolucionaria y el modelo de desarrollo de Europa Occidental existían grandes diferencias. Pero, aparte de que el propio «modelo occidental» carecía de homogeneidad entre los distintos territorios europeos, resulta difícil explicar el porqué de las elecciones concretas hechas a la hora de conformar el sistema soviético. ¿Por qué la Revolución de Febrero?, ¿por qué la de Octubre?, ¿por qué un régimen de extremado estatalismo y por qué ese estatalismo arropado con un lenguaje marxista?

Si pretendemos explicar tan complejo asunto a partir únicamente de las diferencias entre Rusia y Occidente, volvemos a caer en el tipo de debate esencialista propio del siglo XIX, que se basaba en unos míticos caracteres nacionales definidos de forma unívoca y, las más de las veces, arbitraria. A este debate ya antiguo pertenecen, por ejemplo, las tesis del eslavófilo Konstantin Aksakov, para quien «Rusia» y «Europa» eran radicalmente distintas a causa de la diferente génesis del Estado en los dos ámbitos políticos. Esta tesis, que Aksakov aplicaba a la diferencia entre la autocracia zarista y los Estados liberales –o que se encaminaban al liberalismo– de la Europa Occidental de la primera mitad del siglo XIX, podríamos traspasarla a la manera en que surge el sistema soviético. ¿Es el sistema soviético tan

fundamentalmente distinto del resto de los sistemas sociopolíticos europeos?

La época de la *perestroika* y su final vio cómo surgía en la URSS un debate ante todo político al que sin embargo acompañó un renovado auge de la investigación histórica, promovida por las nuevas facilidades de acceso a los archivos. Se juzgó, se enjuició y se analizó el régimen soviético y su modelo en un tono que, en el interior de Rusia, acabó siendo altamente crítico. Se comenzaron a contemplar los setenta años posrevolucionarios a través del color del cristal de la situación contemporánea, esto es, la profunda crisis económica rusa de los años ochenta y noventa. En ese contexto, una de las lamentaciones más repetidas era el hecho de que los bolcheviques habían «apartado» a Rusia del camino «natural» de desarrollo, teniendo en mente, claro, al capitalismo zarista.

Deberíamos, sin embargo, intentar contemplar a la URSS como un país normal y corriente, aunque con una historia extraordinaria, «en lugar de construir teorías cada vez más extravagantes sobre el caracter excepcional de Rusia y la URSS». Como escribía por entonces Richard Sakwa,

> El hecho de que el modelo económico soviético no parezca funcionar muy bien últimamente no es algo que deba imputarse al tradicionalismo. La explicación debe buscarse en una teoría capaz de comprender la singularidad de esta forma «desviada» de modernidad. El problema clave que se le plantea al país es la manera de avanzar desde una forma de modernidad que constituye un experimento único, distinto y sin parangón histórico, hacia otra forma de modernidad cuyo éxito parece ser mayor[118].

En definitiva, se tenía que entender la Revolución –e incluso el estalinismo– como una forma radical de modernización.

No sería absurdo decir que si ha habido alguna continuidad en la historia rusa, soviética y rusa otra vez ha sido la del debate sobre si esta entidad territorial tan variable y compleja podía considerarse como parte integrante de la civilización europea o no. El filósofo Alexandre Koyré opinaba que «se puede decir que toda la historia intelectual de la Rusia moderna está dominada y determinada por un único hecho: el hecho del contacto y la oposición entre Rusia y Occidente»[119]. Se trataría, en realidad, de un doble dilema: el establecido territorialmente –esto es, la relación entre Rusia y Europa– por un lado, y a su vez, el problema de los contactos entre la

intelligentsia y el pueblo, una separación cultural tan honda como la existente entre territorios, y que debe su existencia quizá a esa misma influencia europea o a su falta de ella. Ambas actitudes no se manifiestan como doctrinas o ideologías autoconscientes hasta muy tarde, pero «las actitudes mentales, las direcciones de pensamiento [...] tenían ya una larga historia»[120].

Robert Conquest, en su prólogo al libro póstumo de Tibor Szamuely, planteaba las dos visiones habituales que los estudiosos «occidentales» tenían sobre Rusia: o bien una «sociedad occidental aberrante en muchos asuntos pero aún básicamente "europea" o bien una extraña sociedad que era imposible comprender a través de la teoría política desarrollada sobre la base del estudio de Occidente»[121]. Para Conquest, la peculiar historia rusa había producido una sociedad por completo dependiente del Estado y que funcionaba de acuerdo a las decisiones tomadas por el liderazgo del Estado. El propio Szamuely consideraba que había dos vertientes en la tradición rusa: una era la falta de una entidad civil y social autónoma, lo cual producía el ansia del gobierno desde arriba, por decreto, sea por parte de la autocracia tradicional o bien de sus oponentes (Lenin). La otra vertiente que él observaba era una tendencia hacia el orden cívico europeo, que cada vez iba mostrándose más fuerte en la sociedad y que fue abortada por Octubre, lo que significaría, en realidad, la continuación de la tradición rusa de otra forma.

Szamuely sitúa el punto crucial de la divergencia Europa-Asia en la conquista tártaro-mongola, a consecuencia de la cual estos pueblos gobernaron Rusia durante 250 años, justo la época durante la que se estaba produciendo el Renacimiento en Europa Occidental, hecho que impediría la asimilación de Rusia al resto del continente. De otro lado los tártaros proporcionaron al dividido territorio ruso una unidad territorial, política y social basada en la igualdad ante la sumisión al kan: «Se ha dicho [....] que Rusia fue conquistada dos veces: primero por el ejército mongol y luego por la idea mongola del Estado»[122].

Oponiéndose a las tesis de la continuidad, Ernest J. Simmons, uno de los precursores de los estudios de Europa Oriental en Estados Unidos, comentaba en un libro antiguo pero muy revelador del origen y la duración

del presente debate que «ciertas pautas de comportamiento económico y de pensamiento de la Rusia del siglo XIX e, incluso, ciertos elementos del populismo, han entrado en la corriente de desarrollo económico soviético. Tales herencias, en cualquier caso, pueden aclarar, pero difícilmente explicar, la teoría y la práctica económica de la Unión Soviética actual»[123]. Y continuaba replicando a quienes a menudo describían el «totalitarismo soviético» como una continuación de la «autocracia zarista», afirmando que las diferencias eran más poderosas que las coincidencias, y que no bastaba con dibujar analogías entre Stalin e Iván el Terrible o Pedro el Grande. Uno de sus apoyos principales era la escasa raíz que se le puede encontrar a un concepto tan básico y tan concreto para el decurso de la Rusia posterior a la Revolución como es la institución de los sóviets.

Simmons veía, sin embargo, elementos de continuidad cultural en la literatura. No en la posición del autor frente a la literatura o en su valor estético intrínseco –que era, con excepciones, inferior a causa de la extrema reglamentación de la sociedad soviética–, sino en su concepto de la importancia y el valor social de la literatura y la concepción del héroe positivo, activo, dedicado al pueblo y a cambiar la sociedad, doctrinas de los años 1840-1860 que fueron bienvenidas por los críticos literarios soviéticos. Además, hay un gran elemento de continuidad cultural en la persistencia y la regocijada aceptación de la literatura del siglo XIX, que, en estas fechas, era leída con fruición y, al menos aparentemente, con preferencia a los productos del realismo socialista.

Esos debates nos muestran una idea clara de continuidad de esquemas institucionales o, mejor, de tradiciones de Estado desarrolladas a largo plazo, en la «larga duración, y de permanencia de determinadas tradiciones culturales en la «alta cultura». Sin embargo, describir de qué forma estas continuidades se mantuvieron supuestamente intangibles a lo largo de los siglos y cruzando el meridiano de la Revolución, resulta cuando menos complicado.

En definitiva, la perspectiva que hemos asumido en este libro es la de enfrentarnos a la Revolución de Febrero y al golpe bolchevique de Octubre (¡y a la «revolución desde arriba» estalinista![124]) como transformaciones políticas de gran calado que tenían unos amplios objetivos de

modernización social y económica. La peculiaridad del desarrollo posterior a Octubre estaría en su autoconciencia utópica, su búsqueda de un absoluto milenarista y universal. Pero pese a ello, la Revolución rusa no se puede ni se debe entender como un fenómeno aislado, un clímax de la historia. Se trata de una más –si bien con consecuencias internacionales extraordinarias– de las transformaciones violentas de la modernidad.

---

111. Andrzej Walicki, *The Slavophile Controversy: History of a Conservative Utopia in 19th Century Russian Thought*. Oxford, Clarendon Press, 1975; Nicholas Riasanovsky, *Russia and the West in the Teaching of the Slavophiles*. Gloucester, Mass., P. Smith, 1965.

112. Robert V. Daniels, *Trotsky, Stalin and Socialism*. Boulder, Westview Press, 1991.

113. Daniels, *Trotsky*, p. 164.

114. John H. Kautsky, *Marxism and Leninism, not Marxism-Leninism: An Essay in the Sociology of Knowledge*. Londres, Greenwood Press, 1994.

115. Haciendo un resumen, puede describirse así: resistencia al Antiguo Régimen, crisis, revolución moderada, fase extremista y reacción. Se trata del clásico esquema de Crane Brinton en su *Anatomía de la Revolución*. (Crane Brinton, *The Anatomy of the Revolution*. Nueva York, Vintage Books, 1965 [1938]).

116. Richard Pipes, *The Russian Revolution, 1899-1919*. Londres, Collins Harvill, 1990.

117. Aparte de en Richard Pipes, *Russia under the Old Regime* (Nueva York, Scribner, 1974), muy clara en su polémica con Solyenitsin, cf. Richard Pipes, «Solzhenitsyn & the Russian Intellectual Tradition Some Critical Remarks», en *Encounter*, junio 1979, pp. 52-54.

118. Richard Sakwa, «Nuevo autoritarismo: una crítica», en *Cuadernos del Este*, N.1, 1990, pp. 51-57

119. Alexandre Koyré, *La philosophie et le problème national en Russie au début du XIXe siècle*. París, Gallimard, 1976, p. 12.

120. Koyré, *La philosophie,* p. 13.

121. Robert Conquest, «Introduction», en Tibor Szamuely, *The Russian Tradition*. Londres, Secker & Waarburg 1974, p. IX.

122. Szamuely, *The Russian Tradition*, p. 18.

123. Ernest J. Simmons (ed), *Continuity and Change in Russian and Sóviet Thought*. Cambridge, H. U.P, 1955, p. 5 y ss.

124. Ilya E. Zelenin, *Stalinskaja «revolutsia sverju» poslie «vielikogo piereloma» 1930-1939. Politika, osushestvliennie, rezultaty.* Moscú, Nauka, 2006.

17. La memoria de la Revolución

Febrero apenas tiene memoria[125]. El recuerdo que los rusos exiliados mantuvieron, especialmente hasta la Segunda Guerra Mundial, desapareció con la desarticulación de los centros en Berlín, Praga, París, Riga, Estambul y Belgrado. Febrero, pese a que se puede considerar como la verdadera Revolución, se quedó reducido a curiosas imágenes de duques conduciendo taxis por París, grandes damas limpiando cocinas en Nueva York y antiguos social-revolucionarios o mencheviques reproduciendo disputas ya olvidadas en viejos cafés de capitales perdidas. O a la memoria de «Anastasia», el mito de una gran duquesa superviviente de la masacre de la familia del zar y que, demostrada su falsedad tras la caída de la URSS, simboliza perfectamente lo que los bolcheviques querían que quedara como recuerdo de Febrero: el fin de la autocracia antes que la revolución democrática, las clases altas enviadas al basurero de la historia antes que los socialistas y revolucionarios a los que ellos exiliaron o asesinaron[126].

Los hacedores de la Revolución de Febrero eran muy conscientes de la situación histórica y excepcional que habían creado, y desde el principio comenzaron tareas que sirvieran para construir una memoria a largo plazo de la Revolución[127]. La Duma impulsó de inmediato una comisión de encuesta para analizar las causas de la Revolución y desarrollar una narración de consenso sobre ella[128]; esta comisión descubrió, entre otras cosas, que la desacralización paulatina de la monarquía había sido una de las principales causas de la disolución del sistema. La primera construcción de la memoria de Febrero fue, precisamente, la exposición del Antiguo Régimen como un nido de corrupción, decadencia y traición a Rusia. Y al menos en este aspecto, lo consiguió. La idea de la inevitable desintegración e ilegitimidad del zarismo fue plantada en las semanas posteriores a Febrero. Febrero supuso el derrocamiento real y simbólico de un Antiguo Régimen que de inmediato quedó obsoleto por completo. Se destruyeron y

resignificaron monumentos, lugares y espacios a una velocidad increíble, algo que sería continuado sin pausa por los bolcheviques después de Octubre.

Lo curioso es que todo el acervo revolucionario de las formas e imágenes principales de la memoria posible de Febrero fueron asumidas por Octubre. El golpe que destruyó el potencial democrático de la Revolución rusa asimiló sus formulaciones en un combate semántico que acabaría por legitimar el lenguaje posterior del movimiento comunista.

Uno de los principales efectos de Octubre fue hacer desaparecer de la memoria histórica nombres de personajes que habían sido mucho más importantes para la historia de Rusia, para la democracia y el socialismo rusos e internacionales que los de los bolcheviques que les arrebataron la memoria, el legado e incluso la vida. Que hoy día la palabra «menchevique» esté rodeada de un aura de «traición» o de impotencia subleva cuando tenemos en cuenta que estos socialistas auténticos, revolucionarios hasta el fin de sus vidas, en muchos casos demócratas convencidos, tuvieron más que ver en la caída del régimen zarista que Lenin y los suyos[129]. Lo mismo sucede con los social-revolucionarios, con los demócratas constitucionales, con los anarquistas, con el propio Kerenski. Durante décadas, la propaganda soviética sumergió a quienes fueron los verdaderos protagonistas de la Revolución en el oprobio. Fue una justicia de vencedores, que impusieron su visión del mundo, su memoria y su discurso sobre el de aquellos que durante décadas resultaron perdedores y perseguidos. Los bolcheviques no permitieron volver a estos luchadores: mientras que algunos derechistas pudieron regresar en los años veinte y primeros treinta (muchos de ellos serían luego asesinados durante el terror estalinista), a los socialistas no bolcheviques se les impidió volver a su país.

En general, la memoria y el mito le han concedido mayor importancia a Octubre, cediendo así a la propia autoimagen de los bolcheviques, que la consideraban una revolución comparable –e incluso superior– a la Revolución francesa de 1789[130]. Octubre ha sido comprendido, durante muchos años, como el origen –positivo o negativo, según colores políticos– de un mundo nuevo. Un ansia milenarista y a la vez romántica miraba a Rusia y veía, más allá de la propia realidad, una imagen superpuesta de un

universo paralelo en el que triunfaban la justicia social, la solidaridad, la humanidad, la igualdad y, en general, los valores de la Ilustración europea. Lo que no encajaba en ello era eliminado, tachándolo de faltas, de problemillas, de fallos a rehacer. La transformación del mundo se estaba llevando a cabo, y pese a los errores – otra palabra muy utilizada– la dirección era la correcta.

Porque para los bolcheviques se trataba de algo más que una mera transformación social: era una verdadera necesidad histórica. Los bolcheviques, conducidos por Lenin, tomaron el poder con el objetivo de permitir que en Rusia se produjera un fenómeno histórico que, desde su punto de vista, era objetivo e inevitable: el desarrollo de una sociedad socialista a partir de las semillas de una sociedad capitalista y por medio de un proceso revolucionario, con la violencia ilimitada como partera. Podemos reflexionar acerca de si esta concepción de la historia humana constituía o no –incluso contemplada desde el punto de vista de sus contemporáneos– poco más que una mera ilusión voluntarista de los componentes de un pequeño partido, casi una secta, impregnados de una rica tradición revolucionaria rusa. Pero lo que está claro es que la creencia en el advenimiento objetivo de la sociedad socialista se desparramaba con abundancia a través de la Europa del momento.

La invención de una ritualidad nueva comenzó muy pronto[131]. Anatoli Lunacharski, comisario de Educación del primer Gobierno bolchevique, describía en sus memorias la celebración del Primero de Mayo en 1918, en el Petrogrado dominado por los partidarios de Lenin:

> Muchas plazas y calles de la ciudad han sido transformadas con mucho estilo, hecho que honra a los artistas-organizadores. Carteles. De acuerdo, yo estaba completamente seguro de que los carteles iban a estar a la orilla del río. Por supuesto es fácil criticar a los futuristas. De la esencia del cubismo y del futurismo quedaron sólo limpias y potentes formas generales y colores claros, tan necesario es para la pintura bajo cielo abierto considerar la gigantesca visual sobre cientos de miles de cabezas. ¡Y con qué entusiasmo los jóvenes artistas se dieron a su trabajo! Muchos, sin pensar en dormir, trabajaron catorce o quince horas sobre enormes lienzos, y pintaron gigantescas campesinas y gigantescos obreros, escribiendo luego en claras letras: «No entregamos el Petrogrado Rojo» o «Todo el poder a los sóviets». Voy luego hacia el Neva, y aquí, un verdadero cuento de hadas bolchevique. Ya por el día la flota, embellecida con miles de banderas, añadía al maravilloso Neva tal atavío que el corazón, oprimido por todas las desdichas, no podía no latir jubiloso. Creo que todo el que viese este espectáculo –y lo vio medio Petrogrado– estaría de acuerdo en que fue de inolvidable belleza y emocionante júbilo. Por la tarde comenzó una

> maravillosa lucha de luz y oscuridad. Decenas de proyectores arrojaban columnas de colores y deslizaban blancas espadas al aire. Sus brillantes rayos se posaban en palacios, fortalezas, barcos y puentes y arrebataban a la noche una y otra belleza de nuestra hermosa Roma del Norte. Se elevaban cohetes, llovían estrellas de muchos colores. Fuentes y humaredas en extraño y pálido juego formaban un completo poema, una completa sinfonía de fuego y oscuridad en todas las tonalidades de color, y producían a cualquiera sensaciones de exultante grandeza. Retumbaban las salvas desde la fortaleza de Pedro y Pablo[132].

En 1918 se utilizó la manifestación del Primero de Mayo para comenzar esa construcción de una ritualidad que se repetiría una y otra vez hasta la saciedad, y que se transmitiría, después de 1945, a los países centroeuropeos controlados por los sóviets y a los comunismos extraeuropeos. Por entonces, todavía el rito no estaba por completo fijado y la manifestación había transcurrido sin objetivo final, yendo de un lado a otro. «Comenzó en Smolni, marchó a la Plaza del Palacio y de allí al Campo de Marte»[133]. Una parte importante de la celebración fue el concierto en honor a los Mártires de la Revolución de Octubre, llevado a cabo en la capilla del Palacio de Invierno. Se interpretó el *Réquiem* de Mozart y el propio Lunacharski hizo unos comentarios generales acerca del *Réquiem* y acerca de Mozart, enlazándolo con una reflexión en torno a la muerte y la personalidad humana. Los muertos comenzaban a constituirse en fundamento: unos años después, la momia de Lenin, conservada en la Plaza Roja, se instituiría en piedra angular y referencia suprema del régimen.

La ritualidad conmemorativa continuaría meses después en la rememoración de Octubre, con representaciones masivas y orquestadas, con la teatralización de la Revolución en una forma que impregnaría para siempre su recuerdo. Desde un principio, los bolcheviques fueron conscientes de la importancia de la construcción de una memoria propia que sirviera para conceder legitimidad a lo que había sido un mero golpe de Estado y eternizara la lectura que ellos querían hacer de su régimen. La construcción del nuevo paisaje revolucionario exigía su ración de palabras. El 22 de septiembre de ese mismo año, por ejemplo, el propio Lunacharski pronunció su primer discurso ante un nuevo monumento, el de Radischev, junto al Palacio de Invierno. A éste le seguirían muchos otros discursos, muchos otros bustos y estatuas: Marx, Herzen, Dovroliubov, Shevchenko,

Garibaldi, Lassalle... Eran parte de un programa bolchevique de educación de las masas –impulsado directamente por Lenin– que acabaría desembocando en la estulticia impuesta del «realismo socialista», una estética blanda y manipuladora que dejó su impronta en la estructura cultural del sistema.

Palabras e imágenes iban acomodándose en las calles del triste Petrogrado, como se iban añadiendo al poso de los siglos pospetrinos los nuevos signos del nuevo orden. Monumentos estáticos, palabras, músicas, pero también la dinámica de los gigantescos espectáculos de masas aún por venir, representación callejera de esperanzas y transformaciones: la serie de representaciones teatrales masivas –participaron miles de personas– que se ofrecieron en las calles de Petrogrado a lo largo de los años siguientes, como el *Himno al trabajo liberado* (1920) y *La toma del Palacio de Invierno* (1921), diseñadas sobre todo por Yuri Pavlovich Annenkov[134]. Las instalaciones de los artistas habían comenzado como simples decoraciones en estas fiestas: pendones, enseñas, paneles, dibujos, telones pintados, guirnaldas, carteles. Con el tiempo, fueron tomando mayor tamaño, se profesionalizaron, se hicieron en tres dimensiones, saltaron a la vida con las representaciones de masas, se mezclaron con las tendencias carnavalescas populares y acabaron por institucionalizarse[135]. Los testigos hablan a menudo de la omnipresencia en la Revolución de las bandas de música, de *La Internacional,* de *Caísteis víctimas*, de la *Varsavianka* o de *La Marsellesa de los trabajadores*. La música en la calle se comenzaba a mezclar, por vez primera, con la música más tradicionalmente «culta» de los acordes del *Réquiem* de Mozart, en un temprano ejemplo de ingeniería social bolchevique. El retorno a lo clásico culminaría con las polvorientas y mil veces representadas versiones de *El lago de los cisnes*, que se convertirían en enseña y símbolo del régimen.

La creación de una memoria de Octubre sirvió para diseñar un culto a la Revolución y a sus figuras señeras –por encima de todo a Lenin– que afianzó el movimiento comunista internacional. Como una religión laica, el comunismo de tipo bolchevique se extendió a lo largo del mundo gracias a imágenes, sonidos, colores y metáforas. Bastaba escribir «Viva Rusia» en la pared de una aldea española en los años veinte o treinta para que todo el

mundo supiera de una opción por la radicalidad, de una transformación social que, por supuesto, ignoraba la realidad del caso soviético y engarzaba con anhelos, sueños y necesidades muy profundos y muy alejados de lo que significaba Moscú. Tiene mucho que ver con ese mito que, como explica Boris Kolonitskii, era

> el mito histórico soviético que todas las personas educadas tenían que conocer [...]. Su representación de la Revolución de 1917 estaba centrada en Lenin, centrada en el Partido Bolchevique y centrada en Petrogrado. El principal motor de la historia era el Partido Bolchevique con Lenin a la cabeza, y la narrativa se limitaba principalmente a la capital. Sobre todo, la visión de la Revolución presentada por la propaganda comunista y la memoria política soviética era negra y blanca (o roja y blanca). Los bolcheviques, que encarnaban el progreso, se oponían a un campo unificado de «fuerzas reaccionarias»[136].

Este mito se extendió por todo el mundo, ya fuera como visión épica del triunfo bolchevique o como expresión negativa de la conspiración leninista –a veces judeo-masónica–. Y es el que ha dejado mayor huella en el inconsciente colectivo sobre la Revolución y su forma de enfocarla.

El mito, sin embargo, sufrió ciertos cambios, algunos retos. Todos los años, desde 1918, en la Unión Soviética se rememoraba Octubre –en noviembre–: la Plaza Roja se convertía en escenario de una manifestación ordenada y controlada, precedida o seguida por un desfile militar. Los adornos, pancartas y *performances* de los manifestantes cambiaban, pero el sentido, sagrado, continuaba. Era la fecha mítica que enlazaba el presente de la poderosa Unión Soviética con el pasado de aquel alzamiento estilizado en revolución. Los aniversarios servían para presentar «logros», mostrar unidad, burlarse de los enemigos y amenazar a los rivales externos. Pero la cambiante política implicaba una constante reescritura de la historia: personajes esenciales del golpe de Octubre, como León Trotsky, su organizador, fueron eliminados poco a poco de la presentación en la narrativa de la Plaza, como lo habían sido de la política, la historiografía e incluso de la vida.

En la manifestación de 1937 los grupos de participantes portaban diversas decoraciones móviles con hitos de la Revolución, varias representaciones del papel de Stalin durante la Revolución y la Guerra Civil, maquetas de la nueva Constitución y representaciones gráficas de la

política exterior. En especial, la guerra de España cobró aquel año una gran importancia: se presentaban perfiles y retratos de la dirigente comunista Dolores Ibárruri, así como caricaturas del general Franco y de los fascistas europeos que estaban interviniendo en el conflicto. La importancia de la guerra de España en las celebraciones del xx Aniversario era tal que, en la propia manifestación del 7 de noviembre, la radio soviética conectó en directo con Mijail Koltsov, corresponsal de *Pravda* en Madrid. En el programa de radio dedicado a la manifestación de la Plaza Roja, Koltsov saludó desde España a los ciudadanos soviéticos y reafirmó el compromiso de la URSS con la República española. Pero de la misma forma que Koltsov sería detenido, torturado y luego asesinado apenas un año después, para entonces la URSS había dejado de considerar a España como una prioridad y los suministros enviados por Stalin –y pagados por España a precio de oro– habían empezado a espaciarse. Mientras Madrid celebraba con júbilo el aniversario de la Revolución de Octubre, Stalin había ya decidido abandonar a la República a su suerte[137].

Fue también desde el desfile de la Plaza Roja celebrado el 7 de noviembre de 1941 de donde salieron directamente al frente para luchar contra los alemanes los soldados y vehículos que acababan de pasar bajo la mirada del Politburó. Hay unas imágenes de ese hecho, un día oscuro y frío que quedaría para el porvenir. Enfrentada a la mayor amenaza de su historia, la URSS unía simbólicamente su origen y su presente. Pero fue precisamente aquella guerra la que cambiaría en buena parte el significado de Octubre. A partir de la «Victoria», la *Pobeda*, la guerra social que era la Revolución perdería fuerza en favor de la guerra nacional que era la Gran Guerra Patria. Y a partir de entonces el liderazgo soviético, poco a poco, se iría conformando con ser, no la cabeza de una transformación milenarista de la historia, sino la otra gran potencia de la Guerra Fría, un Estado poderoso, pero tan sólo un Estado.

Las celebraciones en la posguerra fueron todas similares, repetitivas, rituales, realizadas sin entusiasmo. Sólo los niños, que vestidos de pioneros cantaban *La Internacional* o subían al estrado del Palacio de Congresos del Kremlim con flores para los ancianos dirigentes, parecían disfrutar de la ceremonia. Sin embargo, en 1987 todo cambió. Mijail Gorbachov, en el

discurso de aquel año, dio la señal para una transformación radical que, a la postre, haría que el sistema se deshiciese como un castillo de arena.

Tras el hundimiento de la Unión, la fiesta de Octubre –que se conmemoraba el 7 y el 8 de noviembre– fue reducida a un día (al 7) en 1992 y se suprimió el desfile militar. La fiesta fue renombrada por el presidente Borís Yeltsin en 1996 como el «Día del Consentimiento y la Reconciliación» en un intento de deslegitimar a sus opositores neocomunistas. Por fin, el Gobierno de Vladimir Putin en 2004 la eliminó finalmente y la sustituyó por el «Día de la Unidad de la Nación», que se celebra el 4 de noviembre y que conmemora el alzamiento popular de Moscú contra la ocupación polaca en 1612. Se sustituía de esta manera la revolución social por el mito nacional. Todavía hoy la mitad de los rusos no saben muy bien a qué se refiere esta fiesta, aunque el Gobierno la haya promocionado por medio de la propaganda en los medios de comunicación y la producción de películas históricas.

Lo increíble es que hoy día, al igual que en los tiempos de la Unión Soviética, desde 1995 se sigue celebrando un gran desfile militar en la Plaza Roja en Moscú. Pero a diferencia del 7 de noviembre de 1990, que fue el último desfile en honor a la Revolución de Octubre, lo que se conmemora es la «Marcha solemne en honor al 75 Aniversario del desfile del 7 de noviembre de 1941». Es decir, no se conmemora la Revolución, sino el desfile en honor de la Revolución que se relaciona con la «Victoria» en la Gran Guerra Patria.

Octubre era en las escuelas la base para la comprensión del extenso país como una nación. La imagen icónica de Lenin se repetía hasta la saciedad, en cada punto del espacio urbano, de la intimidad de las casas, de la autorrepresentación de las conciencias. Incluso para quien no compartiera la visión de Octubre como parteaguas de la Historia, lo cierto es que, al menos hasta 1991, se podía entender el acontecimiento revolucionario como el épico estallido del «nacimiento de una nación». En buena medida esto fue así, e incluso cuando la URSS desapareció como Estado, lo cierto es que buena parte de sus características nacionales, de sus costumbres, mitos y formulaciones culturales se mantuvieron a lo largo y ancho de los nuevos países surgidos del derrumbe. Más allá de su posición como «cárcel de

pueblos», de la cotidiana deslegitimación del Estado por la escasez y la arbitrariedad, más allá de la extensión de la fobia contra los comunistas durante las dos últimas décadas de su existencia, lo cierto es que la URSS fue, en muchos aspectos, una patria –en su sentido etimológico– común para la mayor parte de sus habitantes. Pero también para todos aquellos, fuera de sus fronteras, que la reconocían como la «patria del proletariado mundial».

Es por eso quizá que sigue siendo difícil para los ciudadanos postsoviéticos valorar adecuadamente la Revolución de Febrero y el golpe bolchevique[138]. De alguna manera, la Revolución de 1917 sigue viva como parte de la vida política rusa y de sus conflictos. La opinión sobre qué fue o no fue la Revolución sigue sirviendo para posicionar políticamente a las personas. Es una historia partidista, aunque el partido ya no sea sólo el bolchevique. El recuerdo también es muy diverso dependiendo de la deriva política.

En Rusia, la nostalgia soviética es hoy día muy potente, pero no se dirije hacia Lenin, los bolcheviques ni 1917. Esta nostalgia es una añoranza del tiempo perdido de la presunta estabilidad de los años de Stalin y de Brezhnev, muestra de un conservadurismo que cala los huesos de la sociedad rusa. Por el contrario, toda revolución, todo cambio, incluyendo no sólo Octubre sino la *perestroika* y el capitalismo salvaje de los noventa, son rechazados con vehemencia. En Ucrania, por poner un ejemplo de territorio exsoviético no ruso, la revolución de 2014, el Euromaidán, fue en buena medida una revuelta contra el pasado de Octubre: los manifestantes atacaron de inmediato las estatuas de Lenin que aún quedaban en muchas ciudades y una ley de «decomunización» desde entonces ha ido borrando los recuerdos del sistema soviético y la revolución que las iniciara.

Las dudas de la memoria oficial y la inseguridad de los dirigentes rusos en la actualidad se perciben en la dificultad del recuerdo de Octubre. La confusión es tal que en 2017 no hay actos oficiales planeados para la conmemoración del centenario, aunque nadie duda que algo se hará. La momia de Lenin sigue en el mausoleo y aún hay turistas que la visitan. La «Gran Guerra Patria» continúa funcionando como lugar de memoria y fuente de legitimidad, pero no ya la «Gran Revolución de Octubre», aunque

muchos historiadores rusos prefieren seguir utilizando tal denominación para el golpe bolchevique.

Existen, eso sí, en Moscú un café hipster en la antigua fábrica de chocolate «Octubre Rojo», y al menos catorce ciudades en Rusia y unas cien aldeas continuan llevando ese nombre[139].

---

125. Boris I. Kolonickij, «Pamjat´o Pervoj rossijkoj revoljucii v 1917 godu», *Cahiers du monde russe* 2/2007 (vol. 48), pp. 519-538.

126. Frances Welch, *A Romanov Fantasy: Life at the Court of Anna Anderson*. Nueva York, W. W. Norton & Co, 2007.

127. Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*. New Haven, Yale University Press, 1999.

128. Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution*: Oxford, Oxford University Press, 2013.

129. André Liebich, *From the Other Shore: Russian Social Democracy after 1921*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.

130. Jan Claas Behrends, Nikolaus Katzer y Thomas Lindenberger (eds*.), 100 Jahre Roter Oktober. Zur Weltgeschichte der Russischen Revolution*. Berlin, Ch. Links Verlag, 2017.

131. Frederick C. Corney, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution*. Ithaca, Cornell University Press, 2004.

132. Anatoli Lunacharski, *Vospominaniia i vpechatlieniia*. Moscú, Sóvietskaia Rossia, 1968, pp. 208-209 / 211-212.

133. Richard Stites, «Festival and Revolution: The Role of Public Spectacle in Russia, 1917-18», en John W. Strong (ed.), *Essays on Revolutionary Culture and Stalinism*. Columbus (Ohio), Slavica 1990, pp. 9-28, cit. p.17.

134. James von Geldern, *Bolshevik Festivals, 1917-1920*. Berkeley, Los Ángeles, UCP, 1993.

135. I. M. Bibikova y N. I. Levchenko (eds.) *Sóvietskoie dekorativnoie iskusstvo. Materiali i dokumenti. 1917-1932. Agitatsionno-masovoe iskustvo. Oformlenie prasdnestov, 2 t.* Moscú, Iskustvo 1984.

136. Boris I. Kolonitskii, «On Studying the 1917 Revolution. Autobiographical Confessions and Historiographical Predictions», en *Kritika*, vol. 16, N. 4, 2015, pp. 751-768

137. José M. Faraldo, «1937. Eine Gedenkfeier im Spannungsfeld von Terror, “Fünfter Kolonne” und transnationalem Kommunismus», en Jan Claas Behrends, Nikolaus Katzer y Thomas Lindenberger (eds*.), 100 Jahre Roter Oktober,* pp. 85-105.

138. Alexei Miller, «Istoricheskaia politika v Rossii: novui povorot?», en *Istoricheskia politika v XXI veke*. Moscú, 2012, pp. 331-340.

139. Dietrich Beyrau, «1917. Der “Rote Oktober” in zeitgenössischen Deutungen. Bolschewistische Camouflage und bürgerliche Apokalypse», en Jan Claas Behrends, Nikolaus Katzer y Thomas Lindenberger (eds*.), 100 Jahre Roter Oktober,* p. 29.

18. Consumaciones

> Había venido a Rusia poseída por la esperanza de encontrar un país recién nacido, con su pueblo enteramente consagrado a la tarea grande, aunque muy difícil, de la reconstrucción revolucionaria. Y había esperado fervientemente que pudiera convertirme yo en una parte activa de la obra inspiradora. Encontré en Rusia una realidad grotesca, totalmente distinta del gran ideal que me había llevado a la cima de la esperanza de la tierra de la promesa. (Emma Goldmann).

Alexander Kerenski valoró en uno de sus tempranos escritos lo que había significado el Gobierno provisional, contrastándolo con el posterior régimen bolchevique:

> Si Lenin y sus lugartenientes hubieran tenido una centésima parte de la capacidad de renunciar a todas las consideraciones personales de poder y vanidad, de la capacidad de servicio desinteresado al país y al pueblo exhibida por los millonarios Tereshchenko y Konovalov, por representantes típicos de la nobleza terrateniente como V. Lvov o por ese intelectual liberal característico, A. I. Shingariov, Rusia habría escapado con toda probabilidad al Gólgota del que fue llevada por el ciego, insensato, totalmente innecesario fomento del odio de clase de los irresponsables demagogos del bolchevismo[140].

No era para menos. En el X Congreso del Partido, en marzo-abril de 1921, Lenin, al tiempo que permitía una liberalización económica transitoria (la Nueva Política Económica, o NEP), impulsaba una resolución acerca de «la unidad del Partido» en la que preveía un control férreo de la organización por parte de los dirigentes. Al poco, los dos únicos partidos que permanecían legales, el menchevique y el social-revolucionario, fueron prohibidos, convirtiendo así a Rusia en un Estado de partido único y abriendo de este modo el comienzo institucional de la dictadura, más allá del periodo excepcional de la Guerra Civil. Esto sucedía mientras el Ejército Rojo acababa de invadir buena parte de los territorios escindidos del Imperio ruso durante las convulsiones que siguieron a la Revolución y restauraba –con unas cuantas importantes excepciones– la integridad territorial de preguerra.

Un Estado autocráticamente dirigido y cuyos dirigentes no retrocedían –como no lo habían hecho durante la Guerra Civil– ante el asesinato y la eliminación física de quienes se les oponían daría paso, en unos pocos años, a un Estado cada vez más cerrado, y finalmente dirigido por un solo hombre. La revolución social cedería ante la ingeniería social; la liberación del individuo de Febrero se convirtió en la reconstrucción del ser humano –por la violencia– de Octubre. Es evidente que el advenimiento del terror es la característica más profundamente radical del fenómeno histórico estalinista, aunque la estructura en que llegó a conformarse el Estado soviético era deudora, en gran medida, de las sucesivas explosiones de violencia desde 1917. Pero es cierto también que no se puede entender el «terror» sin el «sueño», por usar los conceptos de Karl Schlögel. La Revolución rusa –más allá del golpe de Estado bolchevique– quería ser la voluntaria construcción de un sueño. Es verdad que el paisaje soñado que edificaron acabó en una pesadilla muy real. Pero no podemos entenderlo, como no podemos entender buena parte del siglo XX, si no asumimos que los habitantes de aquel paisaje revolucionario querían amontonar materiales de manera planificada para dar a luz una utopía.

Tocqueville, en *El Antiguo Régimen y la Revolución,* decía que los intelectuales de la época de la Revolución francesa coincidían en la conveniencia de «sustituir las costumbres complicadas y tradicionales» que regían la sociedad de su tiempo «por reglas sencillas y elementales basadas en la razón y en la ley natural». Esta es, en esencia, la lucha que –surgida junto a la Bastilla– concluyó con la Revolución de Octubre. La lucha por reducir el mundo a la razón –pura, dura y simple– produjo algunos de los peores monstruos del siglo XX. Pero si redujéramos el legado de Octubre sólo al terror –como se hace hoy día cada vez más, y como cada vez más se está convirtiendo en tópico y lugar común–, traicionaríamos su significado histórico y fallaríamos en comprenderlo. Que no quiere decir justificarlo.

El sistema que surgió de Octubre fue un régimen criminal, pero lo peor es que además fue inútil. El porqué del fracaso del régimen soviético –entendido en sus propios anhelos de alcanzar la justicia social– está ya hoy suficientemente claro: no hay nada, absolutamente nada, en los diseños, estructuras y formulaciones iniciados por Lenin y los suyos que hubiera

podido conducir a un mundo mejor. El sistema soviético nunca sobrepasó el horizonte mental del capitalismo, sino que lo imitó, malamente, con peores materiales y más pobres ideas. El autoritarismo, la ingeniería social, la violencia, la falta de democracia y de derechos individuales, la presión inconmensurable sobre una sociedad que no quiere ni acepta el modelo que se le impone: todo ello no sirve para mejorar la situación de las masas. Si los bolcheviques querían que su sociedad se modernizara, comiera mejor que en el zarismo y –por lo que se vio luego– que consumiera más que antes de 1917, podrían perfectamente haber dejado que siguiera su curso el capitalismo socializante que surgió durante la Gran Guerra. El resultado no habría sido muy distinto al que obtuvieron. Podrían, eso sí, haber concebido otro modelo que no siguiera la pauta establecida por aquel tipo de modernización. El estallido libertario de Febrero, que abrió las espitas a la autoorganización por todo el Imperio, podría haber sido la pauta. Pero los bolcheviques no lo aceptaron y, además, destruyeron a todos aquellos que lo planteaban.

El desarrollo histórico del proceso puede ser entendido suficientemente atendiendo a tres coordenadas básicas. La primera es su inmersión en una tradición intelectual progresista en el sentido decimonónico. En esa tradición, que arranca en la Ilustración del siglo XVIII como ruptura con la mentalidad y la sociedad anteriores, se da un proceso mil veces descrito de secularización, instauración de la economía industrial y del capitalismo, surgimiento de la legitimación del poder político a través de la referencia al pueblo y, como consecuencia, surgimiento de un sentido de comunidad al que a veces se llama nacionalismo. El dominio de la naturaleza a través de la ciencia y de la técnica –expresiones del poder de la mente humana– no esconde su carácter de imperialismo abstracto, que puede muy bien ser trasladado al campo de los hechos concretos: es la época del colonialismo imperialista, algo a lo que no fueron ajenos los bolcheviques –ni, por supuesto, el estalinismo–. Pero para el caso ruso, lo esencial es que el intento de desarrollo de la democracia parlamentaria y el nacionalismo como expresiones ambas de la legitimación del poder político en referencia al pueblo condujeron a la pregunta de quién es ese pueblo. A esto Lenin, basándose en Marx, contestaría que «el proletariado», es decir, la clase

asalariada urbana industrial convertida en masa por el proceso de desarrollo de la economía capitalista. Aunque esta clase en Rusia fuera muy débil, resultó por completo destruida durante la Guerra Civil, y será Stalin el encargado de reconstruirla con sus planes quinquenales y su industrialización desde arriba.

La segunda coordenada está marcada por la forma que tomó la Revolución y su desarrollo tras el golpe bolchevique debido a su situación en el contexto concreto de un gigantesco territorio, con unas características geográficas exuberantes y en un momento histórico muy determinado: el inicio de una modernización económica y no política, y el estallido de una grave crisis europea (la guerra mundial y sus prolongaciones hasta 1945). La acumulación cultural de la tradición rusa, unida a las características del Imperio ruso, y en el contexto de la guerra y la crisis europea, condicionaron el nacimiento del proyecto modernizador de los bolcheviques y la realidad de su aplicación al naciente Estado.

Y, por último, se debe contemplar a los bolcheviques, sobre todo, como un movimiento modernizador en un país atrasado –aunque no tanto– y desvertebrado –en alguna medida–, no muy diferente en su esencia de otros contemporáneos (véanse la Turquía o la Italia del momento o de un poco después), aunque con un sentido mucho más amplio y totalizador. De ahí su obsesivo afán de revolución mundial, de expansión del sistema, pero, a la vez, su deseo de asentar prontamente la revolución nacional, la patria soviética. Como tal movimiento modernizador estaba ligado a la tradición intelectual progresista europea, como se ha dicho, pero estaba también limitado por una comprensión no sólo antiliberal, sino incluso «aliberal» de las sociedades humanas y de los sistemas políticos. El desprecio por las claves básicas de la interacción humana en sociedades complejas –la división de poderes, los derechos individuales, la igualdad ante la ley, la democracia formal– creó un sistema en el que los errores políticos y económicos se perpetuaban en crímenes.

Sin embargo, y en contra de lo que tantas veces se da por supuesto, la caída del socialismo de tipo leninista no nos ha demostrado que sea históricamente imposible un socialismo cooperativo económico que los propios diseños del régimen hacían difícil. Tampoco nos ha enseñado, ni

mucho menos, que cualquier alternativa a un sistema político o económico dominante sea una ilusión vana del tipo que describió François Furet.

Lo que sí hemos aprendido, y de ello no hay duda, es que es imposible aplicar un discurso único para analizar y hacer operar a las sociedades humanas, y que las pluralidades, las sucesiones dramáticas y caóticas, las autoorganizaciones de elementos y grupos sociales, las persistencias del pasado y, a la vez, la falta de tradiciones adecuadas forman una compleja red de causas y consecuencias que se retroalimentan entre sí, y que resultan difícilmente manejables por el ser humano, incluso aplicando titánicas presiones del tipo de las desarrolladas por el sistema soviético. El imperio de la ley, siquiera como mero mecanismo de organización de la diferencia, no es algo que pueda ser eliminado sin ninguna consecuencia.

La Revolución rusa de Febrero, una transformación política de índole progresista, abrió camino a una transformación social libertaria cuando la sociedad tomó su destino en sus propias manos. Febrero no pudo sobrevivir al intento de Octubre de poner entre paréntesis la libertad y encauzar el progreso social por medio de la jerarquía y la coacción. Lo que siguió, la construcción del régimen estalinista de modernización desde arriba, con su ingeniería social violenta y totalitaria, es, desde luego, otra historia.

---

140. https://www.marxists.org/reference/archive/Kerenski/1927/catastrophe/ch03.htm#n1 (Aleksandr F. Kerenski, *The catastrophe: Kerenski's own story of the Russian revolution*, Nueva York/ Londres, D. Appleton and Co., 1927).

19. El final

Olga Morgan pudo escapar con su familia poco después de Octubre. Aunque su madre había renunciado a la ciudadanía norteamericana, la embajada en Petrogrado se la devolvió y los ayudaron a retornar. Tuvo suerte: aunque al principio padecieron toda suerte de problemas económicos y la madre incluso hubo de trabajar como camarera de hotel, algunos matrimonios afortunados les permitieron a ella y a su hermana recuperar su estatus. Murió en una hermosa casa de La Jolla, California, en 1991[141].

Nuestro aspirante a cadete, Sergei Mamontov, tan preocupado por sus exámenes, consiguió aprobarlos. En 1918 se unió al Ejército de Voluntarios, y combatió en Ucrania, el Don y Crimea. Fue evacuado a Turquía con el fin de la guerra y se le internó en el campo de concentración de Gallipolli. Al cabo, consiguió emigrar a París y luego a Berlín, donde estudió arquitectura. Ejerció la profesión de arquitecto en Berlín incluso durante la Segunda Guerra Mundial, pero cuando la capital del Reich fue ocupada por las tropas soviéticas tuvo que huir. Se asentó en África Central, y trabajó en diversas plantaciones de café hasta que dispuso de una propia. Encarcelado, fue liberado por la intercesión del cónsul francés, pero le expulsaron a Francia. Se instaló en el sur del país y se dedicó a la arquitectura, la escultura y a redactar sus memorias. Murió en Cannes en 1987, a la provecta edad de 89 años.

También Sergei Markov, otro de los oficiales que vimos al principio de este libro, tuvo que emigrar después de luchar con los blancos en el frente oriental contra los bolcheviques. Junto con su destacamento, huyó a Shangái y luego a Yugoslavia, donde cursó estudios militares en la Universidad de Belgrado. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en el Cuerpo de Defensa Ruso, una formación militar colaboracionista que apoyó a los nazis en su lucha contra los partisanos yugoslavos. Tras la guerra vivió

en Alemania, donde fue profesor de instituto. Terminó su peripecia vital en Estados Unidos, en San Francisco, en 1973[142].

Boris Shebeko, el otro joven cadete que hemos conocido, participó en la defensa del Palacio de Invierno en Octubre y allí fue detenido. Liberado por intercesión de unos conocidos, consiguió huir al sur de Rusia y allí se unió a los blancos. Siguiendo la lucha y luego la retirada de los ejércitos antibolcheviques, Shebeko pasó a Manchuria, y por fin a China. La vida allí fue muy dura, y él y su mujer pasaron calamidades sin cuento. En el año 1923 pudo por fin emigrar a Estados Unidos; se asentó en la zona de la bahía de San Francisco, estudió ingeniería y rehízo su vida[143].

Jacob Marschak, el joven menchevique que había salido de la cárcel en la primera amnistía, llegó a ser, de marzo a julio de 1918, ministro de Trabajo en la República Soviética de Térek, una de las repúblicas de corta vida del Cáucaso. Huyó a Alemania al año siguiente y estudió economía, primero en Berlín y luego en Heidelberg. Su carrera como periodista y luego economista en la Alemania weimariana era prometedora, pero con los nazis en el poder tuvo que exiliarse. Pasó a Gran Bretaña, donde enseñó en Oxford, y luego, en 1940, a los Estados Unidos, donde acabó convirtiéndose en uno de los más respetados economistas del país, profesor en universidades de Nueva York, Chicago, Yale y Los Ángeles. Murió de un ataque al corazón en 1977.

León Trotsky, después de organizar el Ejército Rojo, se convirtió al morir Lenin en el principal rival político de Stalin. Estalló una lucha política sin cuartel entre ambos, pero el dominio del aparato del Partido que tenía Stalin le permitió vencer a su rival. Sin recibir concesiones, Trotsky fue desterrado dentro del país, y luego expulsado de él. Su nombre se convertiría en anatema e imprecación, su figura sería demonizada y borrada de la historia de la Revolución. Tras una larga odisea, Trotsky fue a parar a México. El 20 de agosto de 1940, un agente de Stalin, Ramón Mercader, le asesinaba mientras trabajaba en su despacho.

Lavr Kornilov apenas alcanzó a ver el triunfo de los odiados bolcheviques. Liberado durante Octubre, huyó hacia el Don. Allí ayudó a crear el antibolchevique Ejército de Voluntarios. Durante el asalto a Ekaterinoslav, el 13 de abril de 1918, un obús del Ejército Rojo le segó la

vida. Como escribió el general Denikin en sus memorias, «una granada enemiga entró en la única ventana de la casa, en la única habitación de Kornilov, cuando él estaba en ella, y lo mató solo a él»[144].

Nikita Jrushev, quien alcanzó a suceder a Stalin, inauguró un proceso de liberalización del sistema a la vez que de profundización del conflicto entre Este y Oeste. Fue derrocado por el Partido, asustado por sus políticas económicas erráticas. Signo del cambio de los tiempos, Jrushev no fue asesinado, sino que se le permitió retirarse y escribir sus memorias. Murió en 1971, de un ataque al corazón.

El propio Josif Dzhugashvili, Stalin, tendría un final espantoso y cruel. Desde la muerte de Lenin, poco a poco Stalin se había ido haciendo con un poder casi absoluto dentro del Partido. Su apuesta por construir un Estado socialista sin reparar en medios condujo a gigantescas catástrofes y crímenes innombrables. También fue responsable de liquidar a la vieja guardia bolchevique y de destruir todo atisbo de la gran tradición democrática rusa. Salió reforzado y mitificado después de la Segunda Guerra Mundial, convertido en el gobernante supremo de una de las dos únicas superpotencias de la época. Pero el miedo que había creado a su alrededor le jugó una mala pasada. Murió el 5 de marzo de 1953, tras cuatro días de horrible agonía después de haber estado yaciendo en el suelo durante horas por un ataque al corazón –o un envenenamiento no confirmado– porque nadie se atrevía a entrar en su habitación.

El anarquista Néstor Majno, herido de gravedad, derrotado su ejército por los bolcheviques, cruzó la frontera con Rumanía el 28 de agosto de 1921. Tras ser internado en un campo de prisioneros en condiciones muy duras, huyó con su familia hacia Polonia. Durante unos años vivió allí, aunque fue juzgado por cargos poco creíbles y confinado en diversas ciudades. Raptado por los servicios secretos soviéticos, fue trasladado a Berlín y, tras conseguir escapar saltando de un coche, fue deportado por la policía alemana a París. Allí, trabajando de simple obrero pero rodeado de su fama como líder anarquista, murió en 1934 de tuberculosis. Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Père-Lachaise.

A las 4 de la tarde del 21 de enero de 1924 moría Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, tras una enfermedad que le había dejado paralizado. Lenin había sido

tiroteado en agosto de 1918, probablemente por una anarquista, Fannia Kaplan, aunque la investigación dejó serias dudas sobre la autoría del atentado. Las heridas le dejaron importantes secuelas. Tras dos infartos cerebrales, arrumbado en una silla de ruedas, el fundador del Estado soviético dejaba la vida convertido en un mito. Su cuerpo embalsamado seguiría presidiendo la Plaza Roja hasta nuestros días, como si de un santo o un monarca se tratara.

Tras la derrota de Octubre Kerenski intentó combatir a los bolcheviques. Las tropas que le eran fieles consiguieron algunos éxitos, pero fueron finalmente derrotadas. Kerenski se mantuvo escondido, y al comienzo de la Guerra Civil escapó a París. En sus memorias, describió cuales eran sus sentimientos en el barco en el que salía de Rusia en 1918:

> Y aquella noche en vela, a bordo del barco, volvía al alma el presentimiento de que ya nunca más volvería a ver el Volga, ni Simbirsk, ni volvería a poner jamás un pie en tierra rusa. La idea era insoportable, pero se adueñaba de la mente de modo tan total, que caí en un estado de completa desesperación[145].

En París vivió hasta la ocupación alemana en 1940, llevando la vida de un exiliado, envuelto en mil batallas políticas sin sentido ni objetivo real. De París huyó a Estados Unidos, donde trabajaría largos años en la Hoover Institution, en Stanford, publicando largas colecciones de documentos sobre la Revolución y enseñando en la Universidad. Muchos de los libros de memorias y análisis que escribió pueden leerse como amargas exculpaciones de sus actos y como nostálgicas reconstrucciones de acontecimientos, referidos a un tiempo en el que en sus manos estuvo la suerte del gran país euroasiático. Murió en Nueva York, en 1970, con toda probabilidad lamentando aún que la democracia que él buscaba y como él la entendía no hubiera llegado a Rusia.

---

141. Olga C. Morgan, «Recollections of Russia and Life in Emigration». Véase también http://rhwestover.blogspot.com.es/2014_08_01_archive.html.

142. S. V. Markov, «Piervuy Sibirskii Imperatora Aleksandra I kadetskii korpus«», p. 871.

143. Boris Shebeko, *Russian Civil War, 1918-1922, and emigration*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce. Berkeley, University of California, Bancroft

Library/Berkeley 1961,), p. 10.

144. A. I. Denikin, *Ocherki russkoii smuty*. París, J. Povolotzky, 1921, p. 298.

145. A. F. Kerenski, *Rossiia na istoricheskom povorote: Memuary*. Moscú, Respublika, 1993, p. 343.

Edición en formato digital: 2017

© José María Faraldo Jarillo, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-760-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es